



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Cuando cliente y proveedor cruzan la línea de lo profesional...

Elise Hawthorne dirige una destilería familiar con la ayuda de sus dos hermanastras. Es una mujer muy responsable que siempre ha antepuesto sus obligaciones, tanto profesionales como personales, a su vida privada.

Jamás arriesgaría una operación económica por una aventura de una noche. Pero cuando se queda atrapada en un sótano y a oscuras con Antonio Rodríguez, un cliente importante que ha cruzado el charco para probar de primera mano sus licores, no puede resistirse a sus encantos.

Consciente de que mezclar negocios y placer es un riesgo que no debería tomar, decide jugarse el todo por el todo.

Capítulo Uno

Probablemente existan lugares mucho peores para visitar que un viejo castillo convertido en destilería. La extensa estructura de piedra, enclavada entre las colinas ondulantes de Benton Springs, Kentucky, resultó ser una agradable sorpresa. La historia que había detrás de esa edificación centenaria era fascinante..., casi tanto como sus nuevas propietarias.

Antonio no sabía qué esperar cuando despegó de Cadaqués, España, en su avión privado dos días atrás, pero la belleza del edificio y su exuberante entorno le recordaron mucho a su hogar.

Precisamente el único lugar del que intentaba huir. Bueno, quizá no de la pintoresca ciudad costera en sí, pero sí del legado que se cernía sobre él. No tenía ni idea de cómo decir a sus padres que no se haría cargo del negocio familiar que habían creado. Un negocio familiar que debería haber pasado a manos de su hermano, pero el trágico destino les había arrebatado el futuro que todos habían imaginado.

—Tú debes de ser Antonio Rodríguez.

Antonio dejó de admirar el paisaje y estuvo a punto de tropezar al contemplar otra imagen impresionante. La pelirroja de amplia sonrisa que se le acercaba era la misma mujer con la que se había comunicado por correo electrónico durante los dos últimos meses.

—Y tú, Elise Hawthorne —respondió.

No solo había hecho los deberes sobre esa destilería y la variedad de licores que ofrecían, sino que también había investigado a las tres mujeres que estaban detrás de la marca Angel's Share.

Elise era la directora general y el contacto directo para todas las cuentas VIP. Habían intercambiado mensajes durante algún tiempo y ella se había mostrado muy profesional y complaciente.

La repentina excitación que Antonio acababa de experimentar al verla lo pilló totalmente por sorpresa. ¿Quién iba a decirle que unas gafas de carey podían ser sexys?

Elise resultaba atractiva tanto intelectualmente como por su evidente belleza exterior, dos cualidades que él encontraba absolutamente irresistibles, y si no se centraba en el trabajo y en sus propios asuntos, se vería envuelto en un enredo para el que no tenía tiempo.

Qué pena. No le importaría conocer a Elise Hawthorne fuera del horario de trabajo.

Acortó la distancia que los separaba y le tendió la mano.

—Es un placer conocerle por fin en persona, señor Rodríguez.

—Antonio —insistió, ofreciéndole una sonrisa, esperando que ella le devolviera otra a cambio. No le decepcionó.

En la fotografía de las hermanas que salía en la página web de la empresa resultaba difícil ver con claridad los rasgos de cada una de ellas. Todas estaban de pie frente al castillo, el cual acaparaba toda la atención en la imagen.

Antonio le extendió la mano y ella no tardó en responder con un suave pero firme apretón. Una mujer poderosa, segura de sí misma y con una sonrisa de infarto... Tal vez, después de todo, su viaje a América acabase gustándole más de lo que pensaba. Y un poco de coqueteo no le hacía daño a nadie.

Sin embargo, había jurado que aquel viaje sería estrictamente de negocios. Su última transacción antes de retirarse definitivamente del negocio familiar. Se lo debía a sus padres, y se lo debía a sí mismo. Tenía que dejar a un lado sus deseos personales y centrarse en conseguir nuevas marcas que importar para la zona de bar de sus restaurantes.

Y en realidad esa era la parte fácil del viaje. Recorrer Estados Unidos, yendo de destilería en destilería, haciendo catas y conociendo a gente nueva. Pero no tenía ni idea de cómo continuaría su vida una vez finalizara aquel viaje.

Últimamente, se guiaba más por la culpa y la obligación que por otra cosa. Hacerse cargo de la cadena de restaurantes de lujo que sus padres habían fundado décadas atrás no era su ideal de vida. Quería sus propias metas, sus propios sueños... No quería sustituir a su difunto hermano gemelo. Si Paolo no hubiera muerto...

Durante toda su vida, Antonio había disfrutado viajando y conociendo diferentes culturas. Nunca había querido establecerse en un lugar concreto, y mucho menos formar una familia con otra persona.

Pensó que podría hacer lo que sus padres querían y ser el hijo que necesitaban.

Siempre sintió que se lo debía a Paolo.

Antonio había dejado de lado todos sus pensamientos y deseos egoístas, pensando en que sería capaz de cumplir con ese papel que habían creado para él, pero no había sido así.

Y cuanto más dejaba que esos sentimientos crecieran, más le molestaba todo lo relacionado con el negocio familiar. Después de aquel último viaje tendría que hablar seriamente con sus padres sobre su futuro.

Pero la familia lo era todo, ¿cómo iba Antonio a romper el corazón de sus padres abandonando la megadinastía que habían construido? Habían confiado tanto en él que esperaban jubilarse pronto y dejarle su preciado legado lo antes posible. Y lo último que él quería era casarse con una mujer... o con un negocio. Disfrutaba de sus libertades, siempre lo había hecho, y una vez fallecido su hermano, Antonio se dio cuenta de la importancia de vivir cada día como si fuera el último.

Sin embargo, el sentimiento de culpa por ser el hijo superviviente le hacía sentirse obligado a cumplir los deseos de sus padres en lugar de vivir su propia vida.

—Angel's Share no se parece en nada a las fotos de internet — afirmó, volviendo a centrar su atención en el impresionante entorno—. Esto es realmente extraordinario y hay que verlo en persona para apreciarlo de verdad.

La sonrisa de ella se hizo aún más grande. No podía negar que era una mujer muy bella. Lástima que no estuviera allí para coquetear. Convertirse en un playboy de la jet set no era precisamente la aventura empresarial en la que quería embarcarse.

—Gracias —respondió ella—. El castillo data de finales del siglo XIX. Obviamente, ha habido algunas reformas y cambios, pero la estructura sigue siendo la original. Hace unos cien años se añadieron algunas dependencias, pero también se conservan bien. Estamos muy orgullosos de la empresa que tenemos y de que todo haya encajado en su sitio.

—Como debe ser.

Elise señaló hacia el sendero pedregoso.

—Hace un día precioso. ¿Le gustaría empezar el recorrido fuera por los terrenos?

—Estoy a tu plena disposición. —Ofreció una reverencia simulada—. Muéstrame todo lo que tienes.

Elise enarcó una ceja y él se dio cuenta de que sus palabras podían interpretarse de otro modo.

En lugar de decir algo, ella se limitó a asentir. Necesitaban mantener un buen ambiente, ya que acababan de conocerse. Tal vez se hubiera jurado a sí mismo que no se involucraría con una mujer en aquel viaje, pero no había esperado encontrarse cara a cara con semejante tentación y sentir un impulso tan fuerte nada más empezar.

—Es agradable salir de mi despacho de vez en cuando, así que empezaremos por aquí. —Hizo un gesto con las manos y echó un vistazo a la extensa propiedad—. Como ya le he dicho, el castillo tiene más de cien años. Una familia escocesa emigró aquí en 1845 y construyeron esta réplica de lo que habían dejado atrás. Incluso hay un puente levadizo, algo que, realmente, nos encanta.

Mientras Elise hablaba, Antonio intentaba concentrarse en sus palabras y en el trasfondo de la destilería Angel's Share. Pero había algo tan relajante y casi... sensual en su voz. Las mujeres americanas siempre le habían parecido fascinantes. Eran atrevidas, enérgicas y no pedían perdón por su forma de ser. Antonio había tenido varias amantes de Estados Unidos a lo largo de los años. Pero en aquel viaje estaba decidido a centrarse exclusivamente en las oportunidades de negocio de su familia. Por desgracia, no habría aventuras mientras estuviera en Benton Springs. Aunque eso no significaba que tuviera que evitar toda tentación que se le presentase.

Elise Hawthorne era, en definitiva, alguien a quien no le importaría llegar a conocer un poco más íntimamente, y sin duda podría hacer que su tiempo aquí fuera más interesante. No podía evitar las sonrisas coquetas y las bromas divertidas, era su manera de ser por defecto y no podía cambiarlo.

—¿Qué fue lo que te hizo querer iniciarte en el mundo de la destilación? —le preguntó mientras la seguía por el lateral del castillo.

Elise se detuvo en el camino y se giró para mirarle de frente.

—Bueno, a mis hermanas y a mí siempre nos gustó este lugar abandonado. En el instituto solíamos venir aquí con nuestras amigas a tomar algo a escondidas los fines de semana y salir de fiesta. Hace varios años, cuando salió a la venta, todas tuvimos claro que queríamos hacer algo grande con él. Antonio asintió.

—Además, no hay mejor lugar que Kentucky para abrir una destilería y, con este entorno único, estamos atrayendo a mucha gente y negocios. —Elise no dejaba de sonreír mientras habla—. Este castillo ya fue una destilería anteriormente, pero la Ley Seca terminó cerrándolo y nunca volvió a abrir. Un propietario privado vivió aquí hasta finales de los años noventa. Cuando murió, estuvo vacío hasta que nosotras lo compramos. Así que, cuando mis hermanas y yo decidimos adentrarnos en este mundo de hombres, quisimos hacer algo más romántico y único en este lugar tan especial.

—Totalmente de acuerdo con que es un lugar especial —convino.

—Incluso nos gustaría celebrar bodas, pero aún no hemos abierto nuestras instalaciones a ese tipo de eventos.

Antonio la estudió una vez más, dándose cuenta de que había algo diferente en su aspecto. Era bastante refinada, pero a la vez informal y muy profesional. Tenía la sensación de que esa mujer poseía muchas capas y se preguntó cuántas podría llegar a descubrir antes de que terminara su estancia allí unas semanas más tarde.

—Por cierto, hablando de tus hermanas. Cuando busqué Angel's Share en internet, me di cuenta de que todas sois muy diferentes entre vosotras.

La sonrisa de Elise se ensanchó y enarcó una ceja.

—Somos muy diferentes, desde nuestro aspecto hasta nuestra personalidad. Pero nos criamos juntas. De hecho, nos adoptaron cuando éramos bebés. Estamos más unidas de lo que cualquier parentesco de sangre podría hacer jamás. Yo soy la mayor, luego Delilah y después está Sara. Ellas siempre me dicen que las trato como si fuese su madre, supongo que es algo que me viene de serie y no puedo evitarlo.

Se notaba que había amor en su tono de voz. De repente, una punzada de celos se apoderó de él. Al haber perdido a su gemelo a los trece años a causa de una meningitis, Antonio no tenía demasiadas vivencias con su hermano que pudiera compartir.

Crecer como hijo único, perder el vínculo de su gemelo, había sido un cambio de vida para Antonio bastante importante y también había cambiado la relación con sus padres. Ahora era el único hijo que tenían y esa carga le agobiaba, cada vez más con el paso de los años.

Su inquietud y su necesidad de libertad empezaron tras la muerte de Paolo y no necesitó que ningún psiquiatra le confirmara que las dos cosas estaban relacionadas. Había sentido la necesidad de salir de casa, donde guardaba tanto dolor y tantos recuerdos, y cuando empezó a viajar se dio cuenta de que con ello podía escapar de la angustia, aunque fuera por poco tiempo.

La familia lo era todo para él, y por eso había tardado tanto en ocultárselo a sus padres. Dirigir la cadena de restaurantes no era, desde luego, su deseo. Pero no podía decepcionarlos y necesitaba un plan de acción sólido antes de plantearse la idea de dejar el negocio familiar. No quería decepcionarlos, y se merecían dejar su legado a alguien que realmente sintiera por él la misma pasión que ellos.

—Sin duda, se ha formado un gran revuelo en los medios de comunicación y en los círculos del bourbon, sobre todo porque siempre ha sido una industria dominada por hombres.

La sonrisa de Elise se convirtió en una mueca y él pudo ver que estaba luchando contra sus verdaderos pensamientos.

—La verdad es que estamos corriendo en círculos a su alrededor y no pueden seguirnos el ritmo. —Se ajustó las gafas y le sostuvo la mirada—. Y tengo que admitir que ha sido bastante divertido ver a esos veteranos intentarlo.

Antonio se rio y sacudió la cabeza.

—No pretendía faltáros al respeto. Lo cierto es que estoy asombrado de lo que habéis hecho las tres. No solo habéis creado un bourbon de primera categoría, junto con una ginebra increíble de la que todo el mundo habla, sino que todo el mundo espera ansioso vuestro bourbon de diez años. —Que quede entre nosotros, yo soy más de ginebra. Pero gracias por el halago. —Empezó a caminar de nuevo por el sendero, en dirección a la parte trasera del castillo—. Estamos muy orgullosas de nuestro bourbon y han venido catadores de todo el mundo a por muestras antes de que presentemos el de diez años. Creo que la expectación generada es la que se merece. Nuestros productos son excelentes, a la altura de cualquier destilería de categoría.

Llegaron a una puerta trasera y Elise tecleó un código, luego abrió y le indicó que entrara.

—Puede que sea un castillo antiguo, pero tenemos seguridad de última generación. Después de ti.

Nada más entrar, una sensación de hogar lo invadió. Antonio no sabía muy bien a qué se debía, pero aquella mezcla de lo viejo con lo nuevo le transportó a Cadaqués. Le encantaba su ciudad natal y su rica historia, con sus colinas ondulantes que se adentraban en la costa. Con sus viejos caminos de piedra que conducían a tiendas y casas pintorescas. Su pueblo no solo era rico en historia, sino también en familias generacionales que seguían creciendo y prosperando. Tal vez ese fuera otro de los atractivos que le llevaron a visitar primero Angel's Share en su gira americana. Se veía a sí mismo en ese lugar, por extraño e inesperado que sonara. Aparte de tener costa, las similitudes eran acogedoras y le hacían sentirse bienvenido.

—Ahora comprendo por qué os gusta tanto este castillo —le dijo mientras ella se colocaba a su lado—. Y por qué estabais ansiosas por comprarlo y encontrarle un uso.

—Oh, pues aún no has visto nada. —Sonrió—. Estoy guardando lo mejor para el final.

Volvió a centrar su atención en Elise, y se encontró con que ella le devolvía la mirada. Ahí estaba de nuevo. Aquella punzada de lujuria que había sentido cuando se conocieron. Pensó en la foto que había visto en la página web de la empresa, en la que Elise posaba con sus hermanas. En aquel momento no le había llamado la atención. Pero ahora, en persona, le atraía, le cautivaba con algún poder invisible.

—¿Cuántas visitas guiadas das aquí? —preguntó.

—Tenemos una media de diez al día. Nos gusta que los grupos sean pequeños e íntimos para que los clientes sientan que reciben un trato VIP. Puede que estemos creciendo rápido, pero seguimos queriendo mantener ese ambiente de pueblo pequeño y acogedor.

—No, me refería a ti. ¿Cuántas das tú?

Ella parpadeó, claramente sorprendida por su pregunta.

—Oh, bueno, yo nunca hago visitas guiadas. Cuando abrimos por primera vez, mis hermanas y yo nos turnábamos cuando teníamos un grupo al día o algo así. Luego empezamos a tomar impulso y al final contratamos a unos universitarios más jóvenes para hacer las visitas en grupo. Le ponen

mucho empeño y reciben una formación sobre historia y bebidas espirituosas antes de empezar con el trabajo.

Aunque Antonio estaba ansioso por ver el resto de aquel asombroso castillo y aprenderlo todo sobre Angel's Share, quería saber más sobre Elise Hawthorne y todo lo que tuviese que ver con aquella fascinante mujer. Si seguía haciéndole preguntas, tal vez lograra quitarle su coraza profesional y pudiera profundizar más en la mujer que había debajo.

Se acercó más a ella sin darse cuenta, pero no se arrepintió.

—En mi humilde opinión, creo que el público se está perdiendo tu personalidad y tu belleza —le dijo—. Sin duda, pienso que es a ti a quien querrían ver.

Ella se encogió de hombros como si no supiera qué decir. Su pelo pelirrojo se deslizaba sobre su hombro y a él le entraron ganas de estirar la mano y tocar aquellos sedosos mechones.

¡Diablos! Acababa de meterse en problemas ya en el primer día. Y todavía le quedaban varias semanas...

Por suerte solo estaría en Angel's Share aquella semana antes de ir a otras destilerías de la zona. Pero estaría en la misma ciudad con semejante tentación durante más tiempo del aconsejable. Elise inclinó la barbilla.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

Antonio no pudo evitar reírse. Ahí estaba esa atrevida actitud americana que le resultaba tan fascinante.

—¿Intentarlo? Si tienes que preguntar, quizá deberías hacerlo mejor.

Ella enarcó una ceja, tal vez tratando de intimidarlo, pero a él el gesto le resultó de lo más sexy.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para ligar?

—Estoy aquí en busca de las mejores marcas para llevarme a Cadaqués. Estoy aquí para dejarme la piel como hago siempre y, si por casualidad me encuentro con una mujer cautivadora y guapa, puedes estar seguro de que no rechazaré la oportunidad de ligar con ella.

Elise Hawthorne no sabía muy bien qué pensar de aquel inquebrantable y encantador visitante, no podía ignorar su declaración..., ni tampoco lo sexy y cautivador que le resultaba. Su piel tostada por el sol mediterráneo, el pelo negro y esos ojos de mirada profunda y penetrante.

Y luego estaba su acento...

Desde el principio había intentado centrarse en ser profesional y mostrar el trabajo del que ella y sus hermanas estaban tan orgullosas. Pero aquel hombre tenía un marcado acento español que lo hacía todavía más atractivo.

Estaba demasiado ocupada como para pensar en tener vida social, y mucho menos una vida sexual. Elise había reorganizado semanas enteras para poder reunirse con Antonio Rodríguez. Sus padres habían sido actores famosos en su día, y ahora eran propietarios de una amplia cadena de restaurantes por toda la costa de España en pequeñas ciudades turísticas de moda. Eran los primeros clientes potenciales a nivel mundial que Angel's Share tenía y llegar a un acuerdo con la familia Rodríguez podría abrirles las puertas a añadir más clientes en todo el mundo. Tenía que conseguir sí o sí un trato con ellos.

La familia era muy conocida, estaban en boca de todos tanto en la prensa como en las redes sociales. Antonio no solo era considerado como un soltero de oro, sino que también tenía fama de playboy y de hombre salvaje.

Todo lo opuesto a ella. Aunque tenía que reconocer que él era la fantasía personificada de cualquier mujer. Pero ella no estaba buscando un hombre, y mucho menos uno con una reputación tan traviesa.

«Vuelve a concentrarte, Elise. No pienses más en esos ojos de mirada lasciva».

Sus hermanas se morirían de risa si supieran que Antonio Rodríguez coqueteaba con ella. De las tres chicas, Elise era la más tranquila, la más seria, la que siempre anteponía el trabajo y la responsabilidad a cualquier otra cosa. Sara solía llamarla aburrida. Y no se equivocaba, pero la «aburrida» siempre cumplía su cometido. Elise prefería un mundo ordenado y estructurado. No le gustaban demasiado los cambios, y encapricharse, o cualquier otra cosa, con Antonio, sería sin duda un cambio que ella no deseaba.

—No conseguirás ningún descuento en tus futuros pedidos por coquetear conmigo —le dijo con una sonrisa, sorprendiéndose a sí misma por su inesperada actitud descarada con él. Tal vez las bromas eran contagiosas—. Así que será mejor que guardes tus encantos para cuando visites otra empresa.

La boca de Antonio se torció tratando de ocultar una sonrisa, pero antes de que pudiera decir nada, Sara entró por la puerta trasera, con las manos llenas de carpetas, su bolso, un maletín con un portátil y su taza de

café, y a punto estuvo de caérsele todo al suelo cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

—Oh, lo siento —se disculpó Sara mientras se apartaba el pelo de los ojos—. Pensaba que no había nadie aquí.

Elise agradeció la interrupción. Necesitaba volver a poner sus pensamientos bajo control. Estaba claro que permanecer en su despacho día tras día le había nublado la mente. Quizá debería empezar a hacer más visitas e interactuar con los clientes. Así se acostumbraría a que la atractiva mirada y la encantadora charla de un hombre carismático no perturbara tanto su mente.

—No te preocupes —le respondió Elise—. Llegas justo para presentarte a Antonio Rodríguez. ¿Recuerdas que te dije que llegaría hoy?

Los ojos de Sara se abrieron de par en par al ver a Antonio. Sin duda, era su tipo. Sara era de las que se enamoraban con facilidad, de las que nunca rechazaban la oportunidad de dejarse seducir por un hombre. Siempre buscaba el amor, pero aún no había encontrado el verdadero.

—Es un placer conocerte —afirmó Sara con una sonrisa—. Soy...

—No me lo digas. —Antonio levantó la mano—. Eres Sara Hawthorne.

Sara intentó recolocar todo lo que llevaba en las manos.

—Déjame ayudarte —se ofreció Antonio mientras extendía las manos para enderezar la pila de carpetas y ajustar la correa del bolso en su hombro—. Ya está.

—Amable y gentil. Un hombre al que no perderle la pista... —dijo Sara con una sonrisa en sus labios rojos mientras no le quitaba ojo a Antonio.

Elise no tenía ni idea de cómo su hermana, tan poco organizada, podía tener siempre un aspecto tan adorable, sensual y desastroso al mismo tiempo, pero la mujer se las arreglaba para conseguirlo.

Elise había visto coquetear a su hermana antes, pero en ese momento no le estaba pareciendo tan adorable como de costumbre. Cada vez que salían a cenar, Sara siempre despertaba la curiosidad de los hombres, así que no era de extrañar que Antonio le devolviera la sonrisa.

—¿Has conocido ya a Dee?

Antonio frunció el ceño sin saber de quién le estaba hablando.

—Nuestra otra hermana, Delilah —aclaró Sara.

—En realidad acabamos de empezar nuestra visita —le informó Elise—. Le he enseñado un poco el castillo, pero no hemos hecho mucho más. Antonio llegó hace solo treinta minutos.

—Bueno, estoy segura de que te encantará todo lo relacionado con Angel's Share, y Elise es el cerebro de todo esto, así que sin duda estás en buenas manos.

Todas tenían su lugar y su talento especial dentro del negocio. Y Elise estaba muy orgullosa del suyo. Con una licenciatura en Historia y un máster en Empresariales, había puesto en práctica su elevado coeficiente intelectual y se enorgullecía de ser conocida como el «cerebro» del grupo.

Nunca había sido ni de lejos tan despampanante como Sara, con aquella piel impecable y aquel pelo oscuro y brillante, y desde luego ni siquiera podía compararse con Delilah, con su dulce sonrisa y su belleza genuina y natural. Sus dos hermanas llamaban la atención de cualquiera sin ni siquiera pretenderlo.

Elise, en cambio, siempre intentaba encontrar el par de gafas que mejor se adaptara a la forma de su cara y no la hiciera parecer una anciana. Tal vez su estilo de vida fuera aburrido, pero ¿tenía que parecerlo también? Por no hablar de que acababa de tener que pedir cita de urgencia en la peluquería porque esa mañana se había visto una cana y había tenido que arrancársela con unas pinzas.

Solía pensar que sus costumbres tan rutinarias y no dejar lugar a la improvisación como hacían sus hermanas eran su perdición. Pero con los años se dio cuenta de que todas eran diferentes y que se complementaban unas a otras. Cada una tenía su fuerte, y el suyo era la organización y la puntualidad.

—No tengo ninguna duda de que estoy en las mejores manos.

El comentario de Antonio hizo que regresara de sus pensamientos y descubrió que los ojos de él estaban clavados en los suyos. Un escalofrío le recorrió la espalda. No recordaba la última vez que un hombre le había provocado una reacción semejante con una simple mirada.

Aquel hombre era un ligón profesional y ella era demasiado lista como para caer en su telaraña.

Estaba claro que no se aburriría durante su visita.

Lo que Elise no sabía era si debía estar asustada o emocionada.

Capítulo Dos

— **Y** esa es toda la zona que mantenemos abierta al público.

Antonio se quedó en la entrada de la tienda de regalos mientras los clientes entraban y salían. Había visto a varios grupos de visita mientras recorría el recinto, tanto por dentro como por fuera, con Elise. El ambiente era muy bueno y las primeras degustaciones habían superado con creces sus expectativas.

—¿Hay alguna pregunta que quieras hacerme?

Antonio desvió su atención hacia ella y se acercó un paso. Sus ojos se clavaron en los de ella y, tenía que reconocerlo, Elise mantuvo su sonrisa en todo momento de manera profesional. Pero llevaba horas escuchando su tono dulce, oliendo su perfume afrutado... Aquella llamativa melena pelirroja recogida en un moño bajo resultaba de lo más sexy. Y la forma en que inclinaba la cabeza o se ajustaba las gafas para mirarle fijamente y prestarle toda su atención le había excitado muchísimo.

Era una mujer inteligente e independiente que parecía no dar importancia a su belleza. Antonio se preguntaba si ella no se daba cuenta de lo despampanante que resultaba.

—Solo tengo una pregunta.

Ella inclinó la barbilla, esperándola.

—Acompáñame a cenar esta noche.

—Pero eso no es una pregunta —respondió Elise tras fruncir los labios como si intentara encontrar una razón para no hacerlo y al mismo tiempo ocultar una sonrisa.

—Es que he preferido no darte opción a que me digas que no.

Ella abrió los ojos de par en par. Parecía que disfrutaba poniéndola nerviosa. Aunque en realidad no le sorprendía que fuera tan directo, porque había estado actuando así todo el día.

—No salgo con nadie —respondió ella sin rodeos.

Ahora era él el sorprendido.

—¿Nunca?

Elise se encogió de hombros.

—La verdad es que no pienso mucho en ello. Siempre estoy muy ocupada.

—¿Y también estás demasiado ocupada para comer?

Ella soltó una leve risita.

—Claro que como. Tengo una buena selección de cenas congeladas en casa que puedo meter en el microondas en cualquier momento. No importa lo tarde que llegue, siempre hay un filete con brócoli esperándome.

—Eso suena... Bueno, mejor que no lo diga. ¿Por qué no me enseñas la ciudad y me llevas a tu restaurante favorito? Yo invito.

Los ojos de Elise se desviaron durante una fracción de segundo antes de volver a encontrarse con los de él.

—No puedo tener una cita contigo.

Pero en realidad ella sí quería... y parecía que se lo estaba pensando. Sí, estaba considerando seriamente su invitación.

Antonio no sabía lo que estaba haciendo ni adónde le llevaría, pero era incapaz de frenarse ante una Elise desafiante con su porte estoico y cauteloso. ¿Cómo podía ignorar todo lo que estaba despertando en él? Había algo en ella que realmente le hacía querer profundizar, ver qué se escondía debajo de esa máscara. Con su belleza, su inteligencia y esa atracción magnética que despertaba en él... Antonio no podía ignorarlo. Aunque hubiera jurado comportarse en aquel viaje.

No se disculparía por ser quien era y menos por sentirse atraído por una mujer. Nunca había hecho promesas que no pudiera cumplir y todas con las que había estado sabían a qué atenerse. Respetaba a las mujeres... y también sabía disfrutar en la intimidad con ellas.

—No lo consideres una cita —le dijo Antonio—. Solo piensa que soy nuevo en Benton Springs y que me gustaría ver más de la ciudad. Tú serás mi guía turística.

—Todo sea por la destilería.

—Elise se rio.

Antonio se encogió de hombros y dio otro paso hacia ella, ignorando por completo a la gente que entraba y salía de la tienda de regalos detrás de él. En ese momento solo tenía ojos para una mujer, y sabía que la tenía justo donde quería. Ella estaba empezando a ceder y Antonio quería creer que Elise se sentía tan atraída como él. Tal vez quitarle las capas sería más fácil de lo que pensaba.

—¿Cuál es tu restaurante favorito? —preguntó él.

—DiMarco's —respondió sin dudar.

Antonio sacó su teléfono, tecleó algo y en pocos segundos ya había reservado mesa para cenar.

—Todo listo. —Deslizó el teléfono de nuevo en su bolsillo—. La cena será a las ocho.

Elise parpadeó incrédula mientras negaba con la cabeza.

—¿Así de rápido has conseguido una reserva? Cuando yo llamo, tengo que esperar al menos una semana. ¡Y me gradué con el dueño!

—Tengo mis trucos —explicó encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿Y eso incluye no aceptar un no por respuesta? —preguntó, arqueando una ceja.

—Nunca has dicho que no —replicó—. Lo que significa que en realidad quieres, pero te molesta que te apetezca. ¿Estoy en lo cierto?

Elise entrecerró los ojos.

—¿Siempre eres tan difícil?

—¿Difícil? ¿Quieres decir persuasivo? Sí, lo soy.

Le dejó su tiempo para pensar. Nunca forzaría a una mujer a hacer nada, pero era evidente que ella estaba indecisa y todo lo que tenía que hacer era esperar.

Elise soltó un suspiro y levantó las manos.

—¡Está bien! Iré, pero no lo haré por ti. Es que no he comido un buen manicotti en meses.

—Estás pisoteando mi ego por un plato de pasta y queso. —Se rio Antonio.

Los ojos de Elise reían y era la primera vez en todo el día que veía que ella bajaba un poco la guardia de su pose profesional.

—Tu ego necesitaba ser pisoteado, estoy segura. Recógeme aquí a las siete y media. Estaré lista.

Para Antonio era una victoria y pensaba seguir avanzando.

—Es una cita.

—No es una cita. Solo una reunión de negocios.

Antonio se inclinó junto a su oído y le susurró:

—Soy una persona multitarea... Se me da bien hacer varias cosas a la vez.

Un escalofrío la invadió de repente, cuando él apenas la había rozado.

Él no quería alargar el momento, quería marcharse así..., dejándola con ganas de más. Salió del edificio y se dirigió a su coche de alquiler. El primer día de su viaje de negocios y ya había roto su promesa. Pero bueno. Si iba a reincidir, Elise Hawthorne era un error muy sexy.

Elise miró su reflejo en el viejo espejo de pie de su despacho y se aplicó un poco de brillo de labios, lo cual le pareció absurdo al instante. Ella no se dejaba engatusar por nadie, y menos por un cliente potencial demasiado atractivo y, seguramente, poco acostumbrado a oír la palabra no.

Sin embargo, ella no había sido capaz de rechazarle, así que, allí estaba, en su despacho, intentando acicalarse para su no cita.

¿Por qué había aceptado? Solo porque él se lo había pedido. Por el amor de Dios, qué fácil había sido para él, no le extrañaba la reputación que tenía. Era imposible negarle nada a ese hombre.

Frustrada consigo misma por ser un blanco fácil, Elise se quitó las gafas y se arregló un poco el pelo, maldiciendo cuando su mano se enredó en un nudo.

—No me sorprende encontrarte en tu despacho, pero sí que te estés peinando.

Elise vio el reflejo de Sara en el espejo.

—¿En serio? —Su hermana entró en el despacho con una sonrisa en la cara y los ojos muy abiertos—. Oh, ese hombre tiene un acento delicioso...

Elise pensó que quizá debería invitar a Sara a que los acompañara en la cena. Ella siempre estaba en busca del amor y estaba decidida a

encontrarlo. Aunque no es que Antonio diera la impresión de estar buscando algo así precisamente. Era más bien todo lo contrario.

Pero en el instante en que Elise se imaginó a Sara y Antonio saliendo a cenar juntos, los celos comenzaron a recorrer sus venas. Lo cual era algo totalmente absurdo. No había lugar para esas tonterías y la mente de Elise no funcionaba así. Ella era pura lógica, orientada a su carrera y decidida a hacer de Angel's Share la mejor destilería del país.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Elise a su hermana.

—Estoy escondiéndome e intentando ignorar el hecho de que tengo que ir a casa de Milly —contestó tras encogerse de hombros. Milly. Solo con oír el nombre de la mujer más dulce que jamás había existido se le encogía el corazón a Elise. Echaba de menos a su madre en cada momento del día. Hacía un mes que se había ido y las chicas no se atrevían a terminar de limpiar la casa de su infancia.

Milly, una mujer soltera con un corazón tan grande como para acoger a tres niñas huérfanas y criarlas como si fueran suyas. Habían formado una familia tan unida que ninguna conexión biológica podría superarla.

—¿Por qué no esperas y vamos todas juntas? —preguntó Elise.

Sara se colocó detrás de ella y Elise captó la mirada de su hermana en el reflejo. Había un dolor que solo ellas podían comprender. El dolor que se siente al amar tanto a alguien. Pero ese era el precio del amor... La pérdida que siempre se sufría al final.

—Creo que necesito ir sola —explicó Sara—. No sé si eso tiene algún sentido.

Tenía todo el sentido. Elise había estado sola en la casa, pero no había movido nada de su sitio. Eso era algo que tenían que hacer todas juntas.

—A menos que quieras que ocupe tu lugar. —Sara le guiñó un ojo—. Ir a una cita con un hombre tan atractivo y con un acento tan sexy me parece mejor plan.

—No es una cita.

Sara le colocó unos mechones de pelo a Elise.

—Que te arregles el pelo dice todo lo contrario.

Elise se giró para mirar a su hermana.

—Escucha, el simple hecho de que no quiera parecer desaliñada con pinta de salir del trabajo no significa que me entusiasme una cita.

—Pensaba que habías dicho que no era una cita...

—¡Vete! —Elise empujó a su hermana para que saliera de la habitación. Sara se reía sin parar, pero a Elise en el fondo no le parecía mal. En ese preciso momento lo que necesitaban eran risas en sus vidas, aunque fueran a su costa.

—Cuéntame algo del lado empresarial del señor Rodríguez, porque no estuve con él el tiempo suficiente como para hacerme una idea, aparte de lo bueno que está...

Negocios. Sí. Eso era en lo que debía concentrarse, lo que podía mantener bajo control. Sus emociones... no tanto.

—Ya sabes que sus padres son famosos. —Sara asintió y Elise continuó—: Están ampliando su selección de licores y abriendo más restaurantes con una barra de bar especializada. Quieren añadir algunos bourbons y ginebras nuevos. Somos su primera parada y, mientras esté en la ciudad, visitará otras destilerías de la zona. También va a ir al oeste a visitar algunos viñedos. Mi trabajo consiste en dar la mejor impresión de nuestra destilería, porque nuestro licor hablará por sí mismo. No hay duda de que el nuestro es el mejor. Un acuerdo con ellos sería un paso muy importante para abrirnos al mercado mundial.

—Por supuesto —aceptó Sara—. Así que hoy le hiciste un recorrido.

—Sí. —Elise fue a su escritorio y miró la hora en su teléfono—. Aunque todavía no le he enseñado las zonas que están bajo vigilancia, prefiero hacerlo fuera del horario de trabajo. No me gustaría entorpecer la producción y quiero dedicarle toda mi atención a sus preguntas o preocupaciones.

—Eso de «fuera del horario» suena a...

—A profesional —terminó Elise la frase—. Y eso es lo único que está pasando. No hay ninguna diferencia con cualquier otro cliente de alto perfil al que hayamos atendido y mostrado todo de cabo a rabo.

Sara se cruzó de brazos y alzó las cejas. A Elise no le gustaba ese escrutinio, no por parte de Sara. De Delilah, en cambio, sí esperaba alguna reacción.

—Salvo que este cliente es el más atractivo que hemos tenido nunca y tú normalmente siempre te quedas detrás de tu mesa —contraatacó Sara.

Elise cuadró los hombros y respiró hondo.

—Razón de más para salir y ponerme manos a la obra. Necesito distraerme y cambiar de aires. Los rasgos de Sara se suavizaron, dio un paso adelante y le extendió una mano. Elise la tomó entre las suyas y la apretó.

—Solo me preocupo por ti y por Dee —se defendió Sara—. Sobre todo ahora que Milly no está.

—Lo entiendo. Lo entiendo. Nos preocupamos unas de las otras y eso es algo bueno, pero te prometo que estoy bien. Antonio solo está aquí por negocios y eso es lo único que busco yo también. Entrar con la familia Rodríguez en España sería un buen broche de oro.

—No me cabe duda de que conseguirás un trato con ellos. Pero no caigas en sus encantos —le advirtió Sara—. A los medios de comunicación les encanta fotografiarle con cada una de sus conquistas de turno.

¿Conquistas de turno? Elise estuvo a punto de reírse. Ella tenía muy claro que no buscaba amor, ni una aventura, ni nada que no fuera un pedido importante que enviar al extranjero para su primera cuenta a nivel mundial.

—Bueno, no tengo en mente ser la nueva conquista de nadie, no te preocupes —aseguró Elise a su hermana, y luego le soltó la mano—. Pero él llegará en cualquier momento, así que tengo que dejarte.

Elise agarró su bolso y se lo echó al hombro. Se acercó a Sara y la abrazó con fuerza y rapidez.

—Buena suerte en casa de Milly —dijo mientras se separaba de su abrazo—. Mándame un mensaje si necesitas algo. La familia es lo primero.

—Vete tranquila —se despidió Sara asintiendo con la cabeza—. Cerraré todo y pondré las alarmas en cuanto te hayas ido.

Elise salió de su despacho y bajó las escaleras hacia la entrada principal de la destilería. En cuanto abrió la puerta, se encontró con las oscuras nubes de una tormenta primaveral y se cerró un poco más la chaqueta de manera instintiva. Un gran todoterreno negro dobló la esquina de la carretera y entró en el aparcamiento. El vehículo parecía tan amenazador y sexy como el hombre que iba dentro. Una ráfaga de excitación la recorrió justo cuando un trueno surcaba el cielo.

No es que fuese supersticiosa, pero le produjo un mal presentimiento. No podía evitar preguntarse en qué se estaba metiendo y por qué no había

dejado que Sara o Delilah se hicieran cargo de esa cuenta desde el principio.

Bueno, sí lo sabía. Porque Elise era la responsable de las cuentas VIP, Sara era la gurú del marketing y las redes sociales, y Delilah era una multiusos que suplía las carencias de las demás.

Justo cuando la primera gota de lluvia le cayó en la cara, Elise se acercó al todoterreno, pero Antonio se apresuró a dar la vuelta y abrirle la puerta. También se había cambiado, y ahora vestía unos vaqueros oscuros y una camisa negra abotonada. Todo en aquel hombre la intrigaba, la fascinaba... y nada de eso era bueno. Se encontraba en un estado emocional vulnerable. Necesitaba mantener la cordura esa noche.

—Estás preciosa —le dijo mientras la ayudaba a subir al vehículo.

De acuerdo. Aunque no quería cumplidos, seguía siendo una mujer y no podía evitar esos sentimientos de vértigo que la invadían. Pero después de un cumplido siempre venían esos incómodos segundos en los que no sabía qué decir.

—Me gusta estar guapa para los manicotti —bromeó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Justo cuando Antonio iba a responder a ese comentario, el cielo se abrió y la lluvia le cayó encima. Cerró la puerta y volvió corriendo a su lado para deslizarse tras el volante. Una vez dentro, se volvió hacia ella:

—Desde luego, eres experta en desinflar el ego de un hombre.

Probablemente lo dijo en broma, pero aquella voz ronca le produjo un escalofrío a Elise por todo el cuerpo. Tal vez deberían haberse quedado en la destilería para la visita guiada. Aquella cena, aquella noche, empezaba a parecerse demasiado a la cita que había jurado que no era.

Capítulo Tres

La tormenta seguía arreciando mientras Antonio conducía por las ventosas carreteras de dos carriles de vuelta a la destilería. La cena había sido increíble, pero la compañía había sido aún mejor. Elise había insistido en pagar, lo que iba en contra de todo lo que a él le habían enseñado. Pero comprendía su necesidad de profesionalidad y control.

Antonio encontró a Elise aún más fascinante que en su primer encuentro. Conocía su negocio, eso estaba claro. Angel's Share era su pasión, y sus hermanas, su vida. Entendía perfectamente esa lealtad a la herencia familiar.

Ahora todos los ojos estaban puestos en él, para continuar su propia herencia como heredero de los Rodríguez.

Mientras entraba en el aparcamiento, Antonio se forzó a apartar esa sensación de culpabilidad que lo acompañaba siempre últimamente. Ahora solo quería disfrutar de la compañía de la mujer sexista que tenía a su lado, la distracción que necesitaba, aunque se hubiese jurado que no tendría.

—¿Quieres que te deje en la puerta o en tu coche? —preguntó Antonio.

Seguía lloviendo con virulencia y, a lo lejos, un relámpago iluminaba el cielo. Elise miró por la ventana y se volvió hacia él:

—¿Tienes prisa por llegar a algún sitio?

—¿Por volver a la casa de alquiler? No especialmente. ¿Por qué?

Elise se subió las gafas y sonrió. Diablos, otra vez ese cosquilleo de excitación. ¿Qué le pasaba con esa mujer? Estaba acostumbrado a estar rodeado de mujeres hermosas. ¿Solo la quería porque la había considerado fuera de sus límites?

—Todavía te debo una visita a deshoras —le dijo—. ¿Tienes que madrugar mañana?

Aunque así fuera, no rechazaría su invitación.

—Tengo programadas las catas de las etiquetas exclusivas para mañana a la una —le informó—. Y mi próxima visita será dentro de tres días, a un par de pueblos de aquí.

Elise hizo un gesto con la mano.

—Bueno, yo creo que puedes cancelarlo. No hay necesidad de perder el tiempo cuando está claro que ya has encontrado lo mejor.

No pudo evitar que su mente se imaginara a Elise completamente desnuda para él, con aquellas gafas y nada más. Con aquella larga y sedosa melena pelirroja rodeándole los hombros mientras lo miraba fijamente y él la reclamaba como suya.

—No puedo resistirme a lo mejor.

Su sonrisa se congeló cuando sus ojos se clavaron en los labios de él durante una fracción de segundo, pero fue suficiente para que él supiera que la atracción no era unilateral. Probablemente ella estaba librando una batalla interna, igual que él. Era bueno saberlo, porque no estaba seguro de cuánto tiempo podría seguir aguantando sus impulsos. ¿Qué daño haría un beso? Eran adultos y estaba claro que ambos se sentían atraídos.

—¿Estás listo para correr? —preguntó Elise con una amplia sonrisa en la cara.

Antonio asintió con una sonrisa pícaro y torcida.

—Pareces entusiasmada.

—Me encantan las tormentas y me encanta mostrar lo que hacemos aquí. Por supuesto que estoy entusiasmada.

Y su emoción era contagiosa. No es que él fuera fan de las tormentas, pero sí lo era de Elise. De alguna manera, en ese primer día con ella, casi había dejado de lado la ansiedad que tenía, pensando en sus padres y en su próximo paso una vez que regresara a casa. Cómo lo conseguía Elise era un misterio para él, pero un misterio que pretendía resolver.

—Te seguiré —le dijo mientras quitaba las llaves del contacto—. A la de tres. ¿Lista?

Ella asintió agarrando el pomo de la puerta.

—Uno, dos...—¡Tres! —gritó Elise mientras saltaba del coche.

Antonio corrió tras ella y ambos entraron en el edificio en cuanto Elise abrió las puertas, protegiéndose al instante de las inclemencias del tiempo.

Él se limpió los pies en la gran alfombra con el emblema de Angel's Share en relieve mientras Elise pulsaba una serie de botones en el panel de la alarma. Las puertas volvieron a cerrarse y las luces se encendieron.

—Este lugar puede ser un poco espeluznante por la noche cuando estoy aquí sola, especialmente durante una tormenta. —Se limpió las gotas de agua de la cara, se quitó las gafas y se recogió el pelo sobre un hombro—. Pero no se me ocurre un momento mejor para enseñártelo. Me encanta la historia que hay aquí.

—Admito que el castillo me atrajo inmediatamente cuando lo vi en internet —le dijo él—. Y te confieso que cuando llegué esta mañana me sentí como en casa.

Elise ladeó la cabeza y se llevó la mano al dobladillo de la camisa para limpiarse las gafas.

—¿Y eso?

Antonio sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció. Sus manos se rozaron y a él no le sorprendió una nueva descarga de excitación, pero sí que algo tan sencillo pudiera excitarlo tanto.

—Mi ciudad también está plagada de historia —comenzó a explicar Antonio, volviendo a centrarse en su pregunta—. El castillo que hay allí es un poco anterior a este, y también tenemos una arquitectura asombrosa en los edificios del centro.

Ella se quedó mirándolo, sin aceptar el pañuelo que él le había ofrecido.

—¿Qué? —preguntó Antonio desconcertado.

—Estoy segura de que tu ciudad natal es fascinante, pero ¿pretendes hacerme creer que es normal que un hombre lleve un pañuelo de tela en el bolsillo hoy en día?

Antonio le tomó las gafas y se las limpió.

—Es normal, al menos para mí. Mis padres me inculcaron modales y mi padre siempre lleva uno, así que supongo que él es el culpable. Es una tontería, la verdad, pero nunca lo había pensado.

—Deben de estar muy orgullosos de ti.

Claro que sí, esperaban que se hiciera cargo de su legado. Ahora que era hijo único, le habían impuesto silenciosamente una pesada losa sobre los hombros que deseaba poder descargar en otra persona. Pero no podía hacerle eso a quien más le quería en el mundo.

Antonio no contestó. Dio un paso adelante y le colocó las gafas en su sitio. Los ojos de la pelirroja se encontraron con los de él, dejándola inmóvil y con dificultad para respirar.

Los truenos retumbaban fuera de los muros del castillo y una parte de él quería ignorarlo todo menos la atracción sexual que los empujaba a estar juntos. Pero aquello era una locura. La había conocido esa misma mañana y él solo estaba allí como representante de su familia, nada más.

Pero sí que había más. Mucho más de lo que había planeado en un principio. Quería borrar el espacio que los separaba y cubrir su boca con la suya. La necesidad le consumía. La necesidad de probarla, de saborear la lluvia en sus labios y explorarla a un nivel completamente nuevo.

Aparte del deseo que sentía por ella, también necesitaba desesperadamente tener esa distracción. No había mejor manera de olvidar sus problemas que con el afecto y la compañía de una mujer tan intrigante como ella.

Elise parpadeó y carraspeó mientras daba un paso atrás, rompiendo el hechizante momento. Antonio perdió su oportunidad y se maldijo por no haberla aprovechado. ¿Qué habría hecho ella? No le cabía la menor duda de que habría correspondido al beso, y él tenía toda la intención de averiguar si estaba en lo cierto.

Cada vez que se acercaba un poco más a ella, la máscara volvía a su sitio. Diablos.

—¿Estás listo para empezar? —preguntó Elise, ajustándose las gafas en la nariz.

—Estoy a tu merced.

Los párpados de ella bajaron ligeramente y él pudo notar cómo el pulso en la base de su cuello se aceleraba. Oh, sí. Ella deseaba ese beso tanto como él. La tormenta y el hecho de que estaban solos en un viejo castillo era la combinación perfecta para la tensión sexual que ya se podía palpar.

El cuerpo y el deseo de Antonio se disparó. Y él mismo lo había provocado todo. Si no la hubiera invitado a cenar, si no la hubiera seguido hasta allí hacía unos instantes, podría haber vuelto a su casa de alquiler y

asegurarse de mantener sus manos quietas. Pero sus necesidades no eran el único problema. No, el problema era ver la misma pasión en los ojos de Elise. La atracción era demasiado fuerte. No podía ignorar cómo le miraba... y cómo ella parecía estar luchando tanto como él.

—Empecemos por el principio —le dijo—. Iremos a la zona de maceración, que es de donde sale ese aroma increíble que se percibe nada más entrar en el edificio. De hecho, tenemos una vela en nuestra tienda de regalos que imita el aroma.

Cuando ella se dio la vuelta, Antonio no podía dejar de mirar el vaivén de sus caderas. Creía que, para ser una mujer de negocios, tenía que haber un gran deseo reprimido en su interior. Quería ser él quien lo sacara. Tenía que ser él quien lo hiciera.

Elise le condujo por las escaleras mecánicas hacia aquellos aromas de los que ella le había hablado. Aunque Elise intentaba mantener una apariencia profesional, él podía percibir lo que bullía en su interior. Solo podía pensar en que estaban solos, con una tormenta que arreciaba fuera igual que dentro. Lo único que podía impedirles cruzar la línea de lo profesional a lo personal eran ellos mismos... y él estaba dispuesto a ignorar todas las razones por las que no debían hacerlo.

—En Angel's Share comenzamos nuestro proceso de maceración de manera diferente a como lo hacen los demás y mantenemos en secreto nuestro sistema incluso para nuestros clientes más exclusivos.

Ella sonreía orgullosa.

Antonio escuchó cómo señalaba las piezas del equipo, cómo hablaba de sus comienzos y de sus dificultades. La cantidad de préstamos y favores que tuvieron que pedir para poner en marcha el negocio. Fue todo un esfuerzo, ya que el bourbon tiene que madurar durante años antes de estar listo para el consumo. Habían sido inteligentes al ofrecer también ginebra para dar a conocer su nombre hasta que sus primeros bourbons estuvieran listos, así que, para cuando llegara su botella de diez años, Angel's Share ya sería conocido.

Cerebro y belleza. No había forma de que esa mezcla fracasara.

—Ahora mismo tenemos un bourbon y una ginebra excelentes y, como ya sabes, presentaremos nuestro primer bourbon de diez años en nuestra gala de aniversario. —Se giró para mirarle de frente y mantuvo la sonrisa mientras se levantaba las gafas—. Si todavía estás por la zona, estás más que invitado a asistir.

Se aseguraría de estar en la ciudad, aunque para ello tuviera que reorganizar su agenda.

—¿Adónde más vas a viajar? —preguntó—. Necesito saber quiénes son mis competidores.

—Ahora mismo no me interesa nadie más. Tú eres la primera de mis prioridades.

Elise le hizo un gesto para que la siguiera.

—En ese caso, sigamos con el recorrido para que pueda asegurarme de que realmente eres mío.

Oh, diablos. No había mucho que asegurar. Por su parte, el trato de su familia con su destilería ya estaba más que decidido. Además de que Elise le tenía hechizado, le habían encantado las catas que había hecho durante la visita de la mañana. La riqueza, la sutil carbonización de las barricas y los toques de nuez eran perfectos y exactamente lo que buscaba en los bourbons. No había ido allí en busca de ginebra, pero como de todos modos iban a hacer negocios, la decisión más inteligente sería incorporar todos los productos de Angel's Share a sus bodegas.

Elise lo condujo de nuevo escaleras abajo, por un largo y estrecho pasillo de piedra antigua. Se dirigieron a un sótano que él ni siquiera sabía que existía. Cuando llegaron a una puerta de acero, Elise tecleó un código. Una serie de pitidos resonaron en el pasillo antes de que el pestillo de la puerta hiciera clic. Elise empujó a través de la abertura y el chirrido hizo reír a Antonio.

—Me parece que así es como empezaría un caso de persona desaparecida —bromeó—. Un viejo castillo, una tormenta, un calabozo...

Elise soltó una risita y le hizo un gesto para que entrara delante de ella.

—Te aseguro que no te estoy secuestrando. Esta es mi sala favorita y aquí no defraudamos a nadie. De hecho, muy pocos empleados conocen su existencia y a los que la conocen no les damos las claves.

Sin embargo, ella lo había llevado hasta allí. Eso indicaba que cada vez había menos distancia entre ellos. Elise era la distracción perfecta. Sabía que viajar a Estados Unidos le ayudaría a mantenerse ocupado y a no pensar en la conversación que aún no estaba preparado para tener con sus padres. Sentía que le faltaba algo en la vida y no tenía ni idea de qué demonios se trataba.

—¿Qué es exactamente esta zona? —preguntó él.

Elise le condujo por otro pasillo hasta otra puerta. Con la mano en el pomo, miró hacia atrás por encima del hombro.

—Aquí es donde se encuentra toda la historia.

La siguió al interior de una habitación con paredes de piedra. En un rincón había un viejo escritorio y en otro una estantería que iba del suelo al techo. Había al menos una luz en lo alto, pero no mucho más.

—¿Seguro que no vas a encerrarme aquí? —bromeó.

Elise se acercó a la estantería y sacó un libro antes de encontrarse con su mirada.

—¿Quieres que te encierre aquí? —replicó ella.

—¿Estás flirteando conmigo? Elise frunció los labios.

—Nada de coqueteos. Estamos aquí por trabajo, ¿verdad?

Le estaba costando recordarlo, y Antonio sabía que no podría quedarse a solas con ella mucho más tiempo.

Colocó el libro sobre el escritorio y abrió la tapa con cuidado. Parecía muy antiguo. La historia siempre le había fascinado y ver la cara de entusiasmo de Elise le hacía pensar que seguramente ese no era el único interés que tenían en común.

No es que estuviera buscando a alguien con quien establecer un vínculo más profundo. No estaba seguro de que los compromisos a largo plazo fueran para él. Oh, todo eso del amor y el matrimonio funcionaba muy bien con sus padres. Era innegable lo mucho que se adoraban desde que se conocieron en el rodaje de una película hacía décadas. Y no es que no creyera en el amor. Antonio simplemente no creía que pudiera comprometerse con una persona para el resto de su vida. Todo eso sonaba tan... permanente.

Entregar su corazón a alguien solo le llevaría al dolor y a la pérdida. No podía correr el riesgo de ser destruido nunca más.

Además, le gustaba viajar y tener su independencia. Ocupar un puesto destinado a otra persona no era justo ni para él ni para sus padres. Seguramente, querían a alguien que realmente tuviera pasión por el negocio como ellos... y ese no era él.

Tal vez todos esos pensamientos lo convertían en una persona egoísta, pero al menos era honesto. Y cualquier mujer con la que estuviera

sabía exactamente a qué atenerse. Puede que no buscara compromiso, pero respetaba a las mujeres y nunca mentiría sobre algo tan serio.

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos ante nosotros? —preguntó él, de pie junto a ella en el escritorio.

—Este es uno de los diarios del arquitecto original del castillo. Los encontramos cuando estábamos restaurando este lugar y los guardamos bajo llave. —¿Hablas en serio? Es increíble.

Antonio miró las fechas justo cuando las luces parpadearon un breve instante y volvieron a encenderse.

—Deberíamos volver arriba —le dijo Elise—. No querrás estar aquí abajo si se va la electricidad.

Apenas había pronunciado la frase cuando las luces volvieron a parpadear y terminaron por apagarse, sumiéndolos en la oscuridad.

Antonio esperó un momento, con la esperanza de que volviera la electricidad, pero no hubo suerte.

Elise maldijo por lo bajo, encendió la linterna de su móvil y salió de la habitación. El gemido tan poco femenino que se oyó en el pasillo le hizo comprender que la cosa no iba bien.

—¿Hay algún generador? —le preguntó Antonio.

Ella volvió a entrar en la habitación, pero la poca luz del teléfono no le dejaba ver la expresión de su rostro.

—Sí, pero no se puede conectar desde dentro. Mis hermanas y yo somos las únicas que bajamos aquí, y la verdad es que no lo pensamos.

Entonces... —¿Estamos atrapados? —preguntó él.

—De momento, sí. No eres claustrofóbico, ¿verdad?

—Yo no —le dijo—. ¿Tienes cobertura aquí?

Ella giró su teléfono y luego lo levantó, dando vueltas por la habitación. Antonio sacó el suyo e hizo lo mismo. Todo en vano. Estaban bajo tierra y rodeados de gruesas piedras por todas partes.

—Bueno, la buena noticia es que hay un baño aquí abajo —le dijo con una risita medio nerviosa—. La mala noticia es que no vendrá nadie hasta mañana.

—De malas noticias no tienen nada —replicó—. Me parece que tú y yo vamos a conocernos un poco mejor...

Capítulo Cuatro

¿**P**or qué sonaba como la amenaza más deliciosa de la historia?

Desde luego, Elise no le había llevado hasta allí para hacer travesuras, pero ahora estaban atrapados en una vieja mazmorra con muy pocos muebles, sin luz y con una tensión sexual de mil demonios.

De todas las hermanas, Elise era la que menos probabilidades tenía de encontrarse en esta situación. Durante su infancia, había sido la estudiosa, la que seguía las reglas a rajatabla. Había sido la que había hecho que sus hermanas siguieran adelante y vieran cómo sus sueños se hacían realidad incluso cuando las cosas parecían imposibles.

Y quizá por eso estaba tan embelesada y casi excitada por estar encerrada en el sótano de un castillo con un hombre tan sexy. A ella nunca le había sucedido nada de eso.

—Te pido disculpas. No esperaba que pasara algo así cuando pensé en hacerte un tour por las instalaciones. Lo siento mucho.

—Tranquila, estas cosas pasan. Ni siquiera tú puedes controlar a la madre naturaleza.

Su voz grave y de acento marcado la envolvió en la oscuridad. Fue como si él la hubiese tocado.

—Tenemos apagones con las tormentas, pero no suelen durar mucho. Quizá podamos salir de aquí antes del amanecer.

—Oh, hay situaciones mucho peores, no te preocupes. Esto es solo un contratiempo inesperado. La vida está llena de ellos.

Elise dio unos golpecitos a su teléfono para obtener algo de luz mientras cruzaba la pequeña habitación y tomaba asiento contra la pared.

—¿Siempre eres tan optimista? —preguntó ella.

—No siempre.

Él se acercó y tomó asiento junto a Elise, con sus muslos rozándose.

—Mis padres solo piensan en negocios todo el tiempo. Yo no podría ser más opuesto a ellos. A veces me pregunto si realmente soy hijo suyo. Si no fuera porque soy un calco de mi padre, me lo cuestionaría.

—A Delilah, Sara y a mí nos adoptó nuestra madre, Milly. —Elise recordó todos los momentos increíbles de su infancia—. Milly era una santa por hacerse cargo de tres niñas menores de cuatro años y estar a nuestro lado sin importarle nuestras travesuras.

—¿También forma parte de la destilería?

El tiempo curaba todas las heridas... o algo así, pero el dolor de Elise seguía creciendo cada día que pasaba.

—En realidad falleció hace un mes —le informó Elise—. Pero fue clave para nuestro éxito y siempre estará aquí en espíritu. Definitivamente, no habríamos llegado a ninguna parte sin ella.

Antonio posó una de sus fuertes manos en su muslo, provocándole demasiadas emociones. Él le ofrecía consuelo y ella tenía una reacción totalmente opuesta.

—Siento oír eso. El duelo puede hacerte apreciar de verdad a la familia y lo mucho que enriquecen tu vida.

La convicción en su tono pareció empujarla a querer saber más.

—Se ve que hablas por experiencia —comentó.

—Yo también tengo mi propia pérdida con la que lidiar, pero no necesitamos entrar en eso. Estamos hablando de ti. Estoy seguro de que Milly estaba orgullosa de ti y de tus hermanas.

Elise dejó que la conversación girara en torno a ella. No quería presionar cuando era evidente que él no quería hablar de su propio dolor.

—Oh, sí que lo estaba. Cuando se nos ocurrió la idea de la destilería, se lo contó a todo el que quiso escucharla. Luego, una vez que compramos el edificio, trajo a todos sus alumnos de yoga a recorrer el lugar.

La carcajada de Antonio la cubrió como una manta cálida. Elise cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la fría pared. Supuso que, si alguna vez tenía que encerrarse en una mazmorra centenaria, estar atrapada con Antonio era la mejor manera de hacerlo. Al menos no estaba completamente sola, porque eso la haría pensar demasiado, y pensar llevaba al duelo, y ella no quería ir por ese camino. Aunque habían pasado

semanas, si empezaba a ceder a sus pensamientos, entonces tendría que admitir la verdad y aceptar lo que todos llamaban «su nueva normalidad».

—Tus hermanas y tú tenéis algo muy especial aquí.

—Todo el tiempo tenemos que tragar comentarios de clientes potenciales que piensan que nosotras solo somos una fachada y que en realidad hay un hombre detrás dirigiéndolo todo.

—Créeme, soy muy consciente de que hay tres mujeres brillantes dirigiendo Angel's Share —respondió—. Que todas seáis guapas es solo una ventaja añadida.

La mano de Antonio seguía sobre su muslo y ella se preguntaba si él se daba cuenta. Porque ella sí. El calor y la fuerza que emanaban de él no ayudaba a su creciente deseo.

—Aunque sabíamos que era un sector dirigido por hombres, no esperábamos encontrarnos tantas barreras —admitió—. Pero te aseguro que, si llegamos a un acuerdo, no encontrarás una empresa más fácil con la que asociarte y tus clientes estarán felices con nuestros productos.

Le dio un suave apretón en el muslo. Al parecer, él era perfectamente consciente de que su mano seguía allí.

—No tengo ninguna duda de que trabajaremos bien juntos, de lo contrario no habría viajado al otro lado del mundo para estar aquí.

Ahora sí apartó la mano, pero su cuerpo seguía pegado al de ella. Elise quería moverse un poco. No es que quisiera alejarse de él, pero cuanto más sentía su contacto, más deseaba...

—No vamos a hablar de trabajo mientras estemos atrapados aquí —le dijo.

—¿No?

—Quiero saber más de ti como persona, no como destiladora.

—Soy una persona bastante aburrida. Si quieres algo de emoción, para eso es mejor que hables con Delilah o Sara. Aunque Dee está en proceso de divorcio, así que no estoy segura de si su conversación sería muy divertida ahora mismo. Creo que se equivoca con el divorcio, pero ella no me pidió mi opinión, así que...

El silencio llenó la habitación, haciendo que Elise se sintiera incómoda.

—Su marido es abogado de divorcios, así que resulta irónico —añadió Elise, preguntándose qué más podría compartir con él para entretenerse y alejar de su mente la tensión sexual—. Sara, en cambio, cree que el amor es como un cuento de hadas de la realeza. Hemos intentado explicarle que ya tiene un castillo, pero que no venía con el príncipe azul. Sale con todos los hombres equivocados, pero no está dispuesta a rendirse.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —preguntó ella, con el corazón latiéndole más deprisa, porque ahora él quería acercarse.

Antonio se movió, su brazo rozó el de ella.

—¿Estás casada o divorciada?

—¿Es tu forma sutil de preguntarme si estoy soltera?

—No estoy siendo sutil. Yo no juego.

Aparentemente no, y eso lo hacía todavía más atractivo.

—Estoy soltera. Nunca he estado casada, a menos que mi relación con mi oficina cuente.

Antonio soltó un profundo suspiro mientras se movía y sus piernas crujían contra las de ella. Elise trató de no reaccionar, pero no pudo evitar los cosquilleos y los bailes de felicidad que se producían en su interior. Si antes había alguna duda, ahora ya no la había. Antonio Rodríguez estaba flirteando y a ella le encantaba.

—Mis padres trabajan demasiado —respondió él—. Dicen que es para poder dejarme un buen legado cuando se jubilen. La vida es mucho más que trabajar, y por desgracia he aprendido que es demasiado corta. ¿Por qué no puede la gente divertirse mientras trabaja?

Había aprendido que la vida era demasiado corta y estaba de luto. Sin duda, había perdido a alguien cercano, pero ¿a quién?

—Es una buena pregunta. Supongo que tienes que encontrar lo que amas en la vida y entonces tu carrera no parecerá un trabajo. Yo pongo este lugar y las necesidades de mis hermanas por encima de las mías, pero amo lo que hago y me encanta ver felices a todos a mi alrededor.

—¿Incluso a costa de sacrificar tu propia vida personal? —preguntó.

Elise empezó a ponerse nerviosa, así que se puso en pie y se quitó la chaqueta. No sabía si era por aquel hombre o por la habitación cerrada, pero le entró un calor exagerado de repente.

—No estoy sacrificando nada —se defendió—. No hay nada especial en mi vida personal, así que no hay razón para que no pueda anteponer todo lo demás. Quizás, cuando tenga todo esto sobre ruedas, entonces empiece a valorar mi tiempo fuera de aquí.

Elise buscó el borde del escritorio con las manos y se sentó en él. Pretendía poner algo de distancia física con él para disuadir los repentinos deseos que se le pasaban por la cabeza.

—Eres una mujer muy nerviosa.

Elise se quedó descolocada:

—¿Perdón?

—Te cuesta quedarte quieta, antepones a tus hermanas y el trabajo a todo, y ni siquiera te gusta hablar de ti misma. —Ahora le oyó moverse y supo que se había puesto de pie—. ¿Qué haces para divertirte?

—¿Para divertirme?

Antonio soltó una pequeña risa que a Elise le pareció irresistible.

—Sí. Cuando sales del trabajo, ¿qué es lo primero que haces?

—Quitarme el sujetador.

Maldita sea. Eso no era lo que ella quería que saliera de su boca y eso seguro que no era lo que él le estaba pidiendo.

—Umm... Una imagen interesante —murmuró, arrastrando los pies por el viejo suelo de piedra mientras se acercaba a ella—. ¿Y luego qué?

¿Su voz acababa de adquirir un tono sensual? Si no se restablecía pronto la electricidad, Elise sabía que no iba a poder resistirse a él mucho más tiempo. Era un cliente, un cliente muy importante de otro país. Y ella solo podía pensar en arrancarle la ropa.

—A veces veo documentales históricos o me doy un baño de burbujas si ha sido un día largo.

—¿Es eso cierto?

Definitivamente, su voz ahora sonaba más sensual y él estaba mucho más cerca. Tan cerca que podía sentir su aliento en la mejilla. Elise cerró los ojos mientras todo su cuerpo respondía con una excitación que no había sentido en mucho tiempo.

—Yo diría que, con lo duro que trabajas, te mereces unos mimos. ¿Alguna vez te han dado un masaje?

—Umm... No. Yo... —«No puedo pensar»—. Nada de masajes. Nunca tengo tiempo para algo así.

Antonio la agarró por los hombros y empezó a masajearlos. Ella inclinó la cabeza, dándole mejor acceso. Debería poner fin a aquello enseguida, pero... ¿por qué? Los dos eran adultos. Estaba claro que él no la tocaría si no quisiera, y ella quería que siguiera haciéndolo. No podía concentrarse en ningún pensamiento coherente teniendo esas manos mágicas masajeándola.

—Puede que te hayas equivocado de oficio —le dijo Elise mientras él seguía con sus hombros—. ¿Has pensado en ser masajista?

—Hacer sentir bien a una mujer sería una forma excelente de ganar dinero. —Su cálido aliento le hizo cosquillas en la piel desnuda del cuello—. No me opondría a un cambio de carrera.

Elise suspiró, o tal vez fue un gemido.

—Date la vuelta para que pueda hacerlo bien. Ella se levantó y le dio la espalda. Entonces él se acercó por detrás, tanto que su torso le rozó la espalda y ella se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada.

—No podré contenerme mucho más si sigues gimiendo así —le susurró Antonio al oído.

Elise respiró hondo y se volvió lentamente hacia él. Aunque estaba oscuro, o quizá precisamente porque estaba oscuro, ya no ocultaba lo que quería. Dudó un segundo antes de decidirse a dejar de darle vueltas a todo en su vida.

—Entonces, habrá que hacer algo al respecto.

Capítulo Cinco

Antonio se maldijo a sí mismo, preguntándose si se había pasado con sus palabras e insinuaciones. En cuanto ella se giró, pensó que le diría que aquello era estrictamente profesional y que se guardara para sí las manos y los comentarios sexuales. Pero estaba oscuro, demasiado oscuro, y solo podía sentirla... Sus cuerpos se fueron acercando cada vez más de manera instintiva mientras ella tanteaba su pecho con las manos. Cuando se dieron cuenta, sus labios ya estaban tan cerca que casi se rozaban.

—Ambos queremos lo mismo, ¿verdad? —murmuró Elise contra sus labios.

Oh, diablos, sí.

Antonio la agarró por la cintura y la apretó con fuerza contra él mientras la besaba en la boca. En el momento en que sus lenguas se tocaron, ella cobró vida entre sus brazos. Estaba claro que sus deseos reprimidos habían sido tan feroces y fuertes como los de él.

Las yemas de los dedos de la pelirroja se clavaban en los hombros de Antonio mientras dejaba escapar un gemido tras otro. Con movimientos cuidadosos, Antonio tanteó la mesa y colocó a Elise de espaldas sobre la superficie sin dejar de besarla. No sabía hasta dónde quería llegar ella. No le había dado ninguna señal de duda o de que quisiera que él parara, pero Antonio tampoco quería dar por hecho que ella estaba preparada para todo lo que él quería darle.

Elise separó las piernas, permitiendo que Antonio se pegara más.

Pero entonces ella se apartó del beso.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó entre jadeos—. Quiero decir, sé lo que estamos haciendo, pero ¿es inteligente?

¿Inteligente? Probablemente no. ¿Pero qué tenía que ver el sentido común con todo esto? Claro, se había dicho a sí mismo que se centraría en los negocios y en intentar averiguar cuáles deberían ser sus próximos pasos

para romper con sus obligaciones familiares. Pero eso fue antes de conocer a Elise.

¿Quién podría culparle? No había hombre vivo que la rechazara. Ella era lo que él necesitaba, sobre todo porque tampoco buscaba más que eso. Su dedicación al trabajo y a la familia hacían que cualquier tipo de relación fuera impensable. Justo como a él le gustaban las cosas.

—Podemos parar ahora si eso es lo que quieres —le dijo él.

Apoyó las manos a ambos lados de sus caderas, pero no se apartó. Ya que no podía verla, al menos quería sentirla, olerla. Todos sus sentidos se habían agudizado ahora que le habían quitado uno. Lo que daría por ver su cuerpo desnudo... Llevaba todo el día volviéndose loco contemplando sus caderas. Se moría de ganas de tocar su piel desnuda y deseaba poder penetrarla por completo.

—Lo que quiero es ser responsable y profesional, pero está claro que esa línea ya la crucé hace un rato.

Antonio no pudo evitar admirar su sinceridad. Demasiadas personas a su alrededor intentaban impresionarle o querían algo de él. Por lo que podía ver, Elise era una persona auténtica, sin segundas intenciones. Tan solo el mismo deseo que él sentía por ella. Y como ambos eran adultos con la misma necesidad, no había razón para que ignoraran esa conexión.

—Imagino que siempre eres profesional y responsable —contraatacó—. Pero ahora toma lo que quieras de mí.

El cuerpo de Elise temblaba contra el de él. Que no pudiesen verse hacía que la situación fuese todavía más sexy y excitante.

—En este momento puedes ser lo que quieras —le aseguró—. Todo lo que pase aquí, se quedará entre nosotros y no tendrá nada que ver con el mundo exterior. Ni con el trabajo ni con la familia. Solo nosotros.

Elise dejó escapar un suave suspiro. Él la deseaba con ansia, pero no quería obligarla a algo para lo que no estuviera preparada.

—Solo esta vez, ¿verdad? —preguntó ella—. Y nadie tiene por qué saberlo.

—Nadie.

—¿Y esto no se interpondrá en el trabajo?

Ella deseaba aquello tanto como él.

—No se interpondrá en nada de lo que tenemos entre manos —le aseguró. Hacía tiempo que había perfeccionado la habilidad de separar los negocios de lo personal—. No te resistas a tus deseos cuando no hay nadie más aquí que nosotros.

Ella se movió contra él y entonces se oyeron dos golpes secos contra el suelo de piedra. Se había quitado los zapatos... y ahora se disponía a hacer lo mismo con el resto de la ropa. Antonio esperó un momento para ver qué hacía ella a continuación, pero no tuvo que esperar mucho... Ella le rodeó la cintura con las piernas y se acercó más al borde del escritorio, asegurándolo perfectamente entre sus muslos.

—No tengo ninguna intención de resistirme. —Las manos de ella se deslizaron por los antebrazos de él y subieron por el pecho hasta posarse en los botones de su camisa—. Y ya que vamos a olvidarnos de todo lo de fuera de esta habitación, ahora será mejor que dejemos de hablar.

¿Quién iba a saber que bajo esa imagen profesional y conservadora se escondía una mujer tan sexy? ¿Por qué todo en Elise le parecía tan atractivo y magnético? Mientras Elise jugueteaba con los botones de su camisa, Antonio llevó las manos a su cintura y se deslizó por debajo del dobladillo de su top. En cuanto entró en contacto con aquella piel suave y aterciopelada, supo que aquella mujer iba a ser su perdición. Llevaba menos de tres días en la ciudad y ya había roto la promesa que se había hecho a sí mismo, y aunque ella había dicho que solo sería cosa de una vez, él no iba a mentir a ninguno de los dos y fingir que esa afirmación era cierta.

La deseaba en ese momento y sabía que volvería a desearla. Las manos de ella se movían de manera agitada para quitarle la ropa y, lo que había empezado como sensual y apasionado, se había convertido rápidamente en frenético y desesperado... O quizá la desesperación era por parte de él, porque estaba igual de ansioso por quitarse toda la ropa de encima.

Antonio se peleaba con el botón y la cremallera de los pantalones de Elise mientras ella se movía de lado a lado para bajar las prendas por debajo de sus caderas. La camisa de él acabó en el suelo y Antonio se dispuso a deshacerse de sus pantalones, no sin antes meter la mano en la cartera y sacar un preservativo.

En cuestión de segundos ya estaban desnudos, y él enfundado y preparado, pero maldecía por dentro por tanta oscuridad. Lo que le había parecido sexy y misterioso hasta hacía unos instantes, ahora le dejaba la

sensación de no tener a Elise Hawthorne por completo para él. Deseaba verla desnuda y recrearse.

Las manos de Elise se apoyaron en su pecho mientras sus pantorrillas se deslizaban sobre las caderas de él y utilizaba los talones de sus pies para clavarse en la parte posterior de sus muslos. Antonio no quiso perder más tiempo con sus pensamientos.

Se pegó aún más a ella agarrándole las caderas para asegurarse de que sus cuerpos estaban perfectamente alineados. Elise rozó sus labios con los de él, le pareció que había una ligera vacilación en ella, pero él no iba a permitir que ninguna fuerza externa entrara en esa habitación a perturbar sus mentes en ese instante.

Antonio abrió sus labios sobre los de ella, justo cuando unió sus cuerpos. Y entonces se detuvo. No debería tener esa sensación inmediata de que todo era tan... perfecto. Sin embargo, allí estaba, pero tenía que olvidarse de todo pensamiento y centrarse en el placer del momento, porque ahora las emociones o sentimientos eran totalmente inoportunos.

Lo único que quería era sentir y dejarse llevar, y que Elise hiciera lo que realmente deseaba sin pensar en nada más.

Elise sintió pánico al empezar a preguntarse si aquel no sería el mayor error que se disponía a cometer, pero entonces Antonio se apoderó de ella y le importó un bledo si lo que estaba sucediendo esa noche era un error o no. Era demasiado bueno. Ella nunca hacía nada solo porque lo deseara. Toda su vida había sido dar a los demás, cuidar de los demás, y poner su propia vida en un segundo plano.

Pero esa noche estaba siendo distinta y no le importaban las consecuencias.

Que Antonio uniera sus cuerpos con tanta perfección y luego se quedara inmóvil la estaba volviendo loca. Elise sacudió las caderas contra las de él y se arqueó contra su cuerpo desnudo. Lo que daría por ver aquellos músculos duros a la luz, pero tendría que usar la imaginación y conformarse con sentirlos. A medida que Antonio se movía más deprisa, sus manos le acariciaban los pechos. Elise jadeaba y gemía mientras echaba la cabeza hacia atrás y se dejaba invadir por la euforia.

Sí, aquello era exactamente lo que le faltaba en la vida.

Antonio le susurró algo en español y ella deseó entender lo que le decía, aunque eso no fue impedimento para que se le erizara la piel con sus palabras. Le resultaba tan excitante que le hablara en otro idioma... La

inmensa avalancha de sensaciones la golpeó a la vez desde muchas direcciones. No pudo contenerse y dejó que su cuerpo se elevara con el éxtasis.

Elise gritó aferrándose a los hombros de Antonio. Él seguía murmurando algo que ella no entendía y no podía concentrarse en nada mientras su cuerpo seguía temblando.

Justo cuando sus espasmos empezaban a cesar, Antonio se sacudió con más fuerza, más rápido, y luego se calmó mientras apoyaba la cabeza justo al lado del cuello de ella, recuperando el aliento durante su propia liberación.

Elise lo rodeó con los brazos, cerró los ojos y siguió disfrutando del momento, deseando que la intimidad que habían alcanzado no acabara. Necesitaba distraerse de su propio dolor, de su rutina. No se había dado cuenta de que romper las reglas podía ser divertido, incluso estimulante.

Sabía que saldrían por la mañana como muy tarde, así que iba a aprovechar el tiempo que pasaran juntos porque, una vez que salieran de esa habitación, cualquier otra interacción que tuvieran sería estrictamente profesional. Volvería a ser tal y como era antes, pero con un pequeño secreto que guardaría bajo llave.

El silencio los envolvió de nuevo y Antonio retrocedió, rompiendo el cálido vínculo que habían creado y compartido. Ahora se había acabado, y ella ya se arrepentía de haberle dicho que lo de esa noche era cosa de una sola vez.

Capítulo Seis

Sin duda, su espalda había dormido en mejores sitios. Antonio estaba a punto de despedirse de la treintena y la travesura de esa noche le había dejado algo dolorido. Pero descansar sentado contra una pared de piedra con una mujer sexy tumbada en su regazo había sido casi la única opción en ese espacio tan pequeño. Además, tampoco es que hubiera dormido mucho. Su mente estaba demasiado agitada para hacerlo. Antonio había tenido amantes y aventuras de una noche antes, pero nunca se había acostado con ninguna que estuviera relacionada directamente con los negocios de su familia. Ni tampoco se había acostado con nadie cuando él se sentía vulnerable, pero sabía que Elise se encontraba en una situación similar. Ella estaba en un período de duelo, así que tal vez se necesitaban mutuamente.

Eran todas estas preguntas las que no le sentaban bien. ¿Dónde quedaron aquellos tiempos en los que podía simplemente tener sexo y seguir adelante? Era como si el destino se burlara de él dejándolo atrapado en esa habitación. Lo normal en él sería que ya estuviese deseando salir de allí, pero, por razones que no podía comprender, estaba contento de seguir encerrado con esa pelirroja.

En su desvelo, había sentido a Elise durmiendo plácidamente sobre su regazo. De vez en cuando emitía pequeños ronquidos que le parecían adorables. Las luces comenzaron a parpadear una y otra vez hasta que por fin permanecieron encendidas.

Las pruebas de su apasionada noche no podían ser más evidentes. Sus ropas estaban esparcidas por todas partes y ellos estaban completamente desnudos.

Elise se apartó de su regazo, se incorporó y, evidentemente, no quiso mirarle ni decir nada. Se apartó el pelo de la cara y se puso en pie, mirando a su alrededor y separando sus cosas de las de él. Se apresuró a recoger su

ropa, dándole la espalda todo el tiempo. Sin palabras, sin sonrisas, sin ninguna emoción por parte de la mujer que acababa de dárselo todo.

Parecía que iba en serio lo de que solo sería una noche y que ni siquiera hablarían de ello. Antonio se puso su ropa, con ganas de decir algo, pero sin saber muy bien el qué porque no quería incomodarla.

¿No deberían decir algo? No podían hacer como si no hubiera pasado nada, ¿no?

Tal vez ella podía, pero él no. Había sucedido algo entre ellos y él quería que volviera a suceder, pero si ni siquiera podía hacerla hablar... ¿Por qué no podían tener ambas cosas? Mientras él estuviera en la ciudad podrían tener una bonita aventura, ya que ambos se divertían, y aun así mantener esa relación de trabajo y compañerismo. La idea era perfecta, pero él tenía la sensación de que ella no quería su opinión en ese momento.

Diablos. Nunca le había dado tantas vueltas al sexo. Elise se colocó el pelo sobre el hombro y se volvió hacia él:

—O se ha restablecido la electricidad o una de mis hermanas está aquí y ha encendido los generadores de esta parte del castillo.

—Entonces vámonos antes de que nos pillen —bromeó, aunque en realidad no le importaría seguir con ella allí un rato más y repetirlo. O mejor en un lugar más cómodo, con la luz de la luna sobre su piel, para poder explorar cada centímetro y tratarla como se debía tratar a una mujer en la cama.

Elise sonrió, pero sus ojos se desviaron rápidamente. Antonio se preguntó si ella no se estaría arrepintiendo de lo que habían compartido. Él desde luego que no. Tras salir al pasillo y pulsar el código en el teclado, Elise le hizo un gesto para que saliera delante de ella. Él empezó a pasar, pero luego se volvió hacia ella:

—No cambiaría lo de anoche por nada.

Sus ojos se clavaron en los de él, muy abiertos y llenos de asombro.

—No quería que te fueras de aquí con ningún pensamiento negativo o preocupación —añadió antes de que ella pudiera decir nada, y luego la besó en los labios.

Aún no habían salido de aquel sótano y él ya quería más. Había algo adictivo en ella.

—¡Oh, Dios mío!

Antonio despegó los labios de Elise ante la estridente exclamación. Miró por encima del hombro y se topó con Delilah, que parecía tan sorprendida como enfadada.

Mierda.

Al parecer, lo ocurrido no se quedaría ahora entre Elise y él.

—¿Qué demonios está pasando aquí? — Delilah exigió una explicación.

Elise apartó a Antonio de un leve empujón para acercarse a su hermana.

—Solo un beso.

¿Cómo que solo un beso? Antonio estuvo a punto de reírse, pero no dijo nada. Lo que ella quisiera hacer con su familia no era asunto suyo. Él tenía sus propios problemas familiares que resolver y el sexo no podía complicar su futuro. Diablos, solo había sido una noche, no tenía ningún compromiso ni ataduras con ella, aparte de esa atracción invisible que aún no terminaba de entender.

—¿Un beso? —Delilah resopló—. ¿Y por eso tu blusa está del revés?

Elise jadeó y miró hacia abajo, pero Delilah soltó un gruñido muy poco propio de una dama.

—No está del revés, Elise. Pero tu reacción me dice que aquí abajo ha pasado algo más. —Sus ojos se desviaron hacia Antonio, luego de nuevo a Elise—. No sé qué decir, pero voy a prepararme porque Katie está enferma y alguien tiene que hacer la primera visita de la mañana. Tal vez deberías volver a tu oficina y adecentarte un poco.

Antonio se encogió interiormente cuando Delilah se dio la vuelta y los dejó solos. Miró a Elise, pero no pudo leer sus emociones. Había desaparecido la mujer apasionada de la noche anterior. Ahora estaba con la barbilla inclinada en actitud desafiante, los brazos cruzados y los hombros hacia atrás. Una punzada de culpabilidad lo recorrió, sabiendo que había sido él quien había abierto esa incómoda brecha entre las dos hermanas. Y sin duda Delilah también se lo diría a Sara.

—Asumo toda la responsabilidad de lo ocurrido —le dijo a Elise—. Puedo hablar con ella si crees que eso mejorará las cosas.

Elise se volvió hacia él y negó con la cabeza.

—No. Los dos tenemos la culpa y debo ser yo quien se ocupe. En cuanto al trabajo...

Suspiró, se apartó el pelo de la cara y se ajustó las gafas. La frustración la invadía, y Antonio quería abrazarla para consolarla. Lo cual no sería inteligente y él era un tonto por siquiera tener esos pensamientos. Necesitaba dejar a un lado su noche de pasión como ella estaba haciendo y centrarse en todo lo demás que estaba pasando en su vida.

—Me voy —le dijo él—. ¿Por qué no me paso mañana y hacemos la cata de las botellas exclusivas? Sé que íbamos a ir hoy, pero, si no te crea muchos problemas con tu agenda, diría que a tus hermanas les gustaría tener una conversación contigo hoy.

Elise asintió, pero no dijo nada más, así que Antonio lo tomó como una señal para marcharse. Estaba claro que ella no necesitaba ni quería que él interfiriera en su familia. Ella tenía que hacerlo sola, y él tenía que borrar la noche pasada de su memoria.

Por desgracia, no podía pensar en otra cosa y sabía que mientras permaneciera en Benton Springs desearía continuamente a Elise.

Teniendo en cuenta que tenían un día entero de visitas y que les faltaba un empleado, Elise se quedó en su despacho hasta que Delilah pudo hablar con ella. Con suerte, para cuando eso ocurriera, su hermana ya se habría calmado un poco.

Tras cambiarse de ropa y retocarse el maquillaje y el pelo en el baño de su despacho, Elise se sentía un poco más preparada para afrontar cualquier discusión. Pero no podía dejar de pensar en la noche anterior. No había forma de darle al interruptor y fingir que nunca había ocurrido. Había fingido ante Antonio lo que esperaba que fuera una fachada convincente. Le había dicho que solo sería una noche y así lo mantendría. De ahora en adelante, tenían que ser profesionales. Por mucho que su cuerpo le dijera lo contrario. Llevaba tanto tiempo sin intimar con nadie que ahora sus emociones habían vuelto a abrirse y deseaba tener más. Pero no podía haber una segunda ronda. ¿Cómo había llegado a esa situación? Era todo tan cliché de novela romántica... Una noche de tormenta, un apagón, un hombre sexy desconocido... Ni que fuera una adolescente. Se había dejado llevar por el deseo. En el fondo, sabía perfectamente lo que estaba haciendo cuando invitó a Antonio a volver a la destilería a deshora. Cierto era que no podía prever el apagón, pero quería estar a solas con él; quería seguir sintiendo esa tensión sexual que hacía tanto tiempo que no experimentaba.

Elise consultó su correo electrónico, decidida a volver a concentrarse y ponerse a trabajar como debía. Tenían una gala a la vuelta de la esquina, clientes llegados de todo el país y clientes potenciales de todo el mundo. Esa noche todo tenía que salir a la perfección, ya que todos los ojos estarían puestos en las tres mujeres que se enfrentaban a un mundo dominado por los hombres.

Antes de que pudiera abrir su primer mensaje, la puerta de su despacho se cerró de golpe.

—Dime que no es verdad.

Elise levantó la mirada y vio a Sara cruzando la habitación a grandes zancadas, con su largo flequillo volando alrededor de su cara, mientras sostenía su móvil con la pantalla de texto abierta. Elise no tuvo que leer el mensaje ni ver de quién procedía para saber de lo que hablaba.

—¿Lo del beso? —preguntó Elise—. Sí, es cierto.

—¿Un beso? —Sara se rio—. Por favor, Elise... Estás hablando conmigo. No soy estúpida y he visto a Antonio con mis propios ojos. Nadie podría culparle de lo que pasó en ese sótano. ¡Lo que yo quiero es saber todos los detalles! Pero le prometí a Delilah que haría un control de daños.

—No hay ningún daño que controlar —le aseguró Elise—. Delilah llegó en el momento equivocado y está haciendo un mundo de ello. Antonio y yo somos profesionales.

—Que casualmente hayáis pasado una noche juntos a oscuras en el sótano de un castillo es tan romántico... ¡Estoy celosa!

Elise puso los ojos en blanco y se reclinó en la silla.

—No todo es una novela romántica.

—¿Y por qué no iba a serlo? Esto es lo mejor que te ha pasado nunca.

Elise no podía estar en desacuerdo con eso, teniendo en cuenta que no había tenido una cita en más de un año y no había tenido relaciones sexuales desde hacía más tiempo. De todas las hermanas, Elise sería la última candidata para tener un calentón de ese tipo. Pero no lamentaba lo ocurrido. En cambio, sí lamentaba que la hubieran pillado.

—¿Estás segura de que no estropeará nuestra relación laboral con la familia Rodríguez? —preguntó Sara, volviendo repentinamente a centrarse en el trabajo.

—Estoy segura de que conseguiremos esta cuenta. De hecho, Antonio quiere hacer una degustación de las botellas exclusivas que haremos para ellos. Así que tenemos que ir preparando los lotes de muestras.

—Considéralo hecho —respondió Sara con un firme movimiento de cabeza. Luego arrugó la nariz—. Mmm... ¿Quieres hablar de lo de anoche?

—La verdad es que no —respondió Elise un poco incómoda.

—Bueno, mi imaginación es bastante buena y solo tengo una cosa que decir: ¡Bien por ti! —le dijo Sara con una sonrisa en la cara.

Elise no pudo evitar reírse.

—No creo que esto sea lo que Dee tenía en mente cuando te envió a verme.

—Probablemente no, pero me conoce, así que seguro que es consciente de que manejo las cosas de forma muy diferente a ella. Y Camden acaba de recibir los papeles del divorcio, así que el momento no podía ser peor.

Elise respiró entrecortadamente y cerró los ojos. Con razón Delilah había sido tan dura momentos antes. No podía imaginarse el dolor por el que estaban pasando Dee y Camden. Eran dos personas imperfectas que se convertían en perfectas cuando estaban juntos. Pero eran humanos y tenían sus diferencias. Por lo visto, no podían solucionarlas, y Elise odiaba que eso fuera así.

—No tenía ni idea —dijo Elise, volviendo a centrarse en Sara—. Estoy segura de que vendrá a hablar conmigo cuando acabe con su trabajo matutino. ¿Tú qué vas a hacer hoy?

—He quedado con alguien en casa de Milly a mediodía porque al final me he decidido a pedir un contenedor.

Elise se quedó callada, no sabía qué decir. Revisar la casa de su infancia e intentar decidir qué era lo bastante valioso como para conservarlo o qué podía considerarse basura era como revivir continuamente el hecho de que Milly ya no estaba.

¿Cómo era posible que toda la vida de una persona se pusiera en un contenedor y se tirara a la basura? ¿Cómo era posible que años y recuerdos se redujeran a tan poco y que el resto del mundo siguiera adelante?

—Tenemos que hacerlo —añadió Sara en ese tono suave y reconfortante que la caracterizaba—. Aplazarlo no cambiará el hecho de que ya no esté con nosotras, y ella querría que siguiéramos adelante.

—Seguir adelante... Parece como si la dejáramos atrás.

—Ella siempre estará con nosotras —le recordó Sara—. Alguien tan audaz y vibrante como Milly nunca se quedaría atrás.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Elise.

—No. Solo voy a asegurarme de que lo coloquen donde yo quiero y luego volveré aquí. No voy a tocar nada hoy. Tal vez podríamos ir todas este fin de semana durante unas horas.

—Sí, hacerlo juntas podría facilitar un poco las cosas —convino Elise—. Llevaré ginebra.

Sara se rio.

—Y yo la tónica y la lima.

—Si para entonces Dee vuelve a hablarme, le diré que traiga algo para picar.

Sara hizo un gesto con la mano.

—Ya sabes cómo es. Te necesita, sobre todo hoy. Deja que se calme. Entrará en razón.

Lo más probable, pero a Elise nunca le habían gustado los dramas ni los conflictos. Odiaba la confrontación.

—Tengo que trabajar un poco antes de irme —dijo Sara—. Si en algún momento quieres hablar de lo de anoche, házmelo saber. O de cualquier otra cosa. Ya sabes que aquí estoy.

Elise sonrió y asintió antes de volver al ordenador. No estaba segura de querer hablar de aquella noche con nadie. Solo haría que la reviviera una y otra vez.

Aunque sabía que la reviviría de todos modos. No había manera de que pudiera seguir con su vida como si nada hubiera pasado. Y aún tenía que enfrentarse a él para hablar de trabajo... Como si no hubiera pasado una noche salvaje con él y luego se hubiera despertado completamente desnuda en su regazo.

Capítulo Siete

—¿**Q**ué opinas de Angel's Share?

Antonio puso el teléfono en manos libres y lo colocó en la mesa auxiliar junto a su silla Adirondack en la terraza para hablar con su padre. Los pensamientos de Antonio sobre lo que pensaba de Angel's Share ahora solo se centraban en Elise y en toda la pasión que había desatado en él. Lo intensa que había sido, a pesar de que ella se había esforzado tanto por ocultar sus emociones. Cuando ella inició aquel primer beso, Antonio supo que había tenido que hacer acopio de todo su valor para ir a por lo que quería.

Lo que significaba que ella realmente lo deseaba más de lo que él había pensado en un principio.

Su manera de ser le resultaba de lo más sexy. Aparte del hecho de que era brillante y una maestra de la destilación, la mujer sabía lo que quería e iba a por ello. Tanto en su vida personal como en la profesional.

—Es una destilería impresionante —respondió Antonio mientras contemplaba las colinas de Kentucky—. Las muestras que he probado son estupendas y justo lo que creo que necesitamos añadir a nuestros restaurantes. En breve haré las catas exclusivas y elegiré la mejor combinación para nosotros.

La mayoría de los destiladores creaban lotes especiales para clientes VIP o restauradores. Angel's Share no era diferente. Tener un bourbon exclusivo para los establecimientos Rodríguez sería una ganancia para ambas partes. Elise llevaría su marca al extranjero y él tendría algo que nadie había tenido en sus manos en España.

—¿Y qué tal lo demás? Solo he estado en Kentucky una vez y fue hace muchos años. Lo recuerdo todo muy bonito.

—Lo es —le dio la razón escuetamente Antonio, que no estaba de humor para charlar con su padre—. Cuando vuelva a casa el mes que viene, me gustaría comentarte algunas cosas.

Acababa de plantar la semilla de la charla que tanto temía. Aunque Antonio todavía no tenía ni idea de qué diría exactamente y esperaba tener alguna experiencia reveladora durante su estancia en Estados Unidos. Era un buen hombre de negocios, pero aún no sabía dónde invertir su tiempo y su dinero.

—Suenan a algo serio. ¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes —aseguró a su padre—. Solo son planes de futuro.

—Bueno, eso suena prometedor. Tu madre y yo estamos impacientes por dejar la empresa en tus manos. Estamos muy orgullosos de ti, hijo.

Maldita sea. No quería sentirse culpable por perseguir sus propios planes, pero lo hizo. Sus padres habían hecho absolutamente todo por él y ahora iba a aplastar sus sueños.

Su padre continuó contándole algunas de las novedades en España durante su ausencia y cómo su madre ya estaba reservando viajes para recorrer el mundo en cuanto le cedieran las riendas del negocio. Antonio se limitó a escuchar, porque no había mucho que pudiera decir. Y si no tenía un plan sólido, algo tangible a lo que aferrarse para su futuro, se quedaría atrapado en un mundo que no amaba y que no quería.

Tenía demasiadas pasiones, ese era el problema. Le encantaba viajar; le encantaba conocer gente nueva y socializar. Así que quedarse encerrado en un área, en un negocio con muchas cadenas, le parecía una prisión.

Aunque estaba muy orgulloso de todo lo que habían conseguido sus padres, ese no era su objetivo final en la vida. Durante los últimos años lo había hecho todo tal y como querían sus padres. No conocía otro camino sin hacerles daño. Aunque Paolo había muerto hacía años, ninguno de ellos se había recuperado del todo. El dolor siempre había sido el motor de las acciones de Antonio. Era el único hijo que quedaba para asegurarse de que sus padres tuvieran la felicidad que se merecían.

—Hazme saber tu decisión en cuanto hagas esa cata —dijo su padre—. Confiamos en tu criterio.

—Te llamaré en cuanto haya cerrado un trato —le aseguró a su padre. Antonio tocó la pantalla para colgar y estiró las piernas, cruzando los tobillos. No tenía planes para ese día, aunque debería pensar en algo.

Quedarse solo en su casa de alquiler dándole vueltas a su vida familiar y a la noche anterior le volvería loco.

No pudo evitar preguntarse cómo le estaría yendo el día a Elise y si habría demasiadas desavenencias entre las hermanas. Delilah parecía bastante disgustada y enfadada con Elise.

Antonio no sabía cómo le iría en su próxima visita, pero quizá dar un paseo en coche para ver la pintoresca zona en la que nunca había estado le despejaría la mente. Quizá incluso encontrara algún restaurante que le llamara la atención. Tal vez no quisiera dedicarse a eso de por vida, pero seguía admirando el trabajo de sus padres y disfrutaba con la comida.

¿Ese iba a ser su destino? ¿Debía asumir la vida que sus padres querían que llevara, sobre todo ahora que habían empezado a abrir bares también como última gran aventura antes de jubilarse?

Antonio siempre se había enorgullecido de tener el control y de abrirse camino en la vida. Aunque trabajaba para ellos, nunca le habían regalado nada. Siempre le habían inculcado la ética del trabajo y había empezado desde abajo en la empresa. Habían querido que aprendiera todos los puestos para que entendiera bien al personal y fuera más afín cuando se hiciera cargo de la empresa.

Antonio se levantó y agarró el móvil de la mesita. Necesitaba salir, tomar el aire y dar una vuelta. Tal vez así tendría una idea más clara y podría volver a centrarse en la razón por la que viajó a Estados Unidos. Su noche con Elise le estaba nublando la mente. Debería estar planeando su futuro, en cambio, solo podía pensar en aquella pelirroja que lo había seducido.

—Nunca dije que Antonio y yo hiciéramos nada.

Delilah puso los ojos en blanco y resopló.

—No puedes mentirme, Elise. Sé lo que vi y no soy tonta, fue un beso de la mañana siguiente en toda regla.

Elise resistió el impulso de pasear por su despacho, aunque había mucho espacio y necesitaba desesperadamente desahogarse. Sabía que Delilah iría a hablar con ella en cuanto tuviera un minuto libre, pero en aquel momento Elise no podía decir nada que aliviara el disgusto de su hermana.

—¿En qué estabas pensando? —Delilah seguía muy enfadada—. No, no hace falta que me respondas. Lo he visto, así que sé exactamente lo que estabas pensando. Pero esto no es propio de ti. Es algo más propio de Sara.

Elise extendió los brazos y suspiró.

—Bien. Soy humana. ¿Ya estás contenta?

Los labios de Delilah se fruncieron mientras sus ojos se entrecerraban.

—Bueno, al menos ya no me mientes. Pero, en serio, ¿cómo va a afectar esto a nuestra relación laboral con esa familia?

Elise cruzó la habitación para colocarse frente a su hermana y le agarró las manos con calma.

—No hay nada de qué preocuparse —le aseguró Elise—. Antonio y yo somos adultos. Acordamos mantenerlo en secreto y que no tendría nada que ver con nuestro acuerdo.

Delilah frunció todavía más el ceño.

—Pero ¿qué te pasa? Acabas de conocer a ese hombre. Lo único que le molestaba a Elise era lo mucho que seguía deseando a Antonio. Le echaba la culpa a su falta de vida social y a que aún estaba en proceso de duelo por la pérdida de Milly. Tenía las emociones a flor de piel y se sentía vulnerable. Eran excusas sólidas, pero también era una mujer adulta que podía tomar sus propias decisiones y no tenía que justificarse o disculparse.

—Preferiría pasar página y no darle más importancia. —Elise soltó las manos de su hermana y dio un paso atrás—. Tenemos la cata VIP programada para mañana. Antonio disfrutó con todas las muestras que probó ayer. Creo que le va a costar decidirse con nuestras botellas exclusivas. ¿Y ahora qué te parece si hablamos de esos papeles que te han entregado?

Delilah sostuvo la mirada de Elise y finalmente negó con la cabeza.

—No me apetece mucho, la verdad. —Su divorcio era un tema delicado.

—Está bien. —Elise sabía que su hermana hablaría cuando estuviera lista—. Volviendo a lo de las catas, estará todo listo a mediodía. Con la cantidad de bares nuevos que está abriendo su familia, dudo mucho que se vaya de aquí sin hacer un trato con nosotras.

—Quizá puedas convencerle de que se apunte a más de un lote —sugirió Delilah—. Al parecer...

—Chicas...

Elise y Delilah dirigieron su atención hacia la puerta, donde Sara estaba de pie, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos. Llevaba una carpeta en la mano y no solo cerró la puerta tras de sí, sino que también echó el cerrojo.

—¿Qué pasa? —preguntó Elise acercándose a Sara—. Estás temblando.

Sin decir palabra, Sara empujó la carpeta contra el pecho de Elise.

—Ya no sé qué creer. Es que... no puedo... ¿Por qué tantos secretos?

—Tranquila, sea lo que sea, saldremos de esta. —Delilah puso su brazo alrededor del hombro de Sara—. Ven, siéntate y cuéntanos qué ha pasado.

Elise lanzó una mirada a Delilah, que se encogió de hombros, claramente igual de confusa y preocupada. Sara no solía ser dramática, así que, fuera cual fuera el contenido de aquella carpeta, tenía que tratarse de algo muy serio.

—Lo encontré en el sótano de Milly. —Sara tomó asiento y colocó las manos sobre su regazo—. El del contenedor llegaba tarde, así que bajé para empezar a ordenar y seleccionar. ¿Sabéis esa vieja caja fuerte que siempre nos decía que estaba vacía? Bueno, fui a moverla y oí algo dentro. Me llevó una eternidad, pero al final conseguí abrirla y encontré esto dentro.

Elise apoyó una cadera contra su escritorio mientras Delilah tomaba asiento en la silla junto a Sara. Todas las miradas se clavaron en la misteriosa carpeta cerrada.

—¿Y qué has encontrado?

Sara respiró entrecortadamente.

—Nuestros papeles de adopción, certificados de nacimiento... Y mirad esa fotografía nuestra de bebés con una mujer que se parece a Milly pero que no es ella.

Delilah y Elise estudiaron todo el contenido, pero se centraron en la foto. ¿Quién era esa mujer misteriosa?

—Mirad todos los mensajes y recibos de un investigador privado tratando de localizarnos —añadió Sara.

—¿Un investigador? —preguntó Dee—. ¿Por qué tenía Milly un investigador?

—Porque nos buscaba a nosotras —explicó Sara—. Antes de adoptarnos, buscaba a tres chicas en concreto.

Elise negó con la cabeza, sin tener ni idea de lo que hablaba su hermana.

—¿Cómo es posible? Ni siquiera sabía quiénes éramos hasta que nos adoptó.

Con una rápida ojeada a la carpeta que le había devuelto Elise, Sara empezó a ordenar la pila de papeles.

—Eso es lo que ella quería que todos pensaran. Pero por todos los papeles y documentos que hay aquí, Milly Hawthorne es nuestra tía biológica.

—¿Qué? —Delilah jadeó de incredulidad—. Eso no es posible.

Elise se quedó mirando los papeles, como si pudiera verlo todo a la vez y averiguar qué intentaba decir Sara.

—Nuestra madre biológica era la hermana de Milly. —Sara sacó varios papeles—. Todas tenemos padres diferentes, pero compartimos la misma madre. Y creo que es la mujer que sale en la fotografía con nosotras.

Elise necesitaba sentarse ante esa bomba que acababa de explotar. ¿Hermanas de verdad? ¿Cómo podía ser eso posible si eran tan diferentes físicamente? Tenía que haber algún error, pero fuera lo que fuera lo que Sara había leído creía firmemente que era la verdad.

Volvió a centrarse en la fotografía mientras estudiaba a esa mujer. ¿Podría ser su madre? ¿La hermana de Milly? Tenía mucho que procesar.

—Déjame ver —exigió Delilah mientras agarraba los papeles—. Nada de esto tiene sentido. Si tenemos la misma madre biológica, ¿dónde está y por qué tuvo que venir Milly a buscarnos?

Sara cerró los ojos y suspiró antes de volver a concentrarse en el contenido de la carpeta. Rebuscó una vez más y sacó otro papel.

—Este es el certificado de defunción de nuestra madre biológica.

¿Muerta? Supuestamente, acababan de descubrir quién era su madre biológica, ¿y ahora le decía que ya no estaba viva? ¿Estaban sus vidas condensadas dentro de esa carpeta? ¿Cómo era posible que la historia y todas las respuestas que querían estuvieran recopiladas en esos papeles?

La mente de Elise daba vueltas en demasiadas direcciones como para sacar algo en claro. Quería respuestas, pero ni siquiera sabía todas las preguntas que quería hacer.

—Se llamaba Carla Akers —afirmó Delilah mientras miraba fijamente el papel que tenía en sus manos—. Tenemos un nombre real que ponerle a la mujer que ni siquiera recordamos.

—Murió en prisión —murmuró Sara—. Cuando entró en la cárcel, fue cuando Milly empezó a buscarnos. Estuvimos en diferentes casas de acogida. Está todo ahí. Todo.

Elise rodeó su mesa y giró su silla hacia el otro lado para sentarse junto a Sara. Papeles, documentos, fotografías y fotocopias pasaron de mano en mano alrededor del trío. La conmoción se apoderó rápidamente de Elise, que se quedó con más preguntas que respuestas.

Y no quedaba nadie a quien preguntar.

—¿Estoy leyendo bien? —preguntó Elise mientras miraba a sus hermanas—. Nuestra madre y Milly estaban separadas. Por eso contrató al investigador para que nos encontrara.

¿Qué había pasado en su vida para que acabase en la cárcel? ¿Cómo era posible que Milly y ella fueran tan diferentes? Es más, ¿cómo podía su madre biológica ser tan totalmente opuesta a cada una de sus hijas?

Ninguna de ellas había consumido drogas ni había sido detenida. Nunca habían hecho nada fuera de la ley. ¿Por qué Milly no les había contado nada de eso?

—Es que no lo entiendo —susurró Sara, con las lágrimas obstruyendo su garganta—. ¿Por qué nunca nos había dicho que en realidad éramos parientes? Supongo que nos protegía de la dura vida de nuestra madre, pero ocultarnos que somos hermanas de verdad...

Elise recordó todos los años que habían pasado con Milly y cómo las había querido y cuidado como si fueran sus hijas. Las había criado como verdaderas hermanas y ninguna recordaba haber estado en ningún otro sitio que no fuera la casa de Milly.

—Estoy de acuerdo —dijo Elise—. A su manera, probablemente quería protegernos de la verdad sobre nuestra madre biológica. ¿Desearía que nos hubiera dicho la verdad? Sí. Pero al mismo tiempo la comprendo. Tenía una hermana que era adicta, según los papeles que tenemos aquí y su historial carcelario. Milly lo hizo lo mejor que pudo. No tenía obligación

de ir a buscarnos y creo que eso demuestra el amor que tuvo por nosotras desde el principio.

A Elise no le cabía la menor duda de que Milly había movido cielo y tierra para encontrarlas. La mujer había trabajado toda su vida como maestra de escuela y luego como instructora de yoga por diversión. Sin duda, contratar a un investigador se había llevado la mayor parte de sus ahorros, si no todos.

Otra ráfaga de dolor golpeó a Elise justo en el pecho. Echaba de menos a aquella mujer más de lo que creía posible echar de menos a nadie.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Delilah, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Hacemos como si nunca hubiéramos visto esto o intentamos obtener más respuestas?

—¿Como qué? —preguntó Sara.

Delilah se hundió en su silla y miró a ambas hermanas antes de responder:

—Encontrar a nuestros padres biológicos.

Capítulo Ocho

Antonio tomó asiento a la mesa de la sala de catas VIP. Ante él había cinco vasos, todos con el logotipo de Angel's Share grabado en el grueso cristal. A su llegada, un empleado que no conocía lo había conducido a aquella sala. Supuso que Elise sería la que se reuniría con él, pero, después de la otra noche, tal vez otra hermana ocuparía su lugar.

En cualquier caso, solo estaba allí por trabajo, así que no importaba quién apareciera.

Pero por más que lo repitiera, no podía engañarse a sí mismo. Quería volver a ver a Elise. Quería saber si esa atracción sexual seguía existiendo y la única manera de obtener esa respuesta sería encontrándose con ella cara a cara.

Había pasado un día entero sin saber nada de ella, así que los sentimientos y las emociones no eran ni de lejos tan fuertes como cuando había salido de aquel sótano el día anterior. ¿Cuál era el problema? Solo pensaba en lo que había ocurrido en la oscuridad, a puerta cerrada. Debería estar entusiasmado por encontrar el lote perfecto de bourbon exclusivo para los restaurantes de su familia, pero no podía negar que estaba nervioso por ver a Elise de nuevo. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Ella había insistido en que su noche era cosa de una sola vez, pero ¿cómo podía dejar de lado sus emociones así como así? Ella se había convertido en fuego en sus brazos y no había forma de que pudiera borrarlo de su cabeza. Se negaba a creer que alguien tan audaz como Elise pudiera ignorar esa química.

La puerta que tenía detrás se abrió y, sin darse la vuelta, supo que Elise iba a ser quien se reuniera ese día con él. Su suave perfume floral lo envolvió de repente.

—Siento llegar tarde —le dijo al entrar—. Hemos tenido un pequeño problema de personal, pero no es nada que quieras o necesites oír.

Cuando se puso al otro lado de la mesa, Antonio se dio cuenta de dos cosas. Una, estaba obviamente agotada y disgustada, lo que él dudaba mucho que tuviera algo que ver con los empleados. Y dos, era tan despampanante y sexy como la recordaba. Tal vez incluso más.

No tenía ni idea de qué era esa atracción magnética que sentía por ella ni de cómo seguía produciéndose, pero sí sabía que le estaba costando mucho luchar contra ella.

—La verdad es que soy muy bueno escuchando —le dijo Antonio sonriendo.

Metió la mano en el armario de cristal que tenía detrás y empezó a sacar cinco botellas diferentes, todas con etiquetas de distintos colores, nombres y números. En cualquier otra ocasión estaría encantado de probarlos, pero sus hormonas y aquella mujer estaban por encima del sentido común y los negocios en ese momento.

—Sí, bueno, gracias por el ofrecimiento, pero no estás aquí para ejercer de psicólogo —replicó mientras colocaba cuidadosamente una botella junto a cada vaso—. Estás aquí para elegir el bourbon perfecto que se venderá en exclusiva para los restaurantes Rodríguez.

—Puedo hacer las dos cosas.

Antonio no pudo contenerse y le agarró la mano. Sus miradas se cruzaron y... ahí estaba. El fuego que se había preguntado si ella había sido capaz de apagar seguía ardiendo. El brillo de sus ojos, su respiración agitada, la forma rápida pero sutil en que fruncía los labios.

—Tenemos que concentrarnos —murmuró ella.

—Estoy concentrado. —Deslizó el pulgar de un lado a otro sobre el pulso de su muñeca, un pulso que se había acelerado—. No actúes como si no estuvieras pensando en ello.

—Una cosa es pensarlo y otra muy distinta hacerlo. —Sus ojos se desviaron hacia donde la mano de él rodeaba su muñeca—. Debemos olvidar lo que pasó en el sótano. La soltó, solo porque no quería parecer un completo imbécil. Pero ella en realidad tenía la misma necesidad que él.

—¿Y cómo lo consigues? —preguntó Antonio—. Ignorar tus deseos tan fácilmente.

Ella retiró la mano de encima de la mesa y volvió a mirarle.

—Nada en mí se apaga cuando se trata de ti. Pero tengo un trabajo que hacer y tú también. Así que eso es lo que deberíamos hacer.

Elise le mostró la primera botella y empezó a explicarle lo que contenía ese lote en particular y en qué se diferenciaba de los demás. Mientras la servía, a él no le pasó desapercibido el ligero temblor de su mano. Tal vez otros no lo notarían, pero él había estudiado muy bien sus movimientos.

Cuando ella dejó la botella, Antonio echó la silla hacia atrás, se puso en pie y rodeó la mesa. Elise dio un respingo y se volvió hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos mientras daba un paso atrás.

—No seguiremos con esto hasta que me digas qué te tiene tan alterada.

Ella le miró fijamente, luego parpadeó e intentó apartar la mirada.

—No sé a qué te refieres.

Sin poder evitarlo, Antonio levantó una mano y le enmarcó la cara con ella. Quería ver esos ojos, quería mirarla, y quería que ella lo mirara a él. Diablos. ¿Qué estaba haciendo? Debería estar bebiendo y tomando notas, y luego haciendo un maldito pedido.

Pero sería un completo imbécil si ignorara el hecho de que Elise estaba dolida. Algo la había sacudido y estaba convencido de que no tenía nada que ver con él. La noche juntos había sido increíble, pero ella no estaba así de alterada cuando se despidieron. Algo más pasaba.

—¿Y crees que porque compartimos una noche puedes leerme la mente? —preguntó—. Acordamos que se quedaría en aquella habitación y que sería solo una vez, ¿recuerdas?

Antonio le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Nunca accedí a tal cosa, pero esa discusión la dejaremos para más tarde. Estás enfadada.

Elise volvió a fruncir los labios, pero solo por un segundo. Cerró los ojos y exhaló un suspiro antes de volver a mirarlo.

—Hay algunos asuntos familiares que estoy tratando y que son privados —admitió finalmente—. Hoy estoy un poco apagada, pero eso no entorpecerá lo que tenemos entre manos. Siento que te hayas dado cuenta y te haya apartado de lo que viniste a hacer.

—¿Quieres parar? —le exigió—. No tienes que ser profesional ahora. Sé que también eres humana. También te conozco mejor que tus otros clientes, si no me equivoco. Puedo escucharte si necesitas hablar o podemos posponer esto. No quiero causarte más estrés.

Ella abrió la boca, la cerró y luego sacudió la cabeza. Antonio bajó las manos, pero no dio un paso atrás. No había forma de que ningún negocio o trabajo tuviera prioridad sobre lo que le estaba ocurriendo internamente.

—Esto es lo que tengo que hacer y soy perfectamente capaz de mantener el control. —Ella le ofreció una pequeña sonrisa—. Estoy segura de que alguien como tú puede entenderlo.

Por mucho que quisiera, no tenía derecho a presionarla para que hablara. Ya lo hablarían más tarde. Porque, definitivamente, esa conversación no había terminado.

Elise esperó mientras Antonio examinaba todas las muestras que había degustado. Tomó notas en el papel que le proporcionó su equipo para que los clientes pudieran puntuar los licores en varias categorías y conseguir la botella que mejor se adaptara a sus necesidades.

Pero su mente estaba en esa maldita carpeta de su despacho. Había tanto que hacer con la gala a la vuelta de la esquina, sus cuentas regulares y las nuevas que iban llegando, además de la visita del público cada día, más la limpieza en casa de Milly... Y ahora sus hermanas contemplaban la posibilidad de localizar a sus padres biológicos.

Todo ese caos hacía que aquella aventura de una noche parecieran unas vacaciones. No le importaría tomarse unas para olvidarse de todo aquello, pero tenía demasiadas cosas entre manos como para permitirse un paréntesis.

Aunque pondría la mano en el fuego a que Antonio estaba más que preparado para repetir. ¿Cómo diablos iba a evitar la tentación por segunda vez?

—Bueno, ¿qué piensas? —preguntó Elise para romper el silencio y evadirse de sus propios pensamientos—. Parecía que te gustaban mucho las etiquetas doradas y azules.

Él asintió con la cabeza.

—La verdad es que me han gustado mucho todos, pero debo elegir y reducir la selección. Elise se cruzó de brazos y sonrió.

—Estás acostumbrado a tomar todo lo que quieres, lo sé. Debe de ser duro tener que renunciar a algo.

Los ojos de Antonio se encontraron con los de ella y aquella mirada oscura le pareció aún más excitante que antes.

—No sabría decirte —respondió—. Nunca he renunciado a nada de lo que he querido.

Un escalofrío tras otro la recorrió. Claro que no. Debería haberlo sabido y también debería haber sabido que cualquier cosa que dijera podría interpretarse como algo sexual. Era demasiado consciente y sabía que no estaba en igualdad de condiciones. Ella no tenía experiencia con las bromas ni las aventuras de una noche. Alguien como Antonio tenía habilidades que ella ni siquiera podía imaginar.

Y ella caía con demasiada facilidad en su red. ¿Y cuál era el problema? Que en su fuero interno no quería que él la desenredara. Una parte de ella estaba disfrutando mucho. —Céntrate en los lotes —le dijo. Por mucho que le gustara tener una aventura, seguía siendo una profesional en un mundo de hombres y tenía que regirse por otras normas. Ella no creaba las malditas reglas, pero por ahora tenía que vivir según ellas.

La reputación de Angel's Share lo era todo para ella y sus hermanas. Era lo único que tenían y no iba a estropearlo dejando que un español sexy que estaba de paso se metiera en su mente y desbaratara sus prioridades.

—Bien, ya lo he decidido. —Se puso en pie y asintió—. Los llevaremos todos y me aseguraré de que diferentes lotes solo estén disponibles en algunos locales. Problema resuelto y todos contentos.

Elise quería chillar de alegría. Habían conseguido oficialmente su primera cuenta internacional, y no precisamente pequeña. Estaba deseando contárselo a Delilah y a Sara. Todas necesitaban algo bueno en lo que concentrarse, sobre todo en ese preciso momento.

—Muy bien, ahora hablemos de nosotros.

Antonio atrajo de nuevo su atención dejándola descolocada con su mirada oscura y penetrante.

En ese punto era donde las cosas podrían ponerse aún más complicadas de lo que ya estaban. La delgada línea que tendría que caminar debía hacerse lentamente o se caería, y no importa de qué lado aterrizara, saldría herida.

—No hay un nosotros —le contestó ella—. Compartimos una noche juntos y ahora tenemos una relación de trabajo. Y gracias, por cierto. Tu contrato estará redactado al final del día y listo para firmar. Entonces podrás recorrer el país todo lo que quieras, pero que sepas que tienes el mejor licor aquí mismo, en Benton Springs.

La mandíbula de Antonio se tensó, sus fosas nasales se encendieron y ella no podía decir si estaba excitado, frustrado, enfadado o todo lo anterior a la vez. Bueno, que se considerara bienvenido al club, porque ella también lidiaba con su propia montaña rusa emocional.

—Dime que no has pensado en esa noche cada minuto desde que salimos de aquella habitación —contraatacó—. Dime que puedes ignorar el hecho de que todavía me deseas. Adelante, intenta mentirme, pero no puedes mentirme a ti misma. Lo veo en tus ojos, Elise. Eres una mujer apasionada y necesitas una válvula de escape.

Elise asimiló cada palabra y lo condenó por haber acertado tanto. ¿Cómo podía conocerla tan bien? El hecho de que pudiera leer su mente en tan poco tiempo debería ser una clara señal de alerta sobre cuántas mujeres había seducido antes y a cuántas habría soltado el mismo discurso.

—¿Te ofreces como mi válvula de escape? —replicó ella.

Antonio se encogió de hombros.

—Si quieres utilizarme, que así sea.

—Qué noble y altruista de tu parte. —Elise se recogió el pelo detrás de las orejas y se ajustó las gafas—. Yo solita me basto para preocuparme de mis pasiones y deseos. Te libero de esa carga.

La sonrisa perversa que se dibujó en el rostro de Antonio le produjo un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Hablas en serio? —Antonio se echó hacia atrás y se irguió—. Muy bien, tú te lo pierdes.

Sí, era muy consciente de ello, pero era la elección con la que tendría que vivir y estaba convencida de que era la correcta. Tenía que primar el sentido común sobre cualquier deseo o necesidad temporal.

—Podemos enviarte el contrato o bien puedes esperar aquí para firmarlo —le dijo, centrándose únicamente en los negocios.

Antonio no dejaba de mirarla con intensidad.

—Mándamelo —le dijo Elise—. Trabajaré desde casa los próximos días.

—Considéralo hecho.

Diablos. ¿Por qué tenía que poner su carrera y su familia por encima de sus propias necesidades? ¿Por qué no podía tenerlo todo? ¿Quién escribió esas malditas reglas?

—Será un buen trato para ambos —le aseguró él.

Antes de que ella pudiera decir nada más, Antonio le hizo un gesto con la cabeza y salió de la habitación. Elise se quedó mirando la puerta cerrada, sabiendo que había tomado la mejor decisión. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, tal vez... Pero Antonio no era más que una distracción pasajera y ella ya se había divertido. Ahora tenía que trabajar y ocuparse de la bomba que acababa de estallar en su vida personal. Y olvidarse de aquella noche con el español.

Capítulo Nueve

—¿**E**stáis listas, chicas? —preguntó Delilah, protegiendo su cara del sol.

Elise se quedó mirando la vieja granja de dos plantas en medio de la propiedad de los Hawthorne. Había crecido allí, no recordaba ningún otro hogar ni a nadie que la hubiera cuidado o querido. Pero al estar allí de nuevo con sus hermanas, sabiendo que Milly no estaba al otro lado de aquellas puertas, deseó más que nunca que estuviese dentro para poder hacerle todas las preguntas que esa carpeta había generado.

—No encontraremos lo que necesitamos aquí fuera. Entremos y veamos qué podemos hacer.

Elise se tragó el nudo que tenía en la garganta mientras se dirigían a la puerta principal.

—¿Deberíamos dividirnos? —preguntó Elise.

Delilah introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Quizá sea lo mejor. Me temo que, si nos quedamos todas en la misma habitación, lo único que conseguiremos será llorar por los recuerdos.

Sara soltó una risa forzada.

—Creo que lloraré de todos modos. Pero espero que podamos encontrar algunas respuestas.

—Yo también lo espero, pero si no estaban en esa caja fuerte o en esa carpeta, no sé dónde más podrían estar —añadió Elise—. Todo esto sigue siendo tan... abrumador.

Elise siguió a sus hermanas al interior y no pudo evitar sonreír. La casa seguía oliendo a flores. Milly siempre tenía flores frescas de sus jardines en las habitaciones. La gran escalera del vestíbulo conducía a los dormitorios, así que Elise se dirigió hacia ellos.

—Yo subiré —se ofreció—. Que una vaya al sótano y la otra que se quede en esta planta. Empezaré en la habitación de Milly. Sé que tenemos que limpiar toda la casa, pero estamos de acuerdo en que primero buscamos respuestas, ¿no?

Tanto Delilah como Sara asintieron.

—No tengo prisa por venderla —afirmó Sara.

—Yo tampoco —coincidió Delilah.

Elise se mordió el labio mientras las emociones amenazaban con desbordarla.

—Entonces, ¿por qué la vendemos? —preguntó a sus hermanas—. Nadie dijo que tuviéramos que hacerlo.

—Bueno, ahora todas tenemos nuestras propias casas —dijo Delilah—. Aunque tal vez yo podría dejar mi casa de alquiler y mudarme aquí cuando se resuelva lo de mi divorcio.

Elise esperaba que el divorcio no llegara a buen puerto, pero esa era una conversación para otro momento.

—No tomemos ninguna decisión importante todavía —sugirió Elise—. No necesitamos el dinero de la venta, y alguna de nosotras podría necesitarla en un futuro. Ahora tratemos de concentrarnos en averiguar algo sobre nuestros padres.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Delilah—. ¿Averiguar quién era tu padre?

A Elise le había bastado con tener a Milly, nunca había tenido necesidad de ahondar más en su ascendencia. Pero ¿sabía siquiera su padre biológico que su madre biológica estaba embarazada? Tal vez no supiera que tenía una hija en el mundo. ¿Y si lo sabía y la hubiera estado buscando?

¿Y si no le hubiera importado? ¿Y si estaba tan mal como su madre, o si ya tenía su propia familia y una vida feliz? Ella no querría interrumpir eso.

—Sinceramente, no sé lo que quiero —respondió Elise—. Últimamente estoy muy confundida.

—¿Hablamos del hecho de que Milly fuera nuestra tía o del hecho de que sigas colgada por Antonio?

Elise se sobresaltó ante la acusación de su hermana. Respirando hondo, Elise se agarró a la barandilla de la escalera y bajó un peldaño.

—De todo —admitió.

—Oh, no. —Delilah se apoyó en la puerta que daba al salón y cruzó los brazos sobre el pecho—. No puedes encariñarte con una aventura de una noche. Yo me casé con la mía y mira cómo ha resultado.

—Camden y tú hacéis una pareja perfecta juntos —dijo Sara—. Pero no tenemos tiempo para discutir sobre eso ahora.

Delilah abrió la boca, sin duda para discutir, pero Elise se centró en sus propios problemas.

—No estoy acostumbrada a las aventuras, ¿vale?

Y parecía sincero, como si realmente le preocupara cómo estaba y en cómo había afectado a mi relación con vosotras lo de esa noche.

—Los hombres son criaturas simples —le dijo Delilah—. Consiguen lo que quieren y siguen adelante. No le des más vueltas.

Sara puso los ojos en blanco y se sentó junto a Elise.

—No le hagas caso. Está hastiada. Si quieres intentar algo con Antonio, adelante. Nadie te lo impide. ¿Creemos que es inteligente de cara al negocio? Probablemente no, pero piensa en lo romántico que podría ser.

Elise no tenía ni idea de cómo sus dos hermanas podían ser tan opuestas en su forma de ver las relaciones. En realidad, podía entender los puntos de vista de ambas, y por eso le costaba tanto decidirse.

Se puso en pie y se volvió para subir al piso de arriba.

—Estaré en la habitación de Milly. Avisad si encontráis algo.

Lo último que quería era discutir por el divorcio de Delilah o volver a hablar de su noche con Antonio. Lo había apartado de su vida personal para centrarse en lo profesional.

Pero eso no significaba que no pudiera seguir rememorando lo ocurrido. Lo recordaría toda la vida... Y si algún día encontraba a alguien que la amara y quisiera sentar la cabeza... ¿la haría sentir tan apasionada? ¿La haría sentir tan temeraria y fuera de control que no le importara exponerse de manera irremediable?

Sinceramente, estaba tan casada con su carrera y esa destilería, que no imaginaba a ningún hombre que fuera capaz de soportar ser el segundo plato en su vida. Así que apartó la idea de tener algo con Antonio. Por

desgracia, ella aún le deseaba. Él tenía razón en cuanto a lo de apagar las emociones. Ella tampoco podía hacerlo. Sin embargo, no le quedaba más remedio que superarlo. Antonio se iría a otra ciudad, con otra mujer. Esa era su naturaleza y probablemente la olvidaría tan pronto como encontrara a su próxima conquista.

Elise debería estar agradecida de que su aventura de una noche hubiese sido con alguien que no era de por allí. Una vez que Antonio se hubiera ido para siempre, la tentación desaparecería por sí sola y ella no lo pasaría tan mal.

Se tumbó en el borde de la cama de Milly y recorrió la habitación con la mirada. Milly era de las que lo guardaban todo, así que cada habitación le llevaría mucho tiempo. Lo cual estaba bien. Así tendría algo que hacer por las tardes en lugar de preguntarse qué estaría haciendo Antonio... o con quién. Elise tenía que concentrarse en lo que estaba, así que empezó a rebuscar dentro del armario de la ropa. Cada prenda guardaba un recuerdo especial, por no mencionar el perfume floral característico de Milly. Las cajas del estante superior contenían fotografías antiguas, y al poco tiempo Elise se encontró sentada en medio del suelo rodeada de imágenes de cumpleaños y Navidades pasadas. Mientras sostenía una foto en una mano y una de las camisetas favoritas de Milly en la otra, Elise dejó salir todas las emociones que había estado reprimiendo. La pérdida era demasiado para ella, así que lo dejó salir todo. Toda su rabia, su vacío, su tristeza, su dolor... Por fin.

Si ahora también pudiera librarse de esas emociones que sentía por Antonio Rodríguez...

—Yo estoy igual que tú.

Elise levantó la vista de su pila de fotografías. Delilah estaba en la puerta, cruzada de brazos y con los ojos enrojecidos.

—Esto es mucho más difícil de lo que pensaba —admitió Elise—. No estoy segura de hasta dónde he llegado. Tal vez este primer día se trate solo de hacer una limpieza emocional.

—Si es así, creo que yo ya estoy bastante limpia —afirmó su hermana, entrando en la habitación.

Delilah se adentró cuidadosamente de puntillas alrededor de los recuerdos esparcidos por toda la alfombra y se inclinó para sentarse sobre sus rodillas. Sara apareció también en ese momento por la puerta y se llevó un pañuelo a la nariz.

—¿Esta es la fiesta de las lágrimas? —preguntó—. ¿Hay sitio para una más?

—Adelante —la invitó Elise—. Quita las cosas de en medio para sentarte si quieres. Lo siento, lo he desperdigado todo. Sara rodeó la cama y acabó subiéndose encima, justo por donde Elise tenía apoyada la espalda.

—Esto es como cuando nos juntábamos todas aquí los días que había tormenta. —Se rio Delilah—. Milly siempre decía que necesitaría una cama más grande si seguíamos creciendo, pero luego crecimos y dejamos de tener miedo.

—Le encantaba que viniéramos aquí. —Sara se secó los ojos con un pañuelo—. Solo que no quería admitirlo porque pretendía enseñarnos a ser independientes.

—No había nadie como ella. —Elise movió las piernas y tomó una pila de fotos—. Hay tanto amor en todas ellas. Me hace pensar que deberíamos dejar las cosas como están y no seguir buscando. Tuvimos una vida estupenda y... no sé.

Sara empezó a jugar con el pelo de Elise.

—Lo entiendo perfectamente. Yo me preguntaba lo mismo. Si Milly hubiera querido que lo supiéramos, nos lo habría dicho. Pero nos ocultó la verdad por alguna razón y quizá nos estaba protegiendo.

Delilah negó con la cabeza.

—Quiero saberlo. Necesito saberlo. Con todo el revuelo que hay en mi vida ahora mismo, necesito entretenerme fuera del trabajo y mantener el control. Y buscar a mi padre biológico es lo único que se me ocurre.

Elise echó un vistazo al desorden que había montado y seguía sin tener una idea clara de lo que quería hacer. Cada hermana tenía que tomar su propia decisión sobre lo que le convenía y probablemente no todas estarían de acuerdo, pero Elise sabía una cosa: todas se apoyarían unas a otras pasara lo que pasara.

—¿Hemos terminado por esta noche? —preguntó—. Estoy agotada y no estoy segura de poder seguir haciendo esto hoy.

—Salgamos. —Delilah se puso en pie y le tendió la mano a Elise—. Si queréis volver mañana, decídmelo. Me parece bien que nos tomemos un descanso, pero también me gustaría seguir con esto.

Una vez de pie, Elise se encogió de hombros.

—Me sentiré mejor cuando descanse un poco. Mañana estaré aquí unas horas. Quizá, si hacemos un poco cada día, podamos encontrar algunas respuestas o al menos sentir que hemos cerrado la herida. ¿Os importa si me llevo algunas de estas fotos a casa?

—Por mí no hay problema —dijo Delilah.

Una vez que todas acordaron volver al día siguiente por la tarde, Elise tomó algunas de las fotografías y se dirigió a su coche. Hacía tiempo que se había puesto el sol y sabía que era tarde. Aunque estaba cansada, también sabía que, una vez en casa, no podría dormir. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Demasiados recuerdos la habían asaltado en las últimas horas. Sus emociones estaban a flor de piel. Desde la luz del techo de su coche, Elise miró fijamente una de las fotografías. En ella aparecía Milly con tres niñas en su regazo. Sus sonrisas eran tan amplias, tan felices. Elise no recordaba ese día, pero había visto esa foto antes. Milly les había dicho que esa foto había sido tomada el día de la adopción, cuando las niñas eran pequeñas. El día en que realmente se convirtieron en una familia.

Aunque en realidad ya eran parientes consanguíneos desde mucho antes.

Elise dejó la pila de imágenes en el asiento del copiloto y arrancó el coche. No estaba preparada para volver a casa y sentarse en silencio con sus pensamientos y sus preocupaciones. Necesitaba algo, necesitaba a alguien.

Así que salió del camino y se dirigió en dirección contraria a su casa.

Capítulo Diez

Los suaves golpes en la puerta de la entrada hicieron que Antonio levantara la vista de su portátil. ¿Quién podía, ser tan tarde? Conocía a muy pocas personas allí y, desde luego, no había dicho a nadie dónde se alojaba durante su estancia en la ciudad.

Lo ignoró, pensando que quizás solo fueran niños gastando bromas.

Cuando volvió a centrar su atención en la hoja de cálculo que había estado redactando, volvieron a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza.

Antonio se bajó del taburete de la barra y rodeó la isla de la cocina, donde había montado un despacho improvisado. Caminó descalzo por el largo pasillo hacia la parte delantera de la casa y se dio cuenta de que solo llevaba unos pantalones cortos y nada más.

Sin embargo, tras mirar por la mirilla, tuvo que reconocer que su atuendo era el adecuado. La mujer que había al otro lado de la puerta ya estaba familiarizada con su cuerpo desnudo.

Con un rápido movimiento del pestillo, Antonio abrió la puerta. Estaba a punto de soltar un comentario picante e ingenioso, pero al ver su cara comprendió que no era el momento.

Los ojos de ella recorrieron el cuerpo de Antonio hasta encontrarse con su mirada. Fue entonces cuando se le llenaron de lágrimas y se lanzó a sus brazos. No tenía ni idea de qué había pasado, pero era evidente que no estaba bien. Sin soltarse de ella, Antonio retrocedió lo suficiente para cerrar la puerta y colocar el pestillo en su sitio. Elise enterró la cara en su cuello y tembló contra él. Lo que le había ocurrido esa noche la había puesto muy nerviosa.

—¿Estás herida? —le preguntó él.

—Solo mi corazón —susurró ella.

Luego Elise se echó hacia atrás y le rodeó la cara con las manos. Lo miraba con lágrimas en los ojos y Antonio trataba de contener sus impulsos. Ella le había dejado claro que su noche había terminado y que no habría más. No quería ceder a su evidente, aunque silenciosa, petición. No quería ser el arrepentimiento de alguien por la mañana.

—Esto es una mala idea —le dijo—. ¿Por qué no dejas que te lleve a casa?

—Si quisiera irme a casa, estaría allí —murmuró ella con los ojos clavados en la boca de él—. Pero te necesito. Necesito olvidar la realidad por un rato. No te pido nada más.

El cuerpo de Antonio se agitó mientras su mente intentaba recordar por qué aquello era una mala idea. Quizás su estado era demasiado vulnerable como para tomar una decisión racional.

—Sé lo que hago —afirmó ella, como si pudiera leerle el pensamiento—. ¿Vas a ayudarme a olvidar o no?

Oh, diablos. Estaba librando una batalla perdida. Lo supo en cuanto la vio al otro lado de la puerta. Se sentía demasiado bien entre sus brazos y estaba a punto de suplicarle. ¿Quién era él para negarse ante una damisela en apuros?

Antonio la levantó en brazos. Con una mano en la espalda y la otra en las rodillas, la llevó al dormitorio.

Solo estaba ayudándola..., haciendo lo que ella le pedía. Al menos eso era lo que se decía a sí mismo. Y también quería todo lo que ella le ofrecía... Pero Elise estaba sufriendo, eso era evidente. Así que tuvo que ser atento y cariñoso. Tenía que dejar que ella tomara el control total.

Los dedos de Elise se enredaron en su pelo y se deslizaron por su cuello. Había ido hasta allí para una cosa y él estaba más que dispuesto a dejarle usar su cuerpo.

En cuanto entró en la habitación, la dejó de pie con cuidado al lado de la cama. La luz del pasillo entraba a raudales y la luna llena proporcionaba un suave resplandor a través de las puertas dobles que daban al patio.

Antonio deslizó la punta de un dedo por debajo de su barbilla y le levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Estás segura?

Elise apoyó las manos en el pecho de él y lo hizo retroceder. Sin dejar de mirarle, se llevó las manos al bajo de su blusa y tiró de ella hacia arriba. La depositó a un lado, sin dejar de mirarlo, y buscó el botón de sus vaqueros.

Antonio siguió observando cómo ella se despojaba de todas y cada una de las prendas de vestir, y luego se colocó ante él completamente desnuda. La luz del vestíbulo y del patio recorría su cuerpo en varios tonos... Nunca había visto un espectáculo tan impresionante.

Sabía, por haber palpado cada centímetro de su piel, lo hermosa y curvilínea que era. Pero poder verla lo cambiaba todo, era completamente nuevo, no como la otra noche. La aventura en el castillo fue algo espontáneo. Pero lo que estaba ocurriendo en aquel momento..., bueno, Elise había ido allí con un objetivo en mente.

Sin apartar los ojos de él, se hundió en la cama y se desplazó hasta situarse en el centro. Se apoyó en los codos y levantó las rodillas, invitándole silenciosamente a unirse a ella.

Diablos. Con cualquier otra mujer ya se habría desnudado y estaría encima. Pero con esa mujer... Él quería verla, detenerse en cada una de sus curvas.

—¿Cuánto tiempo me vas a hacer esperar? —preguntó Elise.

Antonio recordó que se había prometido dejarse llevar por ella. Rápidamente se quitó los calzoncillos, fue al baño contiguo en busca de un preservativo y volvió a entrar en la habitación.

La miró por última vez antes de apoyar una rodilla en el edredón y arrastrarse sobre su cuerpo para sentarse a horcajadas sobre ella. Con una rodilla a cada lado de sus caderas, Antonio colocó una mano junto a su cabeza y utilizó las yemas de los dedos de la otra para recorrer aquella piel suave y cremosa entre sus pechos.

—No puedo dejar de mirarte —admitió Antonio.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Elise. Él prefería eso y la pasión de sus ojos a la sensación de vulnerabilidad y desesperanza con la que había aparecido cuando le abrió la puerta.

—Me robaron la oportunidad la otra noche, y desde entonces solo he podido imaginarte.

—Has estado pensando en ello, ¿verdad? —dijo Elise frunciendo las cejas.

Se dio cuenta de su error al admitir que ella había estado en su mente. ¿Cómo podía olvidar su aventura de una noche, y ahora dos, cuando ella ocupaba demasiado espacio en su mente?

—Puede que sí —susurró, bajando la mano hasta el interior de su muslo—. Apuesto a que cuando estás en la cama por la noche también piensas en ello.

Deslizó la yema del dedo justo sobre su núcleo y ella arqueó la espalda, dejando escapar un pequeño gemido. Eso era. Eso era lo que quería de ella. Quería hacerla olvidar cualquier demonio que la hubiera perseguido hasta allí. Quería que solo pensara en él, en lo que estaban haciendo, durante el resto de la noche.

A Antonio le estaba costando tomárselo con calma, pero ella lo cambió todo cuando se levantó, le rodeó el cuello con los brazos y atrajo su boca hacia la suya. Se abrió para él y, antes de que se diera cuenta, ya se había acomodado perfectamente entre sus muslos abiertos y ella le había cerrado los tobillos a la espalda.

—Te necesito —jadeó contra sus labios—. Ahora.

Nunca le habían parecido sexys las mujeres dominantes, pero Elise tenía una forma de ser que le hacía querer dejarlo todo y dejarse llevar. Ella tenía el control total, y eso era lo que más le excitaba.

Antonio empujó dentro de ella, lo que provocó otro grito de Elise, que levantó los brazos y le agarró los hombros. Incluyó las caderas y empezó a mover su dulce cuerpo contra el de él. El español mantenía la mayor parte de su peso sobre ella, usando su mano para sostenerse. Pero se movió y agarró la parte posterior de su muslo con la mano libre, necesitando estar aún más cerca, aún más profundo.

Las uñas de Elise se clavaban en su piel, su cabeza se agitaba de un lado a otro. Podría mirarla toda la noche, pero no aguantaría... ni ella tampoco. En ese momento se trataba de olvidar. Quizá al día siguiente podrían explorar aún más.

Porque ella no iría a ninguna parte esa noche.

Cuando ella aceleró aún más sus caderas, Antonio la besó justo debajo de la oreja, después a lo largo de la mandíbula y finalmente en los labios. Ella gimió en su boca y Antonio no supo cuánto tiempo más podría contenerse. Cuando ella jadeaba así, se aferraba a él, se sacudía contra él... Lo consumía por completo y él seguía sin poder saciarse.

Finalmente, su cuerpo se detuvo y ella se arqueó aún más, rompiendo el beso. Antonio no podía apartar los ojos de la apasionada mujer que tenía debajo. Había aparecido en su puerta necesítándolo, pero tal vez era él quien la necesitaba.

Cuando Elise le miró con aquellos ojos expresivos y le sonrió, algo le dio un vuelco en el pecho... Lo cual era ridículo. Solo era deseo. Nada más.

Antonio sacudió las caderas mientras ella susurraba, incitándole a seguir. Elise se movió aún más fuerte hasta que él se derrumbó por completo y dejó que el clímax lo consumiera. Se inclinó y apoyó la frente en la de ella, tratando de recuperar el aliento, tratando de averiguar cómo mantenerla con él, porque aún no había terminado con ella.

Una vez no había sido suficiente. Dos veces no habían sido suficientes. ¿En qué momento estaría dispuesto y preparado para dejarla marchar?

Elise se recostó en el brazo de Antonio, preguntándose cuánto tiempo podría permanecer envuelta en su abrazo y en su cama. Había ido hasta allí buscando una vía de escape, y sin duda la había encontrado, pero en él había algo más. Había una dulzura que ella no esperaba. Supuso que le abriría la puerta, ella se lo propondría y tendrían sexo frenético en la entrada.

Pero no. La había llevado a su dormitorio como si fuera un premio que había estado esperando.

No debía dejarse llevar por el vértigo ni darle más importancia de la que tenía. Lo único que había entre ellos era sexo... y una relación laboral. Él no iba a enamorarse perdidamente de ella y estar a su lado en los momentos difíciles. Ni siquiera vivía en Estados Unidos, por el amor de Dios. Por mucho que quisiera quedarse allí con él, Elise no podía permitirse aceptar más de Antonio. Había conseguido lo que necesitaba, un descanso de la realidad. Estaba tan agotada después de salir de casa de Milly que necesitaba algún tipo de distracción y desahogo. Pero no había nada más para ella allí.

Elise se incorporó y balanceó las piernas sobre el borde de la cama.

—¿Adónde vas?

Mirando por encima del hombro, su corazón dio un vuelco al ver a Antonio. Su piel oscura brillando a la luz de la luna, el pelo revuelto y aquellos ojos oscuros que la miraban fijamente.

—A casa.

Antes de que Elise pudiera ponerse en pie, él le rodeó la cintura con el brazo y la echó hacia atrás.

—Quédate.

Sus labios rozaron la parte baja de su espalda, provocándole un escalofrío por todo el cuerpo. Cerró los ojos, tratando de aferrarse al momento, porque todo aquello era fugaz y tenía que retenerlo en sus recuerdos.

Claro que quería quedarse, pero no era inteligente. Si se quedaba, estarían pasando de algo físico a algo más... Al menos ella. Nunca había sido de aventuras de una noche y tenía la sensación de que ya se estaba involucrando demasiado con ese hombre.

—Debería irme —replicó ella.

Antonio le dio un beso en la espalda. Luego otro un poco más arriba, y otro. Finalmente, llegó a su cuello. Apartándole el pelo y pasándoselo por encima de un hombro, le acarició la piel.

—Deberías quedarte.

Sus manos la rodearon por detrás y le agarraron los pechos. Elise dejó caer la cabeza contra el hombro de él y supo que estaba perdiendo la batalla.

—No he terminado contigo —gruñó contra su oído—. Y ambos sabemos que no quieres ir a ninguna parte.

Antonio deslizó una mano por su torso hacia su vientre y Elise separó instintivamente los muslos. En cuanto él la tocó, ella no pudo contener el gemido de excitación.

—Eso es —murmuró Antonio mientras le recorría el cuerpo con las manos—. No te contengas.

Como si pudiera. No tenía ni idea de cómo había conseguido excitarla tan rápido de nuevo. Elise se dejó llevar por la euforia, y permitió que Antonio se saliera con la suya mientras la complacía desinteresadamente. Y cuando su cuerpo alcanzó el clímax, él le murmuró algo en español al oído. Ella no tenía ni idea de lo que decía, pero aquel acento, aquella voz ronca, era muy sexy.

En cuanto dejó de temblar, Antonio se colocó detrás de ella y la abrazó. Elise se puso de rodillas, a horcajadas sobre su regazo. Se inclinó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Supongo que me quedaré.

Ella sonrió y bajó su cuerpo para unirse al de él. Antonio le agarró el trasero con fuerza y lo acarició de tal forma que hizo que su cuerpo volviera a vibrar. La boca de él encontró un pezón y Elise tuvo que agarrarse a sus anchos hombros para no moverse. La consumía por completo, y ella no quería que fuera de otra manera.

Ella se movió rápido, más fuerte, necesitando otra liberación, y justo cuando su cuerpo estaba a punto de alcanzarla, Antonio soltó su pecho de la boca para buscar sus labios. Su cuerpo se tensó bajo el suyo mientras ella se dejaba llevar. Unas manos fuertes cubrieron su espalda, acercándola aún más a aquel pecho fuerte y duro.

La cresta de aquella ola de placer parecía durar más esta vez, mucho más intensa que antes.

Y cuando ambos bajaron del éxtasis, Antonio la acunó en sus brazos, la cubrió con una manta y le besó la frente antes de quedarse dormido.

Elise estaba tumbada bajo la luz de la luna, preguntándose cómo iba a dejar que aquel hombre saliera de su vida personal para tener tan solo una relación laboral.

Capítulo Once

El fuerte aroma del café sacó a Antonio de su sueño. Parpadeó contra la luz del sol que entraba por las puertas del patio. De no ser porque tenía el cuerpo dolorido y las sábanas estaban arrugadas a su lado, hubiese creído que había soñado varias veces con Elise en esa cama.

Se había quedado. No sabía por qué había sido tan importante para él, pero la oyó cacharrear en la cocina y maldecir por lo bajo. No debería ser tan adorable, pero no pudo evitar sonreír.

Su madre la adoraría.

Antonio se quedó quieto. ¿De dónde demonios había salido ese pensamiento? ¿Hacía solo unos días que había conocido a Elise en persona y ya estaba pensando en que su madre la conociera? Eso era un no rotundo. Aquello tan solo era una aventura entre dos personas que necesitaban distanciarse de la realidad. No podía haber nada más entre ellos.

Antes de que pudiera levantarse de la cama, Elise apareció con dos tazas de café.

—Café negro y en abundancia —dijo alzando una de las tazas, y luego se detuvo en seco—. Oh... Tal vez lo preferías con leche. Ahora se mostraba insegura. Nada que ver con la de la noche anterior, cuando apareció en su puerta. Una Elise audaz, que tomaba las riendas. La mujer que ahora tenía delante tenía dudas, y eso era lo último que él quería.

—Así está perfecto, no te preocupes —le dijo Antonio, agarrando la taza.

Ella se la entregó y él utilizó la mano libre para rodearle la cadera. Ella se había puesto la camiseta y la ropa interior, pero él se dio cuenta de que no se había molestado en ponerse sujetador. Quizá no se sentía tan insegura como él pensaba.

—Me sorprende que no hayas salido corriendo al despertarte.

Elise sonrió suavemente y se encogió de hombros.

—Lo pensé. Nunca he pasado la noche con un hombre con el que no tuviera una relación, así que no estaba segura de cuál era el protocolo. Sobre todo teniendo en cuenta nuestra situación particular.

Antonio colocó su taza en la mesilla e hizo lo mismo con la taza de ella tras quitársela de la mano, antes de empujarla a sentarse en el borde de la cama.

—Aquí no hay reglas, Elise. Obviamente, ambos tenemos problemas en nuestras vidas personales. No hay nada malo en encontrar una salida para escapar.

Sus ojos verdes parecían aún más vibrantes aquella mañana de lo que los había visto antes. Aunque seguían un poco hinchados por lo que fuera que la había alterado antes de llegar.

«No te involucres. No. Ni se te ocurra hacerlo», pensó Antonio.

—¿Quieres contarme qué es lo que te hizo aparecer en mi puerta a esas horas?

No pudo evitarlo. Quería saber qué había pasado para que ella diera un giro de ciento ochenta grados desde la última vez que habían hablado. Ella había insistido en que mantuvieran la relación de manera completamente profesional. Elise desvió la mirada y respiró entrecortadamente. Antonio apoyó la mano en su muslo buscando tranquilizarla. Demonios. No le gustaba verla sufrir. Quería ver de nuevo a la mujer apasionada y sonriente que tenía toda la confianza del mundo. Seguía estando ahí, solo tenía que volver a sacar ese lado suyo.

—Mis hermanas y yo estuvimos ayer en casa de Milly —afirmó finalmente, volviendo su atención hacia él—. Hay tantos recuerdos en esa casa...

—Eso tiene que ser duro.

No podía imaginarse perder los cimientos de su vida. Sus padres habían hecho todo lo posible por mantenerle y habían hecho de él el hombre de éxito y decidido que era hoy. Por eso la culpa lo consumía y casi lo paralizaba. Pero tenía que ser sincero. Sus padres siempre le habían exigido respeto y honestidad, así que no podía eludir una conversación con ellos.

Elise agarró su taza y bebió un sorbo de café antes de volver a dejarla sobre la mesilla. No sabía qué pensar sobre el hecho de que ella acudiera a

él cuando estaba tan disgustada. Tenía que haber algo más que sexo para ella. Elise había dicho más de una vez que no le gustaban las aventuras.

—¿Qué le pasó a Milly? —preguntó Antonio.

—Tuvo un derrame cerebral mientras dormía. —Elise deslizó el dedo sobre su mano en el muslo y empezó a dibujar círculos—. Debería alegrarme porque no se enterara ni le doliera. Pero soy egoísta y desearía tenerla aquí. Tengo tantas preguntas para ella después de todo lo que hemos descubierto...

Antonio esperó a que siguiera hablando, pero ella se detuvo. Entonces, él le dio un suave apretón en el muslo.

—¿Qué has averiguado?

Elise frunció los labios y negó con la cabeza.

—Decidimos no contárselo a nadie, pero es algo que nos ha cambiado a todas para siempre.

La decepción le golpeó más fuerte de lo debido. No tenía por qué preocuparse por su vida privada. No podía hacer nada para ayudarla y no iba a quedarse en la ciudad el tiempo suficiente para involucrarse.

Sin embargo, le molestó un poco que ella sintiera que no podía confiar en él. ¿A quién tenía aparte de sus hermanas? ¿A quién hubiese recurrido la noche anterior si él no hubiese estado? La idea de que Elise recurriera a otro hombre no le gustaba. No sabía por qué, no había una explicación lógica, pero no podía evitar sentirse así.

Probablemente estaba demasiado confundido entre su propia vida, que estaba en el aire, y el giro inesperado que dio su mundo cuando conoció a Elise. Se había dicho a sí mismo que no tendría ninguna aventura mientras estuviera allí por trabajo, pero eso fue mucho antes de quedarse encerrado en el sótano de un castillo con una mujer tan atractiva.

—Mis padres esperan que me haga cargo del negocio familiar en los próximos dos años.

Se sorprendió a sí mismo abriéndose a ella sin haberlo planeado en absoluto. Pero es que era muy fácil hablar con Elise y quería que se sintiera cómoda con él.

—En realidad, es lo último que quiero —admitió—. Los quiero, me encanta el negocio que han construido, pero no es la vida que quiero vivir.

Los ojos de Elise se abrieron de par en par.

—Oh, vaya. ¿Y ellos qué dicen de eso?

Antonio sacudió la cabeza y suspiró.

—Aún no se lo he dicho. Esperaba aprovechar este viaje y la distancia con ellos para pensar qué voy a decirles y hacia dónde quiero dirigir mi vida realmente. Solo sé que estar casado con un negocio y tener que cuidarlo hasta que me jubile me parece un aburrimiento y una condena.

Dejó escapar un suave suspiro.

—Sin embargo, eso es algo que a mí me encanta. Necesito compromisos en mi vida y, como no salgo con nadie, Angel's Share es todo lo que tengo.

Y esa era solo una de las diferencias que había entre ellos.

—¿Cuándo vas a hablar con tus padres? —preguntó Elise.

—Cuando hablé con mi padre el otro día, le dejé caer que quería hablar del futuro y de la adquisición cuando nos viésemos de nuevo. No quiero engañarles.

Elise le dio la vuelta a la mano de Antonio y entrelazó sus dedos con los de él mientras le dedicaba la sonrisa más dulce. El español volvió a sentir un vuelco en el pecho. Se negaba a creer que su corazón se estuviera involucrando. Nunca en su vida había dejado que eso ocurriera, y mucho menos con una mujer a la que solo conocía de unos días.

—No querrás decepcionarles —replicó ella.

Antonio tragó saliva.

—Sí, eso tampoco.

—No creo que se enfaden por lo que decidas. Te quieren y, aunque no los conozco, apuesto a que quieren verte feliz.

Él no pudo evitar sonreír.

—No dudo de que quieran mi felicidad, pero, si no me hago cargo yo, ¿quién lo hará? Soy todo lo que tienen desde que Paolo se fue.

—¿Cómo murió? —La mano de Antonio se tensó ligeramente y ella se acercó un poco más a él.

—Paolo era cuatro minutos mayor que yo —comenzó a hablar—. Era el mejor hermano mayor que uno pueda tener. Tuvimos la mejor infancia e hicimos todo juntos, pero falleció cuando teníamos trece años a

causa de una meningitis. Y saber que mis padres esperan de mí que yo continúe con su legado me resulta abrumador.

Diablos. Odiaba sonar como un idiota.

—No quiero ser desagradecido —prosiguió—. Realmente haría cualquier cosa por ellos, pero no sería justo para ninguno de nosotros si entregaran su negocio a alguien que no lo quisiera de verdad. Sigo esperando encontrar un término medio... Por eso debemos tener esa conversación cuanto antes.

—Creo que, si eres completamente sincero con ellos, los tres podréis encontrar una solución —opinó Elise—. ¿Alguna vez has pensado que simplemente asumen que te están haciendo un favor? Tal vez piensan que es algo que has estado deseando. Si no les cuentas tus verdaderos sentimientos, no podrán ayudarte.

Antonio deslizó la otra mano sobre sus manos unidas.

—Eres muy inteligente. ¿Has pensado alguna vez en ser madre? ¿Quieres tener una familia?

¿Por qué había preguntado eso? Con cada pregunta personal se hundía más y más en su vida. Lo extraño era que no estaba preocupado en absoluto. Todavía no. Disfrutaba de su tiempo con Elise. Había algo tranquilizador en ella, algo que parecía llenar temporalmente un vacío que no sabía que tenía.

Estar allí era bueno para él. Cuando se fuera, tendría el recuerdo del tiempo que pasaron juntos.

—Sí, me gustaría tener una familia algún día —contestó Elise encogiéndose de hombros—. Pero no tengo prisa. De hecho, es algo que me aterroriza. Todo lo que sé lo aprendí de Milly y ahora resulta que todo es una mentira.

¿Qué demonios le había pasado la noche anterior? Lo que había descubierto le había cambiado la vida y él quería saberlo. Quería ayudarla como ella le había ayudado a él con sus palabras.

—Soy bueno escuchando —se ofreció él—. No tengo a nadie a quien contarle tus secretos y, a veces, la opinión de alguien de fuera ayuda mucho.

Elise frunció los labios y él prácticamente pudo ver la batalla interna que libraba consigo misma. Quería hablar, desahogarse y buscar algún tipo

de alivio, pero él la conocía lo suficiente como para saber que su familia estaba por encima de todo.

—Algo así podría perjudicar nuestro negocio —murmuró—. Quiero decir, tal vez no, pero aparte de habérselo prometido a mis hermanas, también tengo que velar por los intereses de Angel's Share.

Familia y negocios. Por supuesto. No podía enfadarse por eso y tenía que respetar su decisión. Aunque eso no significaba que le gustara.

—En primer lugar, nunca revelaría información sobre ti o tu negocio —le dijo—. Respeto tu decisión de mantener esto en privado.

Ella asintió y le quitó la mano de encima mientras se ponía en pie. Antes de que pudiera tomar nuevamente su taza de café, Antonio deslizó la mano por debajo de la camiseta de Elise, encontrando al instante la curva de su trasero. El cuerpo de Antonio cobró vida y, sin sábana ni manta que lo cubriera, no podía ocultar el efecto que ella le producía.

—¿Adónde vas?

Los ojos de la pelirroja recorrieron su cuerpo desnudo, lo que sin duda no ayudó a reducir su deseo.

—He quedado con mis hermanas esta tarde en nuestra antigua casa —le dijo.

Miró el reloj de la mesilla y luego a ella.

—Creo que aún tienes bastante tiempo.

No quería que se marchara, todavía no. Necesitaba más y no tenía ni idea de cuándo cesaría ese dolor punzante de querer más. En cualquier caso, tenía un plazo para estar allí y había otros lugares de Estados Unidos que debía explorar antes de volver a España.

—¿Es buena idea que me quede? —preguntó ella.

Ya la tenía de nuevo. Enroscó la otra mano alrededor de su cadera opuesta y giró su cuerpo para que quedara frente a él. Mirándola fijamente, le levantó la camiseta hasta rodearle el cuello, luego terminó de quitársela y arrojó la prenda al otro lado de la habitación. Antonio enganchó los pulgares en sus braguitas blancas y se las bajó de un tirón. Elise abrió las piernas para dejarlas caer antes de apartarlas de una patada.

Ella se subió a la cama y lo cubrió por completo.

—La última vez no usamos protección —murmuró Antonio en su oído.

—Tomo anticonceptivos y estoy limpia, pero supongo que es demasiado tarde para tener esta conversación. —Ella levantó los ojos hacia los suyos—. ¿Necesitamos protección?

—Entonces no hay de qué preocuparse —le dijo sinceramente—. Estoy limpio.

Y entonces ella le mostró de nuevo esa amplia y sexy sonrisa que él había...

No. No había llegado a amarla. No la amaba.

Pero quería ver más de esa felicidad en ella. Quería ver toda su pasión, todo su deseo. Y quería ser él quien le diera todo eso.

Cuando ella unió sus cuerpos y lo miró con el corazón en los ojos, Antonio supo que estaba en problemas... Y no tenía ni idea de cómo hacer para que nadie saliera herido cuando él se marchara.

Capítulo Doce

—**T**ienes que ir de azul —le dijo Sara a Delilah—. Ese es tu color.

Delilah se puso delante del espejo de la tienda de vestidos y se quedó mirando su reflejo. Y de repente rompió a llorar.

Sara y Elise se lanzaron una rápida mirada antes de dirigirse a su hermana.

—No te vistas de azul —corrigió Sara—. Es horrible. Te encontraremos algo en negro.

Delilah se tapó la cara con las manos unos segundos para serenarse. La dependienta dobló la esquina, pero Elise sonrió y le hizo señas para que diese media vuelta y las dejase solas.

—Me encanta el vestido —afirmó Delilah tras limpiarse la nariz con un clínex.

Elise palmeó la espalda de su hermana y, sinceramente, no tenía ni idea de qué la había puesto tan nerviosa. Quizá era por todo lo que estaba pasando con Milly, por los papeles del divorcio que le habían entregado o por el hecho de que cada una estaba intentando encontrar el vestido perfecto para la gala. Era el único día que podían dedicar a ir de compras juntas. La opinión de una hermana valía más que cualquier otra cosa.

Pero en ese momento a Elise no le preocupaba tanto encontrar el vestido perfecto para la presentación de su bourbon. Lo único que le importaba era el bienestar de sus dos hermanas y mejores amigas, porque eran lo único que le quedaba en este mundo.

—El azul es el color favorito de Camden —admitió Delilah—. Lo he elegido por inercia.

Sara miró a Elise a espaldas de Dee. Elise quería que las cosas se arreglaran entre Dee y Camden, pero no había nada que ella pudiera hacer.

—Entonces deberías ponértelo —le propuso Elise—. Para empezar, estás guapísima. Y, por otro lado, Camden estará en la gala. Quiero decir, no soy consejera matrimonial, pero tal vez algo tan simple como un vestido azul podría hacer que los dos tuvieseis un acercamiento de nuevo.

Delilah miró fijamente a sus hermanas en el espejo y se acarició las mejillas húmedas.

—Va a hacer falta algo más que un vestido para arreglar nuestro matrimonio y, como ya me ha enviado los papeles del divorcio, ni siquiera estoy segura de que quiera intentarlo. Tenemos una idea totalmente diferente del matrimonio en este momento.

Respiró hondo y alisó con las manos la parte delantera del escotado vestido hasta el suelo. Giró de un lado a otro sobre el gran pedestal redondo, y Elise y Sara bajaron un escalón para dejarle espacio.

—Realmente estás impresionante con este vestido —dijo Sara—. Estás muy sexy.

Delilah se rio y se volvió hacia ellas.

—La verdad es que este me gusta. Pero quizá debería probar alguno más para estar segura. Este solo ha sido el primero del día.

Entró en su probador en el instante en que la dependienta les entregaba una bandeja con copas llenas de champán y unos platitos con queso y galletas. Justo a tiempo. Sin duda, el champán ayudaría a Dee no solo a ponerse de buen humor para probarse vestidos, sino que también podría levantarle el ánimo y ayudarla a olvidar, aunque solo fuese por unos minutos. Eso era lo que Elise quería. Todas habían estado tan atareadas que necesitaban un día de relax y diversión lejos del trabajo y de la vida en general.

—¿Qué más puedo ofrecerles, señoras? —preguntó la empleada.

—Si pudieras dedicar más tiempo a Delilah, sería estupendo. Sara y yo podemos ayudarnos mutuamente. Solo queremos que Dee se sienta muy especial hoy.

La joven y adorable dependienta asintió.

—Por supuesto. Díganme si hay algo más que pueda ofrecerles. Las atenderé a las tres todo el tiempo que necesiten. Ahora mismo iré a buscar algunos accesorios para su hermana.

Ser el centro de atención en la localidad tenía sus ventajas. Y lo eran desde que los medios de comunicación las pusieron en el foco de todas las

miradas cuando abrieron sus puertas. Cada vez que iban de compras o incluso a cenar juntas, recibían el mejor trato. Una vez que la dependienta las dejó a solas, Elise se volvió hacia Sara y sonrió.

—Entonces, ¿cuál te vas a probar primero?

—Ese vestido rosa de dos piezas me está llamando —dijo con una sonrisa—. Es sexy y romántico. Está hecho para mí, si es que consigo embutir mi delantera dentro. —No todas hemos sido bendecidas con esas dotes como tú —dijo Delilah desde su probador.

Sara se rio.

—Pueden ser una bendición o una maldición. Te diré cuál de ellas es en este momento en cuanto me lo pruebe.

Elise agarró una copa de champán y entró en su probador. Mientras ojeaba todos aquellos vestidos, no pudo evitar preguntarse cuál sería el color favorito de Antonio. No era algo de lo que hubieran hablado. Parecía que habían pasado por alto lo básico y habían ido directamente al sexo y a temas más profundos.

Cuando se marchó de su casa dos días atrás, tenía tantas ganas de contarle sus secretos. Quería otra opinión o simplemente que la escuchara. Pero tenía que anteponer a su familia y su negocio. Tarde o temprano, Antonio se marcharía y desaparecería de su vida. El día anterior le había mandado un mensaje diciendo que estaba de visita en un viñedo a unos cincuenta kilómetros de distancia y luego le había enviado un selfi bobalicón. Sin pensarlo demasiado, Elise le envió un mensaje de texto: ¿Cuál es tu color favorito?

Elise comenzó a quitarse la ropa y la respuesta de Antonio no tardó en llegar: Tu piel desnuda.

Demonios. Se le daba muy bien el juego. Pero ella también podía ser descarada y un poco más atrevida si se lo proponía.

Se probó un vestido nude con una capa dorada. La profunda V de la parte delantera caía muy por debajo de sus pechos y el tejido marcaba cada una de sus curvas. ¡Vaya! Incluso ella tuvo que admitir que le sentaba de muerte al verse en el espejo. Pero probablemente no era el vestido más apropiado para una gala profesional. Aunque sí era perfecto para un selfi.

Ladeó la cadera, inclinó la cabeza para que sus ondas rojas cayeran sobre sus hombros y puso cara de insinuación. Tomó la foto y la envió antes de que pudiera arrepentirse.

Probándome vestidos para la gala. ¿Qué te parece?

Elise echó un rápido vistazo a la parte trasera del vestido, que era tan reveladora como la delantera. Nunca se había sentido tan sexy.

Se lo quitó y lo volvió a dejar en la percha justo cuando su teléfono vibró en la mesita del probador. Tomó un sorbo de champán y a punto estuvo de atragantarse al leer el mensaje. Cómpralo y te diré lo que pienso.

¿Cómo iba a rechazar una invitación así?

—¡Dios mío! —chilló Sara desde el otro lado de la puerta—. El rosa es el ganador, señoras.

Elise agarró el vestido verde de hombros descubiertos, espalda baja y corpiño ajustado. El tejido satinado parecía esmeralda y supuso que resaltaría sus ojos y su pelo.

—Saldré en un segundo —anunció Elise—. No te muevas.

Colgó el vestido nude a un lado. Tendría que comprar a escondidas dos vestidos y no dar a sus hermanas ninguna pista de por qué necesitaba el otro. Aquella podría ser la prenda más cara en la que jamás había invertido, pero el hecho de que él quisiera volver a verla la tenía más que dispuesta a derrochar.

Se puso rápidamente el vestido verde y salió de su probador. Sus ojos se fijaron al instante en Sara, vestida de rosa, y en Delilah, que ahora llevaba un vestido de cóctel blanco corto con una manga entera.

—¡Pero qué ven mis ojos! —Sara se rio—. Estamos increíbles.

Elise se dirigió hacia uno de los espejos libres y se subió al pedestal. Se giró de lado a lado y le gustó mucho la sensación que le producía el vestido; tampoco podía negar que el verde era sin duda su color.

Pero no era el nude y dorado. Prácticamente nada se compararía a eso porque estaba segura de que nada más provocaría la misma reacción en Antonio.

—Creo que el rosa es para mí. —Sara se giró y posó para que sus hermanas la vieran—. Elise, tienes que llevarte ese vestido verde. Me encanta.

—Definitivamente, me lo llevo para la gala.

—¿Delilah? —Sara preguntó, desviando su atención de Elise.

Dee se miró en el espejo y arrugó la nariz.

—No sé. Me gusta este, pero me sentía más guapa de azul.

—Estás impresionante con los dos —dijo Elise poniendo los ojos en blanco.

—Lo dice la mujer que está guapísima con ese vestido verde esmeralda —replicó Dee—. Supongo que no puedo culpar a Antonio por seducirte. Eres muy guapa.

Elise se mordisqueó el interior de la mejilla para no dar ninguna señal de que algo pasaba con su aventura de una noche. Nunca ocultaba nada a sus hermanas, pero no creía que les gustara que Antonio y ella siguieran con la aventura.

—Tiene la cara roja —murmuró Sara un segundo antes de juntar las manos—. Algo está pasando. Lo sabía. Danos todos los detalles.

Delilah se dio la vuelta.

—Elise, ¿qué es lo que pasa?

Miró a sus hermanas, no podía mentirles. Ellas la conocían mejor que nadie y no tenía nada de qué arrepentirse. Estaba viviendo su vida, haciendo lo que quería, que no tenía nada que ver con la familia ni con el trabajo. Era su vida personal, la que había dejado aparcada durante demasiado tiempo.

—Tenemos... un entendimiento mutuo —explicó Elise.

—¿Y cómo va a afectar eso con nuestro acuerdo de la destilería? —preguntó Dee, claramente escéptica.

—Son dos relaciones distintas.

Sara bajó de su tarima, todavía con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Así que admites que hay una relación personal entre vosotros?

—Tener sexo no hace que dos personas tengan una relación —replicó Delilah.

—Umm... Creo que será mejor que vuelva en otro momento —dijo la dependienta al ver que había aparecido en medio de una conversación tensa.

Elise se giró hacia la dependienta y le respondió con una sonrisa un tanto incómoda.

—Oh, no te preocupes, solo es una charla de chicas —contestó Sara—. Me llevaré este vestido. ¿Podrías ayudarme a encontrar unos zapatos? Talla siete. Y también joyas.

La dependienta asintió y salió en busca de lo que le había pedido. Cuando volvieron a quedarse solas, Elise se volvió hacia sus hermanas y se encogió de hombros.

—No hay ninguna relación —les aseguró—. Solo estamos... disfrutando el uno del otro.

—Pero te gusta algo más que físicamente. —Sara inclinó la cabeza y entrecerró los ojos—. Lo veo escrito en tu cara, así que no lo niegues.

—Por favor, dime que no te estás encariñando —suplicó Delilah—. Apegarse solo conduce al desamor y a sueños rotos. Créeme cuando digo todo esto. El final siempre es trágico.

Una vez más, sus hermanas tenían puntos de vista totalmente diferentes en lo que se refería al amor.

Elise suspiró. ¿Amor? ¿De dónde demonios había salido ese pensamiento?

—¿Qué pasa? —preguntó Sara—. ¿Qué ha pasado?

—Conozco esa mirada —gimió Dee—. No lo digas. Tampoco lo pienses.

Elise cerró los ojos. Estaba claro que no era capaz de mantener en secreto sus pensamientos. Y que Antonio también podría leer su mente, como ya lo había hecho antes. Lo último que necesitaba era que pensara que se había enamorado de él.

¿Y cómo era posible? Tan solo habían intercambiado unos cuantos correos electrónicos, habían estado juntos unos días y habían tenido un poco de sexo intenso... Eso no podía conducir al amor. Sin embargo, sentía algo tan profundo, algo que nunca había experimentado con otro hombre, y no tenía ni idea de qué etiqueta ponerle. La palabra «amor» era la única que venía a su mente.

—No puedes estar enamorada de un hombre al que apenas conoces —afirmó Delilah.

—¿Crees que no lo sé? —gritó Elise—. Quiero decir, siendo realistas, eso no tiene sentido. Pero hay algo mucho más que la destilería y el sexo entre nosotros. No puedo explicarlo.

Sara cruzó el amplio vestidor hasta la mesa donde estaba el champán. Agarró una copa y bebió un sorbo, sin dejar de mirar a Elise en el reflejo del espejo.

—Eso significa que es real —les dijo finalmente Sara—. Si tienes todas esas emociones y no puedes ponerle nombre, entonces es que estás en una relación, Elise.

Recordó su conversación íntima de la otra mañana. Él se había mostrado tan abierto con su pasado y sus emociones. Ella no esperaba eso de él y no le había dado nada a cambio. Tenía ganas de contarle lo que pasaba con su familia y confiaba en que él guardaría su secreto. Antonio valoraba la importancia de la familia y de los negocios, y no creía estar siendo ingenua.

—No sé cómo llamarlo —admitió Elise.

—Problemas —respondió Delilah.

Sí. Sin duda aquello podría acabar siendo un problema. ¿Qué podría esperar de un hombre que vivía a miles de kilómetros con compromisos a sus espaldas? Ninguno de los dos podría dejarlo todo y mudarse al otro lado del mundo. Todo era una locura. Completamente absurdo. Debería decirle que a partir de ese momento solo hablarían de negocios.

Pero su mente volvió a ese vestido nude, al mensaje de texto de él, y supo que no había terminado con Antonio Rodríguez.

Al encontrarse con las miradas preocupadas de sus hermanas, Elise se dio cuenta de que Delilah tenía toda la razón. Tenía un problema.

Capítulo Trece

—**E**ntonces, ¿qué vamos a hacer para encontrar a nuestros padres?
—preguntó Sara.

Elise apenas acababa de sentarse en la silla acolchada de su lugar favorito para comer. Trinity llevaba abierto solo unos pocos años, pero ya era un restaurante de lujo que prosperaba. Era otro de los clientes de Angel's Share, así que las chicas siempre intentaban apoyarlos.

Por no mencionar que el ambiente era absolutamente acogedor.

—Ahora mismo no estoy preparada para eso. —Elise abrió la carta, aunque siempre pedía lo mismo—. Quizá en el futuro, pero cuanto más lo pienso, más siento que Milly tenía una razón de peso para ocultarlo. Y con su muerte aún tan reciente, no me siento preparada para abrir esa caja todavía.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió Delilah—. Pero mi parte egoísta está ansiosa por saber más.

—Igualmente, apoyaré cualquier cosa que decidáis hacer —añadió Elise—. Solo quería que lo supierais.

Sara dio unos golpecitos con los dedos a la carta y suspiró.

—No puedo evitarlo. Lo he pensado mucho y quiero saberlo. Entiendo lo que dices, Elise, pero tengo que averiguarlo para mi propia tranquilidad.

Elise agarró la mano de su hermana y sonrió.

—Entonces, te ayudaré en lo que necesites.

—Es el peor de los momentos —añadió Dee—. Tengo tantas cosas que hacer ahora mismo que ni siquiera puedo pensar en indagar en mi pasado. No puedo hacerme una idea de mi presente y mi futuro.

—¿Has hablado con Camden desde que te entregaron los papeles? —preguntó Sara.

La camarera llegó justo en ese momento para tomar sus pedidos y, una vez que volvieron a estar solas, Delilah se removió en su asiento y apoyó los codos en la mesa.

—No —respondió ella—. No sé qué decir y supongo que una parte de mí esperaba que él me tendiera la mano, pero supongo que esos papeles son la única forma de comunicación que quiere tener conmigo.

Elise odiaba oír eso. Realmente esperaba que ocurriera algún milagro y que Cam y Delilah pudieran reconciliarse y volver a estar como antes. Obviamente, Delilah aún no había firmado los papeles, así que aún había esperanza.

—No hablemos de eso —afirmó Dee mientras se enderezaba y desviaba su atención hacia Elise—. Quiero oír lo que pasa y lo que no pasa con Antonio.

Genial. No era algo de lo que le apeteciera hablar y pensaba que ya habían dejado ese tema zanjado en la tienda de ropa. Lo cierto era que no había mucho más que contar... o al menos nada que ella quisiera compartir.

—Ya lo sabéis todo.

Sara ladeó la cabeza.

—Lo dudo.

—Bueno, todo lo que necesitáis saber —enmendó Elise.

—Estoy preocupada por ti —le dijo Delilah—. Lo último que cualquiera de nosotras necesita es más dolor en nuestras vidas.

—Salir herida no está dentro de mis planes. —Aunque tampoco estaba muy segura de que eso estuviera bajo su control—. Solo quiero tener un poco de diversión.

—Creo que eso es lo que más nos preocupa —añadió Sara—. Es tan impropio de ti que tememos que cuando Antonio se vaya te quedes destrozada. Te has enamorado de él.

Tal vez lo había hecho. ¿Y qué? También era una persona muy lógica y sabía cómo se desarrollaría todo aquello. Él se iría, ella se quedaría y se comunicarían por correo electrónico solo por motivos de trabajo.

—No importa lo que sienta por él, puedo manejarlo —les aseguró—. Escuchadme, tenemos algo, no lo voy a negar. Lo físico es solo una parte.

También hemos tenido conversaciones bastante profundas y siento que me entiende.

—¿Le contaste lo que encontramos en casa de Milly? —preguntó Sara.

Elise negó con la cabeza.

—Solo le dije que estábamos lidiando con algunas cosas que han cambiado nuestras vidas. Pero no quise compartir demasiado ya que acordamos no decir nada por ahora.

—No me importaría que se lo dijeras. —Sara alcanzó la jarra de agua que había sobre la mesa y sirvió a las tres—. De hecho, he hablado con un investigador. Espero que os parezca bien.

—Quieres encontrar a tu padre biológico y ese es el primer paso —le dijo Delilah—. Y en cuanto a Antonio, haz lo que creas conveniente. Solo que no quiero que nuestro negocio se vea afectado.

Elise confiaría cualquier cosa a Antonio y una parte de ella quería su opinión, o quizá solo quería un hombro en el que apoyarse. O tal vez una parte de ella quería que su vínculo fuera aún más profundo. No sabía la respuesta exacta, pero sí sabía que estaba deseando volver a verle.

—Otra vez esa mirada —susurró Sara.

Delilah asintió.

—Sí, yo también puedo verla.

—Ya basta. —Elise puso los ojos en blanco y buscó su agua—. Todas estamos intentando superar juntas esta locura. Dejad que me divierta.

Sara le guiñó un ojo.

—Oh, yo diría que ya lo estás haciendo. Y me alegro. Todavía guardo la esperanza de que esto tenga un final feliz y los dos os enamoréis.

Delilah abrió la boca, pero Sara levantó la mano.

—No, no lo digas. Déjame tener mi momento y deja que Elise disfrute de esto.

—Mientras dure —murmuró Dee en voz baja.

Sí, mientras durara. El reloj corría, y demasiado rápido en su opinión. Quería más tiempo con Antonio, quería conocer aún más su vida y su familia. Quería que él no viviera tan lejos, porque era imposible que una relación a distancia funcionara con un océano de por medio.

Él ni siquiera había mencionado nada sobre ningún tipo de relación, así que el hecho de que ella pensara de esa manera debería ser una clara señal de que iba a salir herida. Pero Elise optó por la visión romántica de Sara y decidió vivir el momento y empaparse de toda la felicidad que pudiera.

Antonio se había marchado de los viñedos Twisted Vine y había vuelto a su casa de alquiler, pero no le gustaron ni el vacío ni el silencio que se encontró. Aunque solo era su casa de manera temporal, haber tenido allí a Elise lo había cambiado todo.

¿Qué demonios haría cuando llegara el momento de marcharse de Benton Springs? Debía llegar a Tennessee en un par de días, pero había prometido que volvería para la gala de presentación del bourbon de diez años de Angel's Share. Luego se marcharía de allí, ya de manera definitiva, y esa idea no le gustaba nada. Todo lo que tenía que ver con Elise lo envolvía en una niebla de ansiedad y confusión.

Pero una cosa era cierta. Quería verla. Quería más de ella mientras estuviera allí y mientras ella se lo permitiera.

Antonio se desabrochó los puños de las mangas y se los remangó mientras se dirigía al dormitorio. Sus ojos se posaron al instante en la cama, y una imagen de ellos dos y de todo lo que habían compartido apareció instantáneamente en su mente. El tiempo que había pasado con ella, en el sótano y en esa habitación, había sido lo más memorable y erótico de su vida. No podía ignorar la punzada de deseo que sentía, por no hablar de lo que fuera que estuviera ocurriendo entre ellos.

Antonio esperó medio segundo antes de sacar el móvil y mandarle un mensaje: Necesito verte. ¿Vienes aquí o voy yo?

Dejó el teléfono sobre la cómoda y se despojó de la camisa y los pantalones de vestir mientras se dirigía a la ducha. Había sido un día muy largo y solo quería relajarse y cambiarse de ropa. Luego estaría listo para Elise. Había pensado en ella todo el maldito día.

No, eso no era cierto. Había pensado en ella desde el momento en que se fue la otra mañana. Su conversación se repetía una y otra vez en su cabeza. Él le había contado cosas que nunca le había contado a nadie. Ella le había escuchado de verdad, le había dado consejos, incluso le había consolado. Nada de eso tenía que ver con el sexo o su acuerdo de negocios. Elise era realmente una mujer fantástica.

No buscaba eso... fuera lo que fuese. Cuando llegó a Estados Unidos, se había propuesto resolver su propia vida, trabajar en el bar de su familia y hacer que todo el viaje girara en torno a lo profesional.

Entonces Elise aterrizó en su regazo, literalmente, y no había podido concentrarse en mucho más. Incluso durante la visita y las catas que había hecho en el viñedo del que acababa de llegar, su mente había estado en otra parte, y era la primera vez en su vida que dejaba que una mujer le afectara en lo profesional.

Una parte de él se preguntaba cómo había sucedido aquello en tan poco tiempo, pero la otra sabía que Elise tenía algo especial y que producía un impacto imposible de ignorar.

Después de ducharse, Antonio comprobó su móvil y vio que no había nada. Una oleada de decepción le golpeó. Aunque no tenía nada con ella. No se habían comprometido ni habían hablado de volver a verse. Había dado por hecho que mantendrían esa relación íntima mientras él estuviera en la ciudad.

Tal vez debería haber especificado exactamente lo que quería de ella. Por su mensaje sexy, había pensado que estaban de acuerdo. Estaba en medio de sus catas cuando miró el móvil y casi se atragantó con el vino. Ese maldito vestido hacía que su cuerpo pareciera salido de todas las fantasías que él había tenido. Justo cuando se dirigía al armario para vestirse, sonó una llamada en su móvil. Agarrándose la toalla con una mano, alcanzó el teléfono y vio que aparecía el nombre de su madre.

Otra vez la decepción. Por un momento pensó que sería Elise. Pero no tardó en contestar, preocupado por si se trataba de algo importante.

—Es tarde en España. ¿Va todo bien?

—Va todo bien, hijo. No podía dormir y quería hablar contigo.

—Por supuesto. —Antonio se hundió en el borde de su cama, todavía aferrado a su toalla—. ¿En qué piensas?

—Eso es lo que yo quería preguntarte a ti —replicó ella—. Tu padre mencionó que querías hablar con nosotros sobre el negocio cuando volvieras a casa. He estado pensando en ello desde que me lo dijo. Quiero saber qué piensas, porque tengo ansiedad y no veo la hora de que vuelvas.

Sabía que su madre era una persona muy preocupada, ¿qué madre no lo era? Pero no quería hablarlo por teléfono, y menos cuando allí era de madrugada.

—No hay nada de qué preocuparse —le aseguró—. Solo algunas opciones de vida en las que he estado pensando y que me gustaría comentar.

—Ya veo —murmuró—. ¿Te estás replanteando hacerte cargo o tienes planes más grandes para lo que ya tenemos?

Antonio miró al techo y tomó aire, intentando sopesar sus opciones y elegir bien sus palabras.

—Hay muchas cosas que debemos discutir en persona —respondió—. He tenido alguna experiencia reveladora durante el viaje que me ha hecho pensar y mi mente no para de dar vueltas en todas direcciones.

—¿Cómo se llama?

Antonio se quedó quieto.

—¿Perdón?

—La mujer que has conocido —respondió su madre—. ¿Cómo se llama?

—¿Cómo sabes que hay una mujer?

La suave risa de su madre sonó a través de la línea y él supo que no tenía escapatoria.

—Cariño, estás hablando conmigo, así que será mejor que me lo digas sin rodeos. Tienes un tono de voz diferente y algo ha cambiado en ti.

¿Lo sabía solo por los cinco minutos que llevaban charlando? ¿Qué significaba eso? ¿Qué había oído para pensar que él había cambiado tanto?

Antes de que pudiera contestar, sonó el timbre de su puerta. Se le revolvió el estómago porque sabía exactamente quién estaría al otro lado. Ella era la única persona que sabía dónde estaba.

Antonio agarró su toalla y caminó descalzo hacia la puerta principal. Tras echar un rápido vistazo por la mirilla, a punto estuvo de caérsele el móvil y la toalla.

—Hijo, ¿sigues ahí?

Tocó la cerradura y abrió la puerta a Elise..., que estaba ante él con ese maldito vestido que parecía que solo llevaba purpurina.

—Estoy aquí —respondió, con los ojos clavados en los de Elise.

Ella extendió los brazos y dio una vuelta muy lenta en el porche antes de girarse hacia él y entrar como si fuera la dueña del lugar.

—Mamá, te llamaré mañana —respondió finalmente.

—Con más detalles sobre esa mujer, espero.

No podía apartar la mirada ni la atención de aquellas caderas que se balanceaban mientras se dirigía a su dormitorio.

—Sí, por supuesto.

Colgó, sin ser consciente realmente de lo que acababa de aceptar, pero no le importó. Esa mujer iba a ser su ruina.

Capítulo Catorce

Cuando Antonio había abierto la puerta, con el teléfono en la oreja y agarrando aquella minúscula toalla que apenas le cubría, había tenido que reunir todas sus fuerzas para no arrancársela de un tirón.

Se había contenido. Quería que él la deseara. Lo quería tan necesitado como ella lo estaba de él. Y por el mensaje que le había enviado antes, suponía que él ya lo estaba. En cuanto lo leyó, se puso el vestido, se peinó y se dirigió hacia allí. No quería pensar en ello y no quería darse tiempo para echarse atrás. Si lo pensaba demasiado, empezaría a sentirse estúpida. Nunca se había vestido para un hombre. A Antonio le había encantado el vestido, así que, allí estaba ella, más que preparada para que él la desnudara y le mostrara exactamente cuánto había echado de menos el tacto de su piel.

Ella nunca había tenido tanta confianza como para hacer algo así con un hombre. ¿Cómo había conseguido sacarla de su zona de confort sin que ella se diera cuenta?

—Menos mal que no estaba con una videollamada con mi madre.

Elise se volvió y vio a Antonio en la puerta de su habitación, todavía con la toalla en una mano y el móvil en la otra.

—Sí, hubiese sido un momento incómodo —convino Elise, apoyando las manos en la cintura y ladeando la cadera—. ¿Sueles abrir la puerta en toalla?

Antonio dejó caer la toalla al suelo y se adentró en la habitación. Dejó el teléfono sobre la cómoda y se acercó a ella sin dejar de mirarla. Mientras se le estremecía el estómago y se le aceleraban los latidos del corazón, Elise se alegró de haber optado por dejarse llevar por su instinto y presentarse allí sin responder a su mensaje. Posiblemente fuera algo temporal, pero quería aferrarse a cada momento que pudiera con él. Y tal vez Sara tuviera razón, ¿y si al final salía algo de todo aquello?

Elise no quería hacerse demasiadas ilusiones, pero no podía evitar dejarse llevar por la excitación. Nunca antes había vibrado con tantas emociones ni se había sentido tan atraída por un hombre, y no quería privarse de algo tan increíble.

—¿Te presentas a menudo en casa de un hombre así vestida?

Elise se estremeció, pero aun así esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa pícaro.

—Es la primera vez que lo hago.

Extendió la mano, enroscando los dedos alrededor de sus caderas y atrayéndola contra él. Su boca se cernió sobre la de ella.

—Respuesta correcta —murmuró contra sus labios.

Las manos de Antonio subieron por su cintura hasta la curva de sus pechos y volvieron a bajar.

—¿Cómo diablos te quito esto? —preguntó Antonio.

Elise apoyó las palmas de las manos en el pecho de él.

—Y yo que pensaba que te encantaba este vestido.

Antonio le rozó la mandíbula con los labios y subió hasta la oreja.

—Me encanta. No he pensado en otra cosa desde que vi la foto.

Entonces él la besó en la boca, exigiéndole que se abriera para él, exigiéndole que cumpliera aquella promesa tácita que le había hecho al enviarle aquella foto desde el probador.

Elise le agarró los hombros desnudos, pero Antonio se separó del beso y la hizo girar. Le tocó la espalda, los costados, y luego maldijo por lo bajo.

—¿Dónde está la maldita cremallera? —gruñó.

A Elise le encantaba que fuera ella quien sacara ese lado temerario de él. ¿Quién le iba a decir a ella que poseería tal poder o que le encantaría ser tan espontánea?

—No hay cremallera. —Le sonrió por encima del hombro y se apartó el pelo—. Solo tienes que deslizarlo.

Ella no pudo evitar reírse ante su impaciencia.

Antes de que ella pudiera decir algo más, Antonio se arrodilló y metió las manos bajo el dobladillo del vestido. Se había puesto un par de tacones altos porque el vestido era muy largo.

Con los ojos clavados en los de ella, él le quitó un zapato y luego el otro. Sus manos se deslizaron lentamente por las pantorrillas, justo detrás de las rodillas, hasta los muslos, y luego se detuvo. Elise estuvo a punto de gemir, y apenas pudo contenerse.

El vestido se le amontonaba en los muslos mientras los dedos de él se clavaban en su piel. Lo miró fijamente, y aquellos ojos oscuros la cautivaron por completo. Ella le pasó una mano por la mandíbula y el pulgar por el labio inferior. La lengua de él atrapó su dedo humedeciéndole la piel.

—Abre las piernas —murmuró.

Elise obedeció y él fue deslizando la tela hacia arriba hasta amontonarla en la cintura. Luego se inclinó hacia delante hasta que su cara estuvo exactamente donde ella más palpitaba. Su cálido aliento cayó sobre su piel desnuda y caliente, y ella estuvo a un punto de suplicar.

Cuando su boca la tocó, Elise tuvo que agarrarse a sus hombros para mantenerse erguida. Demasiadas sensaciones a la vez. La forma en que él la sujetaba, con aquel agarre firme y sus labios explorando, hizo que Elise fuera incapaz de controlar sus emociones. Su cuerpo subía tan deprisa, tan intensamente, que gritó y necesitó todo lo que tenía para no caerse. Antonio le hacía el amor con la boca y ella nunca en su vida había tenido ese tipo de experiencia. Nada la había preparado para este hombre y la forma en que había conectado a tantos niveles con él.

El cuerpo de Elise se debilitó y Antonio se puso en pie, sin dejar de sujetarla. La levantó en brazos y, dándose la vuelta, la llevó hasta la cama. La sentó en el borde y terminó de quitarle el vestido. Lo dejó sobre una silla en un rincón de la habitación antes de volver junto a ella y mirarla fijamente.

—Eres exquisita cuando te deshaces. —Le acarició la mandíbula y bajó por su cuello hasta el valle entre sus pechos—. Pero no he terminado contigo.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. No sabía si podría soportar más placer. ¿Cómo podía provocarle tantas emociones diferentes?

—Ya estoy agotada. —Se dejó caer en la cama—. No estoy segura de estar lista para más.

Antonio puso las manos en el interior de las rodillas de ella, las separó y se colocó en medio. Siguió mirándola fijamente con aquella mirada oscura. A pesar de estar agotada, su cuerpo volvió a vibrar. Bastó

una mirada, un simple toque, para que aquel hombre la convirtiera en un charco de nuevo.

—¿Qué tal si te tumbas y te relajas y yo hago el resto? —sugirió él.

Elise le sonrió.

—Ya has hecho mucho.

—Menos mal que tengo más para dar.

Tiró de ella hacia el borde de la cama. Sin dejar de agarrarla por detrás de las piernas, unió sus cuerpos sin apartar la mirada de los ojos de Elise. Se movió contra ella, despacio, apasionadamente. Elise quiso cerrar los ojos y saborear el momento, pero no pudo. Romper aquel vínculo silencioso sería hacerles un flaco favor a los dos. Había algo más entre ellos, pero también algo de lo que él probablemente no estaba dispuesto a hablar.

Elise no estaba dispuesta a arruinar el momento con palabras fruto de su estado de euforia. Lo único que necesitaba era disfrutar de aquel hombre y de aquella noche juntos. Aquel vestido era la mejor compra que había hecho en su vida. Cuando la mano de Antonio se deslizó entre sus cuerpos y la tocó en su punto más sensible, Elise ya no pudo contenerse. Se levantó sobre los codos, concentrándose en lo bien que se movían sus cuerpos. La piel oscura de él contrastaba con la piel cremosa de ella.

Elise abandonó todos sus pensamientos y dejó que su cuerpo se consumiera por completo con todo lo que Antonio le ofrecía. Era un amante tan desinteresado que no podía imaginarse estar con otro hombre después de esa maravillosa experiencia.

Mientras ella gritaba en plena liberación, Antonio aceleró sus movimientos al tiempo que la sujetaba por las caderas y también se dejaba llevar por el éxtasis. Cuando sus cuerpos dejaron de temblar, Antonio se inclinó para tumbarse sobre ella. Con los cuerpos aún unidos, Elise lo rodeó con los brazos y las piernas, deseando tenerlo a su lado. Nunca había deseado tanto que el tiempo se detuviera como en aquel momento.

¿Qué pasaría cuando al final se marchara? Su aventura tenía fecha de caducidad y cada vez estaba más cerca. Elise no quería pensar en eso, no quería que ningún pensamiento negativo irrumpiera en la burbuja perfecta que habían creado.

Frenar lo que había surgido entre ellos ya no era una opción. Elise disfrutaba de la excitación que experimentaba cada vez que estaba cerca de

Antonio. Nunca había conocido a nadie como él y dudaba que volviera a conocerlo.

—Puedo oír tu mente trabajando —murmuró él en su oído—. Parece que no me he esforzado lo suficiente.

Elise se rio mientras le recorría la espalda con las yemas de los dedos.

—Mi mente siempre está trabajando.

Antonio apoyó las manos en la cama, a ambos lados de su cabeza, y se incorporó un poco. Tenía el pelo revuelto y un ligero brillo de sudor. Nunca había visto una imagen más sexy y sobrecogedora.

—¿Esos pensamientos incluyen que te quedes aquí a pasar la noche? —preguntó Antonio.

Cada día, cada momento que pasaba con él, ella parecía derretirse más y más. No podía decirle que no. Bueno, sí podía, pero ¿por qué iba a hacerlo? Ella quería eso, lo quería a él, incluso si tan solo era algo temporal. Ambos tenían una vida agitada, tanto personal como profesional, pero lo que habían creado entre ellos era solo suyo. Nadie podía arrebatarárselo, y ella tenía la intención de guardar esos recuerdos para siempre.

Así que, por supuesto, se quedaría a pasar la noche. Aún quería crear más recuerdos con él.

Capítulo Quince

—¿**H**ablaste con tu madre sobre lo que quieres hacer cuando llegues a casa?

Elise extendió los pies en la tumbona. Era más de medianoche, pero ni ella ni Antonio tenían sueño. Ella se había puesto una de sus camisetas blancas y él unos pantalones cortos de gimnasia y habían salido a la terraza de su dormitorio. Él se relajó en la tumbona junto a ella y sus copas de vino estaban en la mesa de centro.

Estar así resultaba más íntimo que todos los encuentros sexuales que habían compartido. Hablar y profundizar en la vida del otro los hacía avanzar pasos en la relación.

—No tuve oportunidad. —Le lanzó una sonrisa y un guiño—. Alguien apareció en mi puerta y me distrajo.

—Uy. —Elise levantó las manos fingiendo encogerse de hombros—. Elegí un mal momento.

—Era el momento perfecto —contraatacó—. En España ya era de madrugada y, de todas formas, no era una conversación que quisiera tener por teléfono. Estoy agradecido por todo lo que han hecho y me han inculcado, pero tengo que vivir mi vida y no la suya. No es justo para ninguno.

—No conozco a tus padres, pero creo que estarían orgullosos de que quisieras vivir tu propia vida.

Antonio se volvió para mirar el cielo estrellado.

—Nunca lo había pensado así, pero quizá tengas razón.

Se hizo el silencio entre ellos, pero no resultó incómodo. Era tan fácil hablar y estar con él que tranquilizaba su mente y su corazón. Deseó poder compartir más de sí misma con él, deseaba que la comprendiera aún más.

—Descubrimos que Milly no era solo nuestra madre adoptiva —soltó antes de pensárselo dos veces—. Era nuestra tía biológica. La hermana de mi madre biológica.

Antonio se removió en su asiento y Elise, por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que se había sentado derecho y se había vuelto hacia ella. Elise mantuvo la mirada fija en el cielo, intentando no derrumbarse porque era la primera vez que hablaba de ello que no fuera con sus hermanas.

—Delilah y Sara son en realidad mis hermanastras —continuó—. Tenemos la misma madre, pero padres diferentes.

Antonio se movió y se sentó en el borde de la tumbona. Le puso una mano en el muslo y centró su mirada en ella. La preocupación en su rostro era evidente.

Y por eso se había enamorado de él tan rápido y tan fuerte. Había algo más que sexo y se preguntó si él podía sentir la misma conexión. Seguro que sí, o no se habría abierto tan fácilmente a ella.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Antonio.

—Yo no voy a hacer nada —le dijo—. He tenido una vida estupenda, quería mucho a Milly, y me imagino que si nos ocultó todo esto sería por una buena razón. Delilah está destrozada, pero Sara ya se ha puesto en contacto con un investigador para encontrar a su padre.

—¿Y qué hay de vuestra madre biológica?

Elise tomó aire y suspiró.

—Falleció en la cárcel. Tenía problemas con las drogas, por eso nos separaron cuando éramos tan pequeñas. Y luego Milly tuvo que contratar a alguien que nos localizara para poder acogernos.

Antonio le agarró la mano y entrelazó sus dedos, dándole un suave apretón como apoyo.

—¿Así que eso es lo que te puso tan nerviosa el otro día?

Ella asintió y se apartó un poco para dejarle más espacio.

—No sabía qué pensar ni cómo reaccionar. Quería escapar y olvidar.

Se inclinó hacia ella y le dio un suave beso en los labios antes de retirarse. Elise quería que le dijera algo, pero no sabía qué. También necesitaba saber a qué atenerse.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella antes de poder arrepentirse.

La pregunta planeó entre ellos y Elise supo que acababa de abrir su corazón de par en par, dando opción a que entrara algo maravilloso o que el dolor lo partiera en mil añicos. Su respuesta determinaría cuál de las dos cosas sucedería.

—Estamos disfrutando de una copa y de la noche.

Elise inclinó la cabeza y se limitó a mirarle fijamente. Él sabía a qué se refería y ella no se lo iba a poner tan fácil. No era una mujer empalagosa y no necesitaba un hombre en su vida para sentirse completa. Hasta ahora se las había arreglado bien con citas casuales y estando casada con su trabajo. Pero con Antonio era diferente.

Tal vez una parte de ella se sentía tan cómoda con él porque no era de allí y sabía que acabaría marchándose. Pero realmente no creía que ese fuese el motivo. Tenía la sensación de que se habían conocido por alguna razón, de que se habían juntado para algo más grande que una simple relación laboral.

Santo cielo. Estaba empezando a sonar como Sara.

—¿Qué quieres tú que pase aquí realmente? —preguntó Antonio finalmente.

Demonios. No esperaba que le devolviera la pregunta. Se enorgullecía de ser honesta, así que, ahora que había abordado el tema, tenía que seguir adelante.

—En un mundo perfecto, no vivirías a un océano de distancia —empezó—. Podríamos ver adónde va esto y no tendríamos que preocuparnos por todos los problemas externos que tenemos porque podríamos abordarlos juntos. No es la mejor forma de empezar, pero...

Antonio se quedó quieto y ella habría jurado que incluso contenía la respiración. Tal vez no estaban en un mundo perfecto, se dijo, pero eso no quitaba para que lo suyo no pudiera funcionar a pesar de la distancia. Necesitaba saber si era posible arriesgarse. No quería quedarse con la duda y no podían ignorar el hecho de que él se iría en algún momento.

—Entiendo. Pero vivo a un océano de distancia —sentenció él. Le soltó la mano y le puso la suya encima—. No vine aquí buscando nada más que negocios. No esperaba conocer a alguien como tú, pero en este momento de mi vida no puedo centrarme en otra cosa que no sea mi familia y todo lo que pasa allí.

Aunque había supuesto que él diría algo así, el dolor de las palabras la golpeó más fuerte de lo que esperaba. ¿Cómo podían haber conseguido

tanto en tan poco tiempo y luego dejarlo ir como si nada hubiera pasado? Ella no funcionaba así. Su corazón no estaba preparado para amar y olvidar tan fácilmente.

—Yo tampoco estaba buscando nada —respondió ella—. Pero incluso tú tienes que admitir que lo que tenemos es algo más que sexo.

Antonio asintió.

—Lo es, pero no es el momento.

—¿Y lo podrá ser? —no pudo evitar preguntar Elise.

Antonio se acercó a ella y le acarició la mejilla, su pulgar se deslizó por su piel.

—Me encanta viajar. Me encanta conocer gente nueva y ver sitios nuevos. Por eso voy a alejarme de los restaurantes. Hay algo más para mí que quedarme anclado en un sitio. Quizá le estaba diciendo la verdad, pero lo único que ella sacaba de sus palabras era que a él le encantaba su estilo de vida de playboy. El dolor que se agolpaba en su corazón era por culpa de ella misma. Había dejado que aquello durara demasiado, se había abierto en canal cuando en realidad ya sabía cuál sería el resultado final.

—Tienes razón —respondió ella—. Y yo creo que merezco más y que debería ser lo primero en cualquier relación que tenga.

Los músculos de la mandíbula de Antonio se tensaron, pero asintió.

—No deberías conformarte con menos.

Elise levantó la mano y la cubrió con la suya.

—¿Y ahora qué?

—Me voy a Tennessee pasado mañana. Si aún me quieres en la gala, asistiré encantando.

Su lado más personal quería cortar por lo sano, porque prolongar esa angustia solo le haría más daño a largo plazo. Pero su lado empresarial, el que siempre prevalecía, sabía que contar con él en la gala tendría un valor incalculable. Que los clientes potenciales vieran que Angel's Share estaba lista para vender a nivel mundial atraería más operaciones de negocio y atención.

—Por supuesto que quiero que estés allí —le dijo con una sonrisa—. Me he comprado el vestido hoy mismo y te reservaré un baile.

Antonio miró por encima del hombro hacia el vestido tirado en la silla del dormitorio.

—Espero que no sea ese vestido.

Alargó la mano y le rodeó el cuello con los dedos.

—Ese vestido era solo para ti.

El hecho de que lo dejaran no significaba que no pudiera disfrutar del tiempo que le quedaba con él.

Él se acercó y la miró a los ojos.

—¿Una última vez? —le preguntó.

Elise se tragó sus emociones y lo instó a tumbarse sobre ella mientras movía las piernas para que él se acomodara entre ellas.

—Una última vez —aceptó.

Antonio posó sus labios sobre los de ella y Elise saboreó el momento, sabiendo que sería su última vez juntos.

Antonio caminó por el viñedo y se ajustó las gafas de sol.

Ese simple gesto le hizo pensar en todas las veces que había visto a Elise ajustarse las gafas y en lo sexy que le parecía ese pequeño gesto.

—También hacemos un excelente zumo de uva y lo embotellamos para los niños, de hecho, ese ha sido nuestro mayor éxito de ventas durante los últimos diez años.

Antonio escuchó al propietario del viñedo, Berry Farm, y realmente se interesó por todo lo que le contó el anciano. La historia de la granja, la forma en que trabajaban y procesaban sus productos, hasta la forma en que envasaban y distribuían. Era una empresa familiar y él podía apreciarlo.

Pero su mente estaba de vuelta en Kentucky, de vuelta con Elise. Había dejado Benton Springs la noche anterior y apenas había dormido en la habitación del hotel. Quería ponerse en contacto con ella, enviarle un mensaje de texto, llamarla o hacer algo, pero le había dejado claro que no estaba en condiciones de ir más allá de lo físico y que mantener una relación personal solo la confundiría y le haría más daño.

Y esa fue la parte que realmente le afectó. Había visto ese dolor en sus ojos cuando estaban en la terraza de su habitación. Sabía que sus palabras la habían afectado, pero no había querido mentir y sabía que ella se merecía algo mejor de lo que él estaba dispuesto a ofrecerle.

Pero pensar en ella con otro hombre no le gustaba nada. Ya odiaba al tipo sin rostro que sin duda algún día entraría en su vida y la haría sonreír.

—¿Qué te parece?

Antonio tuvo que dejar a un lado sus celos y su rabia y volver a centrar su atención en lo que estaba haciendo. Sonrió hacia el sol y se metió las manos en los bolsillos.

—Su manera de trabajar es impresionante —respondió Antonio—. Creo que encajaría muy bien con nuestro negocio. Estoy ansioso por empezar las degustaciones para ver qué podríamos maridar con los distintos platos del menú que vamos a añadir.

El hombre sonrió, haciendo que las arrugas alrededor de sus ojos se hicieran más profundas.

—Creo que podremos encontrar algo que encaje. Acompañeme por aquí, por favor.

Antonio le siguió y sacó el móvil del bolsillo. Otra vez se sintió decepcionado; no tenía ni un solo mensaje de Elise. Aunque..., ¿qué esperaba? Él le había cortado las alas en su último encuentro. Bueno, al menos ella le había prometido un baile en la gala...

Ya estaba contando los días para volver a tenerla entre sus brazos. Aunque era una tontería, no podía contenerse. Tampoco podía evitar preguntarse si no habría cometido un error al poner fin a su relación personal con ella. Una parte de él quería ver qué pasaba, pero la otra era mucho más realista. ¿Hacia dónde podían ir? Vivían en dos continentes distintos, con dos vidas distintas. Ambos tenían una familia que dependía de ellos.

Cuando Antonio entró en la sala de catas intentó apartar a Elise de sus pensamientos. El problema era que sabía perfectamente que no sería capaz de quitársela de la cabeza.

Capítulo Dieciséis

—**E**sto es todo, señoras.

Elise echó un vistazo a las instalaciones de la destilería. En unos instantes el local estaría lleno de gente. O eso esperaba.

—Estoy más nerviosa que el día de nuestra inauguración —admitió Delilah.

—Creo que yo pasé más nervios en aquella ocasión —añadió Sara mientras se alisaba el pelo sobre un hombro—. Hagámoslo, chicas. Estamos a punto de pisar fuerte en este mundo dominado por hombres.

—Ese es el plan —dijo Elise riendo—. Adelante, que entren todos.

Delilah se dirigió hacia las puertas dobles de caoba y las abrió. Habló con los empleados del exterior para que controlaran a los invitados y se aseguraran de que solo entraran los que habían confirmado su asistencia. Tenían preparada la seguridad, los aparcacoches, el catering, el DJ... Todo apuntaba a que la gala sería un gran éxito.

Aunque los nervios se apoderaban de Elise, también tenía la confianza de que los próximos diez años serían aún mejores que los anteriores. Esa gala sería el impulso a la gran andadura que pretendía para su negocio. Debería estar encantada de que por fin hubiera llegado ese día tan esperado por todas. Habían trabajado mucho durante tanto tiempo y sacrificado tanto. Demonios, el matrimonio de Delilah se había venido abajo por toda la dedicación que ella había invertido en el proyecto. O eso suponía Elise. Delilah nunca entraba en detalles de lo que había ocurrido.

Pero Elise tenía sus propios problemas y su propia angustia en ese momento. Aunque le encantaba su vestido, su peinado, se sentía preciosa y estaba preparada para una noche épica, también se preguntaba si Antonio aparecería. Hacía días que no hablaba con él, en concreto, desde que salió de su casa después de su última noche apasionada. Ese había sido el trance

más difícil, irse como si él no hubiera cambiado todo su mundo. Como si no hubiera dejado una huella en su corazón que nadie podría llenar jamás.

—Tal vez deberías sonreír un poco, cariño —murmuró Sara—. La gente está empezando a entrar.

Elise parpadeó y volvió a concentrarse en el presente. No podía permitir que nada, ni siquiera el dolor, se interpusiera en esa noche tan importante. Sus hermanas contaban con ella.

Una vez abiertas las puertas, Elise reconoció a muchas personas, aunque también vio caras que todavía no tenía el gusto de conocer. Cruzó el espacio abierto acompañada de sus hermanas para empezar a saludar a los invitados. Eran tantos que resultaría imposible saludarlos a todos, así que se dividieron para poder llegar al mayor número de gente posible. Elise, mientras estrechaba manos y se dejaba felicitar por sus invitados, recorría la sala con los ojos en busca de Antonio, pero no había rastro de él por ningún lado. Tal vez había cambiado de opinión, o tal vez tenía algo más importante que hacer en ese instante. Si él no aparecía, tenía que admitir que se sentiría desolada. Habían tenido una aventura, o probablemente así era como él lo veía, y no tenía derecho a controlarlo ni a esperar más de él. Fuera lo que fuera lo que habían tenido, se había acabado, así que pensar en lo que podría haber sido o en lo que se estaba perdiendo no la llevaría a ninguna parte.

Todo lo que tenía que hacer era volver a ser la mujer decidida y profesional que había sido antes de conocer a Antonio. Aunque, por desgracia, era muy consciente de que ya no era la misma mujer y que nunca volvería a serlo. Él la había cambiado para siempre y posiblemente la había arruinado para cualquier otro hombre. Ya no podía pensar en nadie más.

Elise mostró a los invitados la zona de degustación. También había una zona en la que podían recibir información sobre cómo asociarse y convertirse en clientes VIP. La clave de esa noche era conseguir que todos se enamoraran de Angel's Share y, si aún no estaban en su lista de clientes, conseguir que lo estuvieran.

—Hay una pareja buscándote —susurró Sara al oído a Elise.

—¿Una pareja? —preguntó la pelirroja extrañada.

Sara asintió.

—Están junto a la cascada.

Elise tenía curiosidad por saber quiénes eran y se adentró entre la multitud para encontrarse con ellos. Vio a un hombre alto, con el pelo negro y un impecable traje negro, y a una mujer muy menuda, con el pelo negro, largo y sedoso y vestida de rojo. Elise se preguntó por qué habrían pedido verla expresamente.

—Hola, soy Elise —anunció mientras se colocaba detrás de ellos—. ¿En qué puedo ayudarles?

La pareja se dio la vuelta y la mujer esbozó una suave sonrisa al verla, mientras que el hombre fue el primero en hablar.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Elise ya sabía exactamente quiénes eran porque podía ver rasgos de Antonio en ambos.

—Es un placer conocerla. —El señor Rodríguez extendió la mano—. Soy Carlos Rodríguez y esta es mi mujer, Ana. Creo que ya conoce a nuestro hijo.

Elise sonrió, pero los nervios se le agolparon en las tripas más que en ningún otro momento de su vida. Les estrechó la mano y trató de recordar que eran sus nuevos clientes y no los padres del hombre del que se había enamorado tan perdidamente.

—No tenía ni idea de que vendrían —les dijo—. Habría preparado algo especial para ustedes, pero igualmente estoy encantada de que estén aquí.

—Oh, no es necesario nada especial. —Ana agitó la mano negando—. En realidad hemos venido para verte a ti.

—¿A mí? —Ahora sus nervios estaban a flor de piel—. ¿Y en qué puedo ayudarles?

—Parece que has captado la atención de nuestro hijo —le dijo Carlos—. Nunca hemos conocido a una mujer que lo tenga tan...

—Nervioso —terminó Ana—. Creo que esa es la palabra que buscas.

Confundida, Elise miró a la gente que había a su alrededor. Todos parecían enfrascados en sus propias conversaciones y nadie prestaba atención a la suya. En ese rápido vistazo también pudo confirmar que Antonio aún no había llegado.

—Lo decimos en el buen sentido —se apresuró a añadir Ana.

Algo en ella parecía tan cálido y acogedor. De ella debía de venir el lado más dulce de Antonio. Pero, cuando Elise miró a Carlos, pudo ver

fácilmente el aspecto que tendría Antonio cuando pasaran treinta años. Aún guapo, pero con ese aire oscuro y misterioso.

—No entiendo muy bien a qué se refieren.

Elise creía saberlo, pero no quería sacar conclusiones precipitadas. Estaba muy confusa. ¿Qué les había dicho Antonio a sus padres? Había puesto fin a su relación personal, así que el hecho de que hubieran volado hasta allí seguramente significaba algo, pero Elise no tenía ni idea de qué.

—Desde que vino aquí, Antonio tiene otro tono de voz cuando hablamos por teléfono. Más ligero. Alegre. Nuestro hijo lo ha pasado mal desde la muerte de su hermano —empezó a contar Carlos.

—Eran gemelos. Uña y carne. Por eso viaja tanto —añadió Ana—. Puede seguir siendo sociable, seguir en contacto con la gente, pero no es capaz de mantener relaciones duraderas. Todo lo hace por trabajo. Pensábamos que cuando conociera a la mujer adecuada sentaría la cabeza y se comprometería. Pero sigue apartándolo todo y a todos.

Ahora las cosas empezaban a tener más sentido. Al menos, eso creía ella. ¿La había alejado porque tenía miedo? Desde luego, el tiempo que habían pasado juntos había sido tan rápido, tan intenso, que ella se había aterrorizado de sus propios sentimientos..., sobre todo porque aún estaba en proceso de duelo. Elise se había preguntado varias veces si podía confiar en que sus sentimientos eran verdaderos, pero no tenía ninguna duda de que todo lo que había vivido con Antonio había sido auténtico y real.

—Pero cuando habla de ti es diferente. Hemos venido a averiguar por qué.

Sorprendida, Elise tuvo que buscar las palabras unos segundos antes de responder.

—Me habló de Paolo —dijo por fin Elise—. No puedo imaginarme la pérdida que habéis sufrido. Me dijo que habíais planeado que Paolo se hiciera cargo de los restaurantes.

Carlos enarcó las cejas.

—¿Habló de todo eso contigo?

Elise asintió.

—Espero que no les moleste. No se lo he dicho a nadie y él sabe que puede confiar en mí.

Carlos y Ana se miraron sonrientes. Estaba claro que tenían ese vínculo especial entre ellos que les permitía comunicarse sin palabras. Elise sintió envidia de repente. Ella quería eso, y sabía que podría tener algo así de especial con Antonio.

—Mamá. Papá. ¿Qué hacéis aquí?

Elise se volvió, con el corazón en un puño, al oír la voz de Antonio detrás de ella. Sus ojos pasaron de los de sus padres a los de ella, luego recorrieron su vestido y volvieron a subir para mirarla fijamente a la cara.

—Me sigue gustando más el otro vestido —le dijo Antonio con una sonrisa, antes de acercarse a su madre y a su padre.

Incluso en medio de aquella sorpresa, Antonio se las había arreglado para recordarle lo bien que se lo pasaban juntos. Aquel hombre ejercía semejante atracción en ella que era imposible que pudiera apartarlo de sus pensamientos. Sabía que estaban destinados a estar juntos. Si él tenía miedo, ella le ayudaría a superarlo.

En cuanto al resto de sus problemas, bueno, ya trabajarían en ello más tarde. Lo que era importante, a lo que ella se aferraba, era al hecho de que sus padres hubiesen aparecido allí en una noche tan importante.

—Dejaré que habléis a solas los tres —se ofreció Elise.

—No, quédate —le pidió Antonio.

Elise no se movió, pero sabía que no debía estar en medio de una conversación familiar, y menos cuando acababa de conocer a Carlos y a Ana.

—¿Por qué no os acompaño a mi despacho, allí podréis charlar en privado? —sugirió Elise—. Nos veremos de nuevo cuando hayáis terminado, ¿qué os parece?

—Eso sería perfecto —afirmó Ana con una sonrisa.

Elise les hizo un gesto para que la siguieran mientras se abría paso entre la multitud. Tanto Delilah como Sara le llamaron la atención cuando salió de la zona principal y se dirigió al pasillo, que conducía a una escalera trasera que llevaba al segundo piso.

Llegaron a su despacho y Elise marcó un código y abrió la puerta de par en par para que pudieran entrar.

—La puerta se cerrará sola cuando salgáis —les dijo—. ¿Sabréis tomar el camino de vuelta vosotros solos?

Carlos y Ana entraron, pero Antonio se detuvo justo delante de ella.

—Conozco bien el camino.

Estaba tan sexy con aquel traje negro. No esperaba que él la mirara como lo hacía ahora, como si dudara entre lo que quería y su deber. Tampoco se había preparado mentalmente para verle después de romper.

Pero todo eso tendría que esperar porque, evidentemente, Antonio tenía asuntos familiares que resolver y, una vez que él los resolviera y la gala llegara a su fin, ella misma tendría algunas preguntas que hacerle.

A saber qué les había contado a sus padres y por qué insistían tanto en que él se había enamorado de ella.

Antonio le agarró la mano antes de que pudiera apartarse y se inclinó hacia su oído:

—Estás preciosa.

Luego él se adentró en la habitación con sus padres y Elise tiró de la puerta y se dirigió de nuevo a la gala. Tenía muchos invitados que atender y, sin duda, muchas preguntas que responder a sus hermanas. Sabía que sería una noche memorable, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto. Ahora que tenía un poco de ventaja sobre Antonio, no iba a dejar que aquella relación se desmoronara tan fácilmente.

Tanto su vida profesional como personal estaban a punto de cambiar para siempre.

Antonio se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando al otro lado de la habitación. El corazón le latía más deprisa que de costumbre y era un manojo de nervios. Empezaría con sus padres y luego iría a ver a Elise para averiguar qué demonios estaba pasando.

Pero primero quería saber qué le habían dicho sus padres a Elise antes de que él llegara.

—¿Por qué no me dijisteis que veníais a Estados Unidos?

—Queríamos darte una sorpresa —le dijo su padre—. Y queríamos conocer a Elise.

—¿Cómo sabéis su nombre?

Su madre se rio.

—Hay pocas cosas que no sepamos sobre nuestro hijo, pero nos imaginamos que la mujer con la que habías estado hablando sobre la nueva cuenta era probablemente la misma que te tenía preocupado.

Nunca había dicho que estuviera preocupado y, desde luego, nunca había actuado como si estuviera saliendo con alguien.

—¿De qué se trata realmente? —preguntó Antonio—. No es normal en vosotros que viajéis tan lejos sin avisar para hablar con una mujer con la que estoy haciendo negocios.

—Pero hay algo más que negocios, ¿no? —le preguntó su madre.

Antonio cruzó los brazos sobre el pecho y miró a sus padres.

—¿Esa es la razón por la que estáis aquí?

Su padre dio un paso hacia uno de los sillones de cuero de la zona de asientos del despacho. Había dos sillas y un sofá, y Carlos hizo un gesto.

—Será mejor que nos sentemos y hablemos.

Antonio no estaba de humor para charlar ni para que lo controlaran, si eso era lo que querían. Tenía una gala a la que acudir y una mujer sexy con la que bailar. Luego vendría la despedida definitiva.

Se había hecho a la idea de que, una vez que saliera de allí esa noche, se dirigiría a su próximo destino y no volvería a ver a Elise. Había pensado si debía quedarse a dormir, pero ya habían acordado que la otra noche sería la última.

Sin embargo, la verdad era que aún no había tenido suficiente de Elise... y mientras había estado en Tennessee no había dejado de pensar en ella.

Algo había cambiado en su interior, algo que solo podía atribuir a la presencia de Elise en su vida. Su futuro parecía más claro ahora. Todo en ella parecía encajar a la perfección. Pero nada en la vida era perfecto. A todo le llegaba su final... Aunque quizá esta vez no tenía por qué ser así.

—Hemos estado hablando de nuestra jubilación —empezó su padre cuando todos estuvieron sentados—. Sabemos que asumir nuestro estilo de vida no es lo que tú tenías en mente.

Antonio se acomodó en el sofá y apoyó los codos en las rodillas. Su padre se sentó en la silla de su derecha y su madre en la de su izquierda. No quería herir a ninguno de los dos, así que decidió escucharlos para hacerse una idea exacta de lo que intentaban decir o de lo que pensaban.

—Queremos que vivas tu vida —le dijo su madre—. Cuando montamos nuestro primer restaurante, queríamos tener algo que daros a ti y a tu hermano. Luego, cuando él falleció, parecía que tú te estabas apagando poco a poco. Con los años hemos comprendido que esta vida no era para ti.

Antonio no podía creer lo que estaba oyendo. Ni una sola vez habían dado una pista de que entendían que él no quería hacerse cargo del negocio familiar.

—Intentamos tirar de ti —continuó su madre—. Queríamos que amaras esta vida y queríamos dejarte un legado. Sabemos cuánto te gusta viajar y no hay nada malo en ello. Quedarte en España quizá no sea para ti, hijo.

Antonio respiró hondo y trató de asimilar lo que decía. Pero sabía que aún querían mantener abiertos sus restaurantes y los pubs en los que estaban trabajando para abrir pronto.

—¿Qué pasará con todo lo que tenéis ahora? —preguntó Antonio muy preocupado—. Habéis puesto vuestras vidas en el negocio. Su madre lanzó una mirada a su marido y Antonio cambió de postura para centrarse en su padre.

—Lo hemos estado discutiendo —empezó su padre—. Esperábamos llegar a un acuerdo contigo.

Antonio se recostó en el sofá y cruzó las piernas. Amaba a sus padres, haría cualquier cosa por ellos. Y el hecho de que sus padres hubiesen percibido su incertidumbre sin haberles dicho nada le hacía ver que estaban tan pendientes de su felicidad como él de la suya.

—Nos gustaría seguir entregándotelo todo. —Su padre levantó una mano antes de que Antonio pudiera responder—. Como sabes, tenemos gerentes muy buenos y ellos mantendrían las cosas funcionando cuando tú no estés. Podrías venir cada mes, cada dos meses, lo que tú quieras. Podrías dedicarte a lo que tú quieras igualmente desde cualquier parte del mundo. Solo tendrías que asegurarte de que el negocio va bien y hacer algunas gestiones de vez en cuando.

La idea de su padre parecía tan fácil, tan perfecta para su situación. ¿Podría estar tan clara la solución? ¿Estarían todos de acuerdo y podrían llevarla a cabo?

—No quiero defraudaros a ninguno de los dos —les dijo poco después—. Quería encontrar la manera de decíroslo, pero al mismo tiempo una parte de mí se preguntaba si no debería hacerme cargo y dejaros vivir vuestras vidas. Habéis trabajado tanto durante años...

—Y tú también —replicó su madre, poniéndole la mano en la rodilla—. Sin ti, uno de nosotros habría tenido que viajar por todas partes y encargarse de conseguir productos nuevos y únicos para nuestros

restaurantes. Sin ti, no tendríamos ni de lejos el éxito que tenemos hoy. Así que no eres ninguna decepción para nosotros, todo lo contrario.

Oír a su madre decir eso le quitó instantáneamente un peso de encima.

—¿Habéis volado hasta aquí para decirme esto? —Se rio—. Una llamada hubiese bastado.

Su madre le dio unas palmaditas en la pierna.

—Sí, bueno, intenté llamarte la otra noche, ¿recuerdas? Como no me devolviste la llamada, pensé en volver a intentarlo.

Ah, sí. Lo recordaba. Esa noche quedó grabada en su mente para siempre.

—Supongo que te has despistado un poco con esa chica tan guapa — prosiguió su madre.

Antonio no negó la afirmación, no había razón para hacerlo.

—Ella es especial.

—Me emociona oír eso. —Su madre sonrió—. Quizá deberías pensar en ella para algo más que para los negocios.

Y ya lo hacía, pero quería hablarlo con Elise antes de abrirse por completo a sus padres. Las piezas de su caótica vida parecían estar ordenándose.

Capítulo Diecisiete

—¿**Q**ué está pasando? —susurró Sara en cuanto se produjo una ligera calma entre la multitud.

Elise saludó a un cliente conocido que acababa de entrar en la sala.

—Los padres de Antonio han venido por sorpresa.

—¿Y eso?

—O me están investigando o están discutiendo el papel de Antonio en el negocio familiar —dijo Elise en voz baja—. Probablemente ambas cosas, pero será mejor que hablemos más tarde. Os pondré al corriente a ti y a Dee cuando terminemos con la gala.

Elise siguió a Sara entre la multitud, sin apenas oír la música que sonaba al otro lado de la sala. La gente se divertía en la pista de baile y disfrutaba de los clásicos que Delilah había pedido.

Y hablando de Delilah, Elise no había visto a su hermana desde que había vuelto de su oficina. Tal vez estuviera con algún cliente VIP o ayudando a algún miembro del personal.

Varios empleados atendían a la multitud, repartiendo pequeños vasos con muestras de su primer bourbon de diez años. Para los que no eran de bourbon, también había ginebra. Cualquiera cosa con tal de conseguir nuevos clientes o mostrar a la clientela actual lo buenos que eran los licores de Angel's Share. Elise vio a Camden por el rabillo del ojo. Salía de una de las habitaciones traseras reservadas a los empleados.

Los ojos de Camden se clavaron en los de Elise, que sonrió y saludó con la mano. Independientemente de lo que ocurriera entre él y su hermana, Elise lo consideraba como un hermano.

—Bueno, todas las mujeres Hawthorne están despampanantes esta noche. —Camden se inclinó y besó a Elise en la mejilla antes de girarse y hacer lo mismo con Sara—. La gala está siendo todo un éxito. Vuestro

trabajo duro y vuestra dedicación se notan, y ha asistido un montón de gente. Milly estaría muy orgullosa de vosotras.

Elise tuvo que contener las lágrimas, su muerte estaba muy reciente y todavía no lo había asimilado. No quería ponerse a llorar estando rodeada de tanta gente y menos en un día tan importante para el futuro de la destilería.

—No nos hagas llorar —le regañó Sara—. Vas a hacer que se nos estropee el maquillaje.

—Tienes razón. —Camden se rio y asintió—. No me quedará mucho tiempo por aquí, ya sabéis que las cosas están un poco tensas, pero quería que supierais que tenéis todo mi apoyo. No he querido perdérmelo.

Elise vio a Delilah a lo lejos, hablando con unos invitados. Los ojos de Dee no dejaban de mirar en su dirección y Elise sabía que era difícil para ella que Camden estuviese presente.

—¿Has hablado con Delilah? —le preguntó Elise, sabiendo ya la respuesta.

La sonrisa de Camden vaciló.

—Sí, hemos hablado.

—¿Eso es todo? —preguntó Sara, lo que le valió un codazo de Elise.

Camden negó con la cabeza mientras exhalaba un suspiro.

—Todavía hay química entre nosotros, no lo niego. Nunca hemos tenido problema con eso... Pero hay más cosas y es complicado.

Elise no pudo evitar pensar en su relación con Antonio. Su química no era un problema. Lo eran las vidas, las obligaciones y el equipaje emocional que cada uno tenía.

Aun así, no podía ignorar todo lo que funcionaba entre ellos y todo lo que ya habían compartido en tan poco tiempo. Tenía que hablar con él, tenía que saber qué le pasaba por la cabeza, porque estaba convencida de que Antonio no quería alejarse de ella. Sabía que él no quería regresar a su vida anterior.

—Ya sabes que no voy a entrometerme en vuestra relación —le dijo Elise a su todavía cuñado—. Os quiero y os apoyo a los dos.

La tristeza invadió los ojos de Camden y se inclinó para darle un abrazo, luego hizo lo mismo con Sara.

—Voy a salir un rato. Felicidades de nuevo.

Mientras él se alejaba, Sara se acercó a Elise y suspiró.

—Está sufriendo tanto como Delilah.

—O los dos son testarudos o hay algo que va muy mal de lo que no quieren hablar —murmuró Elise—. Pero ahora mismo no podemos arreglar nada y aún nos quedan un par de horas de gala, así que será mejor que nos centremos.

Habían trabajado demasiado duro como para dejar que otras cosas interfirieran en su gran noche. Después, tendría que pensar en su vida personal y tomar la decisión más importante que jamás había tomado.

Había llegado el momento de jugárselo todo.

Antonio esperó a que terminara la gala y a que Elise ya estuviese de regreso en su casa. No había tenido que indagar mucho para encontrar su dirección y debía admitir que el lugar era increíble. Vivía en lo alto de una colina y su casa estaba pegada al bosque. A la izquierda de su casa de ladrillo de dos plantas había un gran estanque. Tenía un gran porche lateral que daba al estanque y, al verlo, enseguida le vino a la mente la imagen de ellos dos allí sentados disfrutando del café del desayuno.

Aunque era tarde, las luces de su porche iluminaban el lateral de la casa y la fachada y había luces encendidas en el interior. Ella estaba en casa, así que lo único que tenía que hacer era acercarse y llamar a la puerta. Solo tenía que dar unos pasos más para contarle todo lo que había estado meditando desde que había hablado con sus padres.

Pero ¿estaría Elise dispuesta a escuchar lo que él tenía que decirle? Había cortado con ella aquella noche y había desaparecido de su gala sin decirle nada. No se habían vuelto a ver desde que les abrió su despacho para que hablaran en privado. Tenía una buena razón para hacerlo, pero ¿ella lo entendería?

Antonio nunca había permitido que el miedo o la incertidumbre le impidieran hacer nada en su vida, pero en ese instante no estaba tan seguro de poder bajarse del coche y caminar esos pocos metros hasta el porche de su casa.

Justo cuando apagó el motor, la puerta de Elise se abrió y ella apareció. Sus ojos se encontraron a través del parabrisas y ella permaneció quieta en el umbral de la puerta con las luces del interior iluminándola. Estaba esperándole, y él supo que era su oportunidad. Solo tenía que aprovecharla.

Abrió la puerta de su coche y salió, luego rodeó el capó y se encontró de nuevo con su mirada.

—La alarma de la entrada sonó hace diez minutos —le dijo ella, todavía en la puerta—. ¿Estabas pensando en irte?

—Más bien pensando en qué demonios estaba haciendo.

Elise cruzó los brazos e inclinó la cabeza con esa sonrisa suya que siempre le encogía el estómago. Tenía un poder sobre él que nadie había tenido antes. Nunca le había gustado la idea de ceder el control de ningún aspecto de su vida, pero pronto descubrió que había cosas peores, como estar sin la única persona que llenaba su vacío.

—¿Y has llegado a una conclusión? —preguntó la pelirroja.

—Sí.

Antonio se dirigió hacia el porche y se detuvo. Con una mano apoyada en la barandilla, puso el pie en el último escalón. Había ensayado el discurso en su cabeza durante el trayecto, pero, ahora que estaba con ella, todo lo que había planificado decirle se esfumó de repente. En lo único que podía pensar era en lo impresionante que le parecía esa mujer, en cómo se había colado en su vida cuando más la necesitaba y en qué demonios harían a partir de ese momento.

—Antes de que digas una palabra, quiero decirte yo algo. —Elise dio un paso hasta el borde del porche y le miró—. No sé por qué no volviste a la gala. Supongo que estabas con tus padres y lo entiendo perfectamente. Son gente encantadora, por cierto.

Él no pudo evitar sonreír, y le habría dicho exactamente lo que pensaban de ella, pero prefirió dejar que siguiese hablando.

—Sé que tenemos vidas totalmente diferentes. Ni siquiera vivimos en el mismo continente.

Elise bajó un escalón y luego se detuvo.

—Lo que quiero decir es que... ¿Cómo podemos ignorar toda esta atracción y química que tenemos? Soy muy consciente de que las relaciones no se basan únicamente en esas cosas, pero es un buen comienzo.

Ella bajó otro escalón para estar más cerca de Antonio y continuó hablando:

—Aquella noche supuse que no sentías lo mismo que yo. Pero el haber conocido a tus padres lo ha cambiado todo.

Elise bajó otro escalón más. Ahora solo estaban a dos de distancia. Todavía demasiado lejos.

—Me contaron que evitas cualquier tipo de compromiso desde que murió tu hermano. Nunca me planteé que pudiera pasarte algo así, pero tiene sentido. No quieres hacerte cargo del negocio familiar, siempre estás de viaje para mantenerte ocupado... Y luego está lo nuestro.

Un escalón más y le miró a los ojos fijamente.

—Porque hay un nosotros —insistió Elise—. Puede que no quieras verlo. Puede que creas que todo esto no es más que una aventura o que solo soy alguien con quien pasar el tiempo, pero... Antonio le enmarcó la cara con las manos y la besó con ansia. No podía soportar no tocarla ni un segundo más. Y nunca, jamás, quiso que ella creyera que solo era una aventura. Eso no podía estar más lejos de la realidad.

Elise se agarró con fuerza a sus hombros. Había algo que le transmitía paz al estar con ella. Aún no sabía qué era, ni siquiera podía etiquetarlo, pero...

Espera. Sí. Claro que podía.

Antonio retrocedió, sin dejar de sujetarle la cara.

—No eras solo alguien con quien pasar el rato —le confesó él—. Y si ya has terminado de hablar, yo también tengo algunas cosas que decir.

—¿Y me van a gustar o...? —preguntó Elise con miedo.

—Depende de lo que te guste la idea de repartir tu tiempo entre España y Kentucky.

Los ojos de Elise se abrieron de par en par. Antonio deseaba volver a besarla, pero tenía que continuar:

—Tengo la solución para nosotros.

—¿Nosotros? —susurró Elise, aún con cara de asombro.

Él le acomodó el pelo detrás de las orejas y le acarició la cara.

—Sí, nosotros, como tú dijiste, ¿recuerdas?

No tenía ni idea de cómo podía tenerte y tener una vida que hiciera sentir orgullosos a mis padres. Supongo que en el fondo también busco que mi hermano gemelo esté orgulloso de mí. Aunque ya no esté, Paolo sigue siendo una parte muy importante de mi vida.

—¿Y ya tienes claro lo que quieres? —preguntó Elise.

Antonio la agarró por las caderas y la besó en la frente con dulzura antes de continuar.

—Sé que quiero dar un salto y comprometer mi corazón con alguien. —Se inclinó hacia ella, lo bastante para sentir su cálido aliento en los labios—. Y quiero dar ese salto contigo.

—Espera... ¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero dar el salto contigo —repitió—. Los restaurantes de mis padres y los nuevos pubs estarán todos a mi nombre. Tendré que ir de vez en cuando para controlar que todo vaya bien, pero también puedo apañármelas desde cualquier otra parte del mundo, ya que tenemos gerentes de confianza que ya se están encargando de todo.

Elise parpadeó.

—Espera.

—Eso ya lo has dicho.

Elise cerró los ojos, sacudió la cabeza y volvió a mirarle.

—¿Me estás diciendo que quieres que intentemos tener algo juntos? Estaba decidida a intentar demostrarte que era buena idea que al menos lo intentáramos. Lo único que no sabía era cómo resolver el asunto de tus padres.

El corazón de Antonio se abrió y se dio cuenta de que aquello no era doloroso ni le asustaba en absoluto. Las únicas emociones que sentía eran la euforia y el amor.

—Te amo —dijo Antonio con una sonrisa.

A Elise se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio.

—Yo también te amo —respondió Elise con una lágrima deslizándose por su mejilla.

Antonio se agachó y la levantó en brazos. Elise le rodeó el cuello con los suyos.

—Por cierto, mis padres quieren que vayamos a desayunar para darte la bienvenida a la familia.

—¿Desayunar? Me encantaría.

La subió por las escaleras y la llevó a la habitación de Elise. La que también sería su habitación, porque no pensaba irse a ninguna parte durante un tiempo. Haría lo que fuera para que se mantuvieran unidos. Nadie había atrapado su corazón como lo había hecho esa mujer. Renunciaría a cualquier cosa por ella. Por suerte, no tendría que hacerlo. Podría seguir ocupándose del negocio familia y, por fin, podría sentar la cabeza con la mujer perfecta.

—Dime que me amas otra vez —le pidió Elise con voz melosa.

—Te amo. Siempre.